

LA TEOSOFÍA DE LOS ROSACRUCES

Rudolf Steiner

14 conferencias del 22 de mayo a 6 de junio de 1907

Advertencia Preliminar

En su autobiografía "El Curso de mi Vida" Rudolf Steiner relata que a fines del siglo XIX miembros de la "Sociedad Teosófica" le pidieron darles conferencias, y que les respondió: "Sólo puedo hablar sobre lo que en mí vive como ciencia espiritual". En dicho libro agrega que poco tiempo después de las primeras conferencias, al haberse fundado la "Sección Alemana de la Sociedad Teosófica", pude desarrollar mi actividad antroposófica ante un auditorio cada vez más numeroso. "Nadie tenía la más mínima duda acerca de que dentro del marco de la Sociedad Teosófica yo únicamente iba a exponer los resultados de mi propia visión clarividente". Las conferencias pronunciadas en la Biblioteca Teosófica de Berlín desde Septiembre de 1900 hasta Abril de 1901 fueron publicadas en el libro "La mística en los albores de la vida espiritual moderna". En aquel momento Rudolf Steiner declaró: "Ya no existió ningún motivo para no exponer a mí manera el conocimiento espiritual, ante el público teosófico el que en ese momento fue el único que sin reparo le prestara atención. No me comprometí a ningún dogmatismo sectario; simplemente expresé lo que creía poder decir según la propia visión del mundo espiritual".

Esta actitud independiente, como asimismo ciertos síntomas de decadencia dentro de la Sociedad Teosófica de aquel tiempo, condujeron en el año 1913 a la exclusión de Rudolf Steiner y sus adictos, de dicha Sociedad, expresándose Rudolf Steiner con estas palabras: "Nos vimos forzados a fundar la Sociedad Antroposófica como organización independiente."

Estos hechos hacen comprender el modo de emplear en estas conferencias las expresiones "teosofía" y "teosófico" en relación con los resultados de la investigación científico-espiritual, para los cuales Rudolf Steiner comúnmente usa las palabras "antroposofía" y "antroposófico".

1

La nueva forma de la sabiduría

Lo que se expondrá en estas conferencias se anuncia como "La teosofía según el método rosicruciano". Con esto nos referimos a una sabiduría antiquísima y, a la vez, siempre nueva, según un método adecuado a nuestro tiempo, un método al que en realidad, en la forma de expresarse en estas conferencias, se conoce desde el siglo XIV. Pero en lo que he de exponer no hablaré sobre historia rosicruciana.

Sabemos que en las escuelas elementales del presente se enseña una determinada geometría de la cual forma parte, por ejemplo, el teorema de Pitágoras. Lo elemental de esta geometría se aprende independientemente de cómo ella misma ha sido creada, ya que el alumno que ahora aprende los primeros elementos de la geometría no sabe nada sobre Euclides; sin embargo, lo que en los colegios se enseña, es la geometría de

Euclides. Sólo mucho más tarde, cuando ya se conoce la materia, el contenido, puede suceder que por la historia de las ciencias se llegue a conocer en qué forma originariamente apareció en el curso de la evolución de la humanidad, lo que ahora se aprende en todas las escuelas elementales. Así como para el discípulo que ahora aprende la geometría elemental, no tiene ninguna importancia la forma originaria en la que Euclides la dio a la humanidad, así tampoco hemos de ocuparnos de cómo en el curso de la historia se ha desarrollado la sabiduría rosicruciana. y lo mismo que el discípulo aprende según los hechos mismos la genuina, verdadera geometría, así también vamos a contemplar de por sí la sabiduría rosicruciana.

Por de pronto, el que conoce la historia y principalmente la historia exterior del movimiento rosacruz, tal como se encuentra en la literatura, sabe muy poco del verdadero contenido de la teosofía rosicruciana. La misma vive desde el siglo XIV como algo que es verdad independientemente de su historia, lo mismo que la geometría es verdad y cognoscible, independientemente de su historia y su paulatino desarrollo. En virtud de ello sólo hemos de aludir ligeramente a ciertos hechos que la historia da a conocer.

Aconteció en el año 1459 que una sublime individualidad espiritual, encarnada en la personalidad humana que ante el mundo lleva el nombre Christian Rosenkreutz, empezara a actuar, haciéndolo al principio como maestro de un pequeño círculo de discípulos iniciados. En 1459, dentro de la fraternidad espiritual Rosae Crucis, estrictamente aislada del mundo, Christian Rosenkreutz fue nombrado Eques lapidis aurei, caballero de la piedra áurea. En el curso de estas conferencias se verá cada vez más claramente lo que esto significa. La sublime individualidad espiritual que entró en el plano físico como la personalidad exterior de Christian Rosenkreutz volvió a actuar siempre de nuevo "en el mismo cuerpo", como se dice en el ocultismo, como conductor y maestro de la corriente rosicruciana. El significado de la expresión "siempre de nuevo en el mismo cuerpo" también lo llegaremos a conocer en el curso de las

próximas conferencias, cuando hablaremos sobre el destino del hombre después de la muerte.

La sabiduría de que aquí hablamos existió hasta muy avanzado el siglo XVIII, aislada dentro de una delimitada fraternidad, la que tenía reglas muy estrictas, propias para aislarla del mundo exterior exotérico.

En el siglo XVIII dicha fraternidad tenía la misión de hacer fluir en la cultura de Europa Central, por un camino espiritual, algo del saber esotérico; y a raíz de ello vemos que dentro de la cultura exotérica suelen aparecer diversas cosas que, no obstante tener carácter exterior, exotérico, no son sino expresión de sabiduría esotérica. En el curso de siglos unos y otros se esforzaron por llegar a comprender la sabiduría rosicruciana, pero sin alcanzarlo. Leibniz, por ejemplo, vanamente ha hecho esfuerzos por acercarse a la fuente de la sabiduría rosa cruz; Pero como la luz del relámpago dicha sabiduría centelleó en un escrito exotérico que apareció cuando Lessing se aproximaba a su última perfección en el plano físico. Me refiero a su obra "La educación del género humano". Hay que saber leerla entre líneas para descubrir -lo que sólo logrará el esotérico, por cierto- que la singular contemplación final es una expresión exterior de sabiduría rosicruciana.

Particularmente grandiosa se presenta esta sabiduría en la personalidad que refleja la cultura europea finisecular del siglo XVIII, más precisamente, la cultura internacional, el genio de Goethe. Cuando él, relativamente joven, tuvo cierto contacto con una fuente rosicruciana, recibió algo de una alta iniciación bastante extraña.

Fácilmente podría entenderse mal el que se hable de una iniciación de Goethe; debido a ello parece dado explicar lo particular de la misma. En el tiempo entre el retirarse de la Universidad de Leipzig y su trasladarse a Estrasburgo, sucedió algo sumamente extraño. Goethe tuvo entonces una experiencia que influyó en lo profundo de su alma y que exteriormente se expresó en el hecho de que hacia el fin de su período de Leipzig estuvo en peligro de morir. En el curso de su enfermedad tuvo una experiencia muy importante, una suerte de iniciación, sin ser consciente de la misma al principio, pues se expresó en su alma como una cierta corriente poética. Fue un proceso singular la manera de cómo esta corriente siguió actuando y poniéndose de manifiesto en sus distintas producciones.

Tal resplandor se nos presenta en el poema "Los Secretos", el que por los amigos más íntimos de Goethe ha sido calificado como una de sus más profundas creaciones, y que efectivamente es de carácter tan profundo que él jamás encontró la fuerza para terminar este fragmento. La corriente cultural de aquella época aún no tenía la fuerza para dar forma exterior a toda la profundidad de la vida que pulsa en dicho poema, el que se debe entender como una de las fuentes más hondas del alma de Goethe. Para todos los comentadores de la obra de Goethe resulta ser un misterio. Más tarde la referida iniciación encontró mayor realidad y finalmente, al ser cada vez más consciente de la misma, le fue

posible crear esa singular poesía en prosa "El cuento de la serpiente verde y el bello lirio", uno de los escritos más profundos de la literatura mundial. Quien sepa interpretarlo de la justa manera conocerá mucho de la sabiduría rosa cruz.

Pero en aquel tiempo, cuando la sabiduría rosicruciana debería haber fluido en la cultura general, sucedió que, en una forma sobre la que no hace falta decir algo más, se cometiera una especie de traición mediante dicha sabiduría, de modo que ciertas ideas de la misma trascendieron exotéricamente al mundo en general. Dicha traición por un lado, y por el otro, la necesidad de que, por un tiempo en el curso del siglo XIX, la cultura de Occidente del plano físico quedara libre de influencia por parte del esoterismo, las dos cosas condujeron a la necesidad de que las fuentes de la sabiduría rosicruciana, y ante todo su gran fundador, quien desde el tiempo arriba indicado siempre había estado en el plano físico, aparentemente quedasen retirados de modo que en la primera y en gran parte de la segunda mitad del siglo XIX no se podía descubrir mucho de la sabiduría rosicruciana. Sólo en nuestro tiempo volvió a ser posible abrir las fuentes de la misma a fin de hacerla fluir en la otra parte de la cultura general; y cuando contemplemos esta cultura, llegaremos a conocer las causas del porqué eso debe tener lugar.

Ahora quisiera indicarles dos hechos característicos los que distinguen la sabiduría rosa cruz y que son importantes en cuanto a su misión universal. Uno se relaciona con la posición del hombre frente a la sabiduría rosicruciana, la que es algo distinto de la forma oculta de la sabiduría cristiana gnóstica. Para comprender claramente esta posición particular, en primer lugar debemos referirnos brevemente a dos hechos de la vida espiritual. El primero de los dos hechos reside en lo que se llama la relación del discípulo con el maestro; y a este respecto hemos de considerar dos aspectos: en primer lugar hemos de considerar lo que se llama clarividencia, después, lo que se llama la

fe en la autoridad. Con la palabra clarividencia -en realidad una expresión incompleta- se entiende no sólo la visión, sino también la audición espiritual. Las dos facultades son la fuente de toda sabiduría, y de ninguna otra pueden emanar conocimientos verdaderos de los mundos espirituales. Empero, para el método rosicruciano existe una diferencia esencial entre el descubrimiento y la comprensión de las verdades espirituales.

Quien no haya desarrollado un grado superior de la facultad espiritual, quiere decir de la clarividencia, no podrá encontrar directamente en los mundos superiores una verdad espiritual. La clarividencia es el requisito necesario para encontrar la verdad espiritual, pero tan sólo para encontrarla, pues hasta ahora y lo mismo hasta un futuro lejano, ningún verdadero centro rosacruz enseñará cosa alguna que no resulte comprensible para el intelecto común de la lógica general. Esto es lo que importa. Si contra esta forma rosicruciana de la teosofía se objeta que para la comprensión se requiere clarividencia, esto no es cierto, pues lo que

importa no es la facultad de la percepción. Al que no es capaz de comprender la sabiduría rosa cruz mediante el pensar, sólo le falta desarrollar suficientemente el intelecto lógico. Quien haga suyo todo lo que da la cultura del presente, todo cuanto logre alcanzar con la debida paciencia y perseverancia, sin omitir esfuerzos por aprender, podrá comprender y entender lo que enseña el maestro rosa cruz. En cambio, si de alguna manera alguien pone dudas en la sabiduría rosicruciana, diciendo: no la comprendo, esto no se debe a que él todavía no sea capaz de elevarse a los planos superiores, sino a que le falta emplear debidamente su intelecto lógico, o bien que no quiere aportar suficiente cantidad de experiencias de la vida cultural común, a fin de poder comprender realmente.

Téngase presente la extensa popularización de la sabiduría que ha tenido lugar desde la aparición del cristianismo hasta nuestro tiempo, y traten ustedes de ponerse ante el alma la imagen del movimiento rosicruciano-cristiano del siglo XIV. Imagínense de qué modo en aquel tiempo el individuo con su vida en el mundo exterior se encontraba frente a los maestros, cuando sólo por medio de la palabra hablada era posible actuar. Generalmente no se piensa de la justa manera con respecto a la gigante evolución que desde aquella época ha tenido lugar. Basta con que se tenga presente el invento del arte de la imprenta, el que ha conducido a que mediante el mismo, a través de innumerables conductos ha podido fluir en toda la vida cultural lo que en el presente pertenece a lo más alto de la vida espiritual. Desde el libro impreso hasta la más insignificante noticia periodística existe una infinidad de conductos por los cuales innumerables ideas fluyen en la vida general. Se trata de posibilidades que sólo desde aquel momento se presentaron a la humanidad con el resultado de que el intelecto de la cultura occidental haya adoptado formas totalmente nuevas, de modo que desde entonces el intelecto de Occidente obra absolutamente de distinta manera. La nueva forma de la sabiduría tuvo que tomar en cuenta lo que precede; fue necesario crear una forma de la misma apta para mantenerse firme frente a lo que por miles de conductos fluye en la vida general. La sabiduría rosicruciana es precisamente de tal carácter que resiste enteramente a toda objeción que pueda provenir de ciencia cualquiera, ya sea popular, o de la esfera más alta. La sabiduría rosicruciana posee en sí misma las fuentes que le permiten mantenerse firme frente a cualquier objeción de la ciencia. El correcto entendimiento de la ciencia moderna, no aquel entendimiento que se nota hasta en profesores universitarios, sino la comprensión que trabaja exenta de todas las teorías abstractas y fantasías materialistas, ateniéndose estrictamente a los hechos, sin trascenderlos, dará en todos los pormenores, precisamente a través de la ciencia, la comprobación de las verdades espirituales rosicrucianas.

La segunda característica de la sabiduría rosicruciana en cuanto al vínculo entre el maestro y el discípulo consiste en que esencialmente

la relación del discípulo con el "gurú", el maestro oriental, es otra que la que existe en otras iniciaciones.

La manera de cómo el discípulo se sitúa frente al gurú, en realidad no se puede calificar, dentro de la sabiduría rosicruciana, de fe en la autoridad. Lo voy a ilustrar por medio de un ejemplo tomado de la vida común. El maestro rosa cruz no desea adoptar, frente a su discípulo, otra actitud que la del matemático experto frente al discípulo de esta disciplina. ¿Podemos decir que tal discípulo basa su relación con el maestro en la fe de autoridad? De ninguna manera. ¿Podemos decir que el discípulo de las matemáticas no tiene necesidad del maestro? Muchos podrían responder: ciertamente, cuando quizás se tenga la posibilidad de hacer el estudio mediante buenos libros. Pero tal camino es otro que en la enseñanza común. En principio es posible emprenderlo, indudablemente. En el mismo sentido sería posible que el hombre que alcance un cierto grado de clarividencia

llegue a encontrar todas las verdades espirituales; pero cada uno lo ha de considerar como insensato llegar a la meta por caminos más largos. Del mismo modo sería insensato decir: mi ser interior tiene que ser la fuente de todas las verdades espirituales.

Si el maestro es conocedor de las verdades matemáticas y las transmite al discípulo, a éste ya no le hará falta la fe en la autoridad, pues comprenderá las verdades matemáticas por su propia certinidad y ya no necesita otra cosa que comprenderlas correctamente. Lo mismo ocurre con respecto a toda la evolución oculta en el sentido rosa cruz. El maestro es el amigo que da los consejos y el ejemplo de las experiencias ocultas para que el discípulo también las pueda tener. Tan pronto que esto se alcance ya no hace falta admitirlo, al igual que en las matemáticas el teorema: los tres ángulos del triángulo suman 180 grados. En el movimiento rosa cruz toda autoridad no lo es realmente, antes bien es la que se precisa para acortar el camino hacia las verdades superiores.

Lo que antecede es el primero de los hechos; el otro reside en lo referente a la relación de la sabiduría espiritual con toda la cultura espiritual. En las contemplaciones a desarrollarse en los próximos días se evidenciará que la verdad espiritual puede fluir directamente en la vida práctica. No establecemos ningún sistema que únicamente pueda practicarse teóricamente, sino algo que es útil para conocer los profundos fundamentos de nuestro actual saber cósmico y para hacer fluir las verdades espirituales en la vida cotidiana. La sabiduría rosicruciana debe acogerse no solamente en la cabeza y en el corazón, sino en las manos, en nuestras capacidades manuales, en aquello que el hombre realiza todos los días. No se trata de un sentir sentimental para con los semejantes, sino un activo desarrollar de las capacidades que permiten actuar para el Bien de la humanidad.

Imagínense que haya una Sociedad con el único designio de fraternidad y que no haría otra cosa que predicar la fraternidad humana. Esto no

sería un actuar rosicruciano, pues el rosicruciano dice: imagínate que en la calle haya un hombre con un hueso de pierna dislocado. Si en

torno de tal escena catorce personas están paradas con vivo sentimiento y compasión, pero entre las mismas ninguna que sepa reponer el hueso, resulta que todas ellas son de menor valor que aquel que quizás no es un hombre sentimental, pero que posee la capacidad para reponer el hueso y efectivamente lo hace.

He aquí el estado del alma que caracteriza al rosicruciano. Lo que importa es el conocimiento práctico, la posibilidad de actuar en la vida sobre la base del conocimiento. En el mero hablar sobre la compasión incluso hay algo peligroso para la sabiduría rosicruciana, pues el continuo encarecimiento de la compasión le parece como una especie de voluptuosidad astral. Lo que en el plano físico es la baja voluptuosidad, aparece en el plano astral como la manera de ser que sólo quiere sentir y no conocer. El conocimiento práctico que capacita para actuar en la vida, no en sentido materialista, por cierto, sino impulsado por lo que se recibe de los planes espirituales, nos da la capacidad para actuar con eficacia. Del conocimiento de la necesidad de que el mundo debe progresar, fluye de por sí la armonía, y de un modo tanto más seguro, puesto que resulta de por sí cuando se posee el conocimiento. Con respecto a la persona que sabe reponer un hueso dislocado, se podría decir: si no es hombre filantrópico, quizás deja de atender al que ha sufrido un accidente. Esto es posible para el mero conocimiento del plano físico, pero tal reparo no se puede hacer con respecto al conocimiento espiritual. No puede haber un conocimiento espiritual que no fluya en la vida práctica.

Lo que se designa como el segundo aspecto de la sabiduría rosacruz consiste en que sólo se la puede encontrar mediante las fuerzas clarividentes, pero que es posible comprenderla por medio del sentido común. Con esto se expresa aparentemente algo extraño: para tener experiencias en el mundo espiritual es preciso ser clarividente, lo que no es necesario para comprender lo que dice el clarividente. Cuando el vidente desciende de los mundos espirituales y comunica hechos que allí suceden, dando a conocer algo que la humanidad de nuestro tiempo necesita, es posible comprenderlo, si los oyentes lo quieren comprender, pues el hombre es de tal naturaleza que lo puede encontrar convincente.

En primer lugar llegaremos ahora a conocer la naturaleza humana septenaria según el método rosicruciano. Vamos a conocer toda la naturaleza humana, tal como la misma se nos presenta.

Conoceremos el cuerpo físico, al que cada uno cree conocer, sin conocerlo realmente. Así como no es posible percibir el oxígeno del agua, sino que primero hay que separarlo del hidrógeno, a fin de conocerlo, así tampoco se ve al hombre físico, cuando se tiene ante sí a otro hombre. El ser humano es una mezcla de cuerpo físico, cuerpo etéreo, cuerpo astral y los demás principios de su naturaleza superior, al igual que el agua se compone de oxígeno e hidrógeno, y se percibe el conjunto de todos los principios humanos. Para ver el cuerpo físico es preciso sacar primero el cuerpo astral, como esto es el caso durante el sueño sin ensueños. El sueño es algo así como una separación química superior del cuerpo astral conjuntamente con los principios superiores humanos, del cuerpo etéreo y el físico. Pero en

este estado tampoco tenemos ante nosotros el verdadero cuerpo físico. Sólo con la muerte, cuando también se ha desprendido el cuerpo etéreo del cuerpo físico, nos queda el cuerpo físico solamente. Esto tiene una inmediata significación práctica, cuyo sentido les explicaré mediante un ejemplo. Representémonos una parte determinada del cuerpo astral. Las imágenes que en un pasado remoto el hombre podía percibir mediante una clarividencia opaca penumbrosa, tenían entonces un carácter bien distinto de lo que ahora sucede. Esas imágenes se impregnaban primeramente en su cuerpo astral. Podemos imaginarnos que en un tiempo remoto se impregnaban en el cuerpo astral imágenes de las tres dimensiones del espacio: longitud, ancho, profundidad.

Esta imagen del espacio tridimensional la que otrora a través de una primitiva clarividencia opaca había sido impresa en el cuerpo astral, se transmitía al cuerpo etéreo. Así como se imprime un sello en el lacre líquido, se imprimía la imagen astral en el cuerpo etéreo, y tal imagen plasmaba plásticamente las formas del cuerpo físico, y de este modo la imagen del espacio tridimensional plasmaba un órgano en un punto bien determinado del cuerpo físico. Originariamente había sido la imagen de tres líneas perpendiculares en el cuerpo astral, la que después se imprimía como mediante un sello en el cuerpo etéreo, y una parte de este último plasmaba un órgano en el oído humano.

Así se formaron los tres canales en forma semicircular, los que todos nosotros tenemos en el oído. Cuando los mismos se lesionan, el hombre deja de poder orientarse dentro de las tres líneas espaciales, se marea y pierde el equilibrio dentro de las dimensiones del espacio. Así se interrelacionan las imágenes del cuerpo astral con las fuerzas del cuerpo etéreo y los órganos del cuerpo físico. Todo el cuerpo físico humano con sus formas

plásticas es el resultado creado por las imágenes del cuerpo astral y el conjunto de las fuerzas del cuerpo etéreo. Debido a ello no es posible comprender el cuerpo físico, sin conocer previamente el cuerpo astral y el etéreo. El cuerpo astral es el precursor del cuerpo etéreo, y éste es el precursor del cuerpo físico. Tan complejo se presenta el todo.

Los tres canales en forma semicircular son un órgano físico al igual que la nariz. Las narices de todos los hombres se diferencian entre sí; pero es posible descubrir semejanzas entre las narices de padres e hijos. Quien sepa estudiar los tres canales de forma semicircular, descubrirá diferencias y semejanzas de un modo análogo a como las que existen en las narices, y verá que con respecto a esos canales los hijos pueden parecerse a la madre, o al padre. Lo que no se transmite por herencia es lo más profundo de lo espiritual, lo eterno, esto es lo que pasa por las encarnaciones humanas. Lo que se llama talentos específicos, facultades, no tiene su fundamento en el cerebro. La lógica es la misma tanto en las matemáticas como en la filosofía, o en la vida práctica. La diferencia de las facultades sólo aparece cuando la lógica

se emplea en los campos que, por ejemplo, tienen su órgano de conocimiento en los canales de forma semicircular. El don matemático se expresa especialmente en el individuo que posea dichos órganos específicamente desarrollados. Un ejemplo a este respecto lo ofrece la familia Bernouilli, en la cual sucesivamente aparecieron buenos matemáticos. Una individualidad, aunque trajese consigo las más importantes disposiciones para la capacidad musical, u otras, no las podría practicar si no naciera en un cuerpo humano capaz de heredar las formas y los órganos necesarios para ello.

Vemos pues que no es posible conocer el mundo físicamente, si no se posee el conocimiento de cómo ha sido creado. El rosicruciano no ve su misión en el retirarse del mundo físico; por el contrario, esto sería una cosa muy mala, puesto que su misión consiste precisamente en la espiritualización del mundo físico; él tiene que ascender a las regiones sublimes de la vida espiritual para poder trabajar dentro de todo el mundo físico y especialmente en la humanidad, empleando los conocimientos espirituales adquiridos. He aquí el espíritu rosicruciano el que resulta directamente como consecuencia de la sabiduría. Vamos a contemplar semejante sistema de sabiduría, por el cual comprenderemos hasta lo más insignificante. Hemos de tener presente que lo más insignificante en el mundo tiene importancia para lo más grande, y que lo más insignificante, colocado en el lugar adecuado, puede conducir al objetivo más sublime.

II

Los nueve principios de la entidad humana

En la conferencia anterior hemos hablado de la forma en que el llamado método rosicruciano establece su relación con el hombre y con toda la cultura. Aunque todos los conocimientos de los mundos superiores sólo se pueden adquirir por el vidente, por medio del desarrollo de las fuerzas espirituales superiores, dicho método también trabaja de tal manera que los resultados de la teosofía rosicruciana pueden comprenderse por el uso de la lógica común. Estos conocimientos se alcanzan mediante el sentido superior del vidente, mas para la comprensión basta la lógica humana común. Pero no hay que creer que lo expuesto en una sola conferencia ya puede resistir a toda supuesta crítica. Esto sólo se logra si se examinan los hechos tomando en consideración todas las razones asequibles. Otra peculiaridad hemos señalado en la conferencia anterior, a saber, la de que el método rosicruciano se esfuerza por llevar la ciencia espiritual a la vida práctica. Por esta razón queremos dar todos los hechos en tal forma que los mismos puedan arraigarse en la vida de la realidad. Pero también con respecto a esta cuestión tengo que pedirles paciencia, pues al principio habrá aspectos que no parecen ser

apropiados para penetrar en la vida práctica. Sin embargo, si con la vista se abarca el todo, se notará que las cosas en particular tienen en sí las condiciones que les permitirán fluir en los quehaceres cotidianos. El método rosicruciano puede dar a la investigación científica una sabiduría útil para la vida.

En primer lugar se dará un cuadro conjunto de la naturaleza humana. Llegaremos a conocer los distintos principios de la misma. Sólo si avanzamos objetivamente de grado en grado, sin perder nada de la vista, notaremos que todo está estructurado orgánicamente. Después vamos a considerar el destino del alma humana después de la muerte, como asimismo al hombre en su estado de vigilia, durante el sueño, y también al hombre muerto, con respecto a los distintos principios de la naturaleza humana.

Además tendremos que contemplar lo que realiza el hombre desde la muerte hasta el nuevo nacimiento. Es una opinión muy generalizada que en el período después de la muerte el hombre es inactivo; pero no es así. Por el contrario, tiene que actuar y realizar un trabajo que en el cosmos tiene importancia. Después tendremos que explicar lo que es la reencarnación y el karma, el destino, en su relación con la evolución del hombre, mostrando también cómo la humanidad se ha desarrollado en tiempos pasados y cuál es la perspectiva de la futura evolución de la humanidad. En esta conferencia me incumbe caracterizarles brevemente la naturaleza del ser humano. Hablando sobre este tema hay que tener presente que ante el ojo del que con ya desarrollados órganos espirituales de percepción va a contemplar la naturaleza humana, ésta se presenta mucho más compleja que para la observación sensorial común, la que se fundamenta en el intelecto humano, lo que sólo le permite observar una mínima parte de todo el hombre. Ya hemos aludido a que desde el punto de vista del ocultismo es erróneo llamar cuerpo físico lo que se presenta a simple vista. Este cuerpo físico, tal como se nos presenta, ya tiene en sí el cuerpo etéreo y el cuerpo astral; es la unión de estos tres cuerpos, y sólo si se pudiera sacar los otros dos cuerpos, se tendría ante sí la realidad del cuerpo físico humano. Este cuerpo físico es el miembro de la entidad humana el que ésta posee en común con toda la naturaleza circundante, minerales, vegetales y animales.

Sólo observamos este cuerpo físico humano adecuadamente si nos decimos que el mismo se extiende hasta lo que abarca la afinidad del ser humano con el reino mineral que le circunda; pero es preciso tener presente que dicho miembro de la entidad humana no puede de ningún modo considerarse separado de lo demás del cosmos, pues las fuerzas que actúan en el cuerpo físico humano obran desde las vastedades del cosmos. Quien sabe apreciarlo lo siente aproximadamente del mismo modo como se experimenta el fenómeno del arco iris. Para que aparezca el arco iris es preciso que haya una bien definida constelación de la expansión de la luz solar, de las nubes cargadas de lluvia, etc.

No se puede hacer desaparecer el arco iris mientras exista la correspondiente constelación entre las nubes de lluvia y la luz del sol. Resulta pues que el arco iris es algo así como una consecuencia, un fenómeno que se configura por causas exteriores.

En el mismo sentido el cuerpo físico es un mero fenómeno.

Las fuerzas que mantienen la forma del cuerpo físico se deben buscar en la totalidad del mundo que nos circunda. Ahora hemos de preguntar ¿dónde se hallan y cuáles son verdaderamente las fuerzas que conducen a que nuestro cuerpo físico aparezca dotado de una determinada forma? Esta pregunta nos hace ascender a mundos superiores, pues en el mundo físico sólo se percibe lo que es el fenómeno del cuerpo físico, y las fuerzas que componen este fenómeno se hallan en un mundo espiritual muy elevado. Por consiguiente tenemos que hablar un poco de los mundos que existen fuera de nuestro mundo físico.

Si el ocultista habla de mundos superiores, se trata de mundos que nos envuelven en todo instante; sólo hace falta abrir los sentidos para percibirlos, así como es preciso abrir el ojo para ver el mundo de los colores. Cuando se abren ciertos sentidos anímicos, los que son de un grado más elevado que los sentidos físicos, resulta que el mundo que nos circunda aparece penetrado de lo que se llama el mundo astral. La teosofía rosicruciana lo llama el mundo imaginativo, entendiéndose por imaginativo algo mucho más real que comúnmente se entiende por tal expresión. Se percibe un continuo aparecer y desaparecer de imágenes. El color que por lo común está fijo en los objetos, se halla en un múltiple transformarse dentro del mundo astral.

Más adelante llegaremos a conocerlo más exactamente. En el método rosicruciano popularizado, o sea, en el movimiento que se ha adherido a los rosicrucianos, dicho mundo también se llama el mundo elemental, de modo que en sentido rosicruciano las tres expresiones, mundo imaginativo, astral y elemental tienen el mismo significado.

Después se percibe un mundo todavía más elevado, si se abren sentidos aún superiores: el mundo de las armonías de las esferas, el que penetra en el mundo de las imágenes y los seres de los colores. A este mundo se le llama el devachan, o el mundo mental, o también el Rupa devachan; en el lenguaje rosicruciano, el mundo de las armonías de las esferas, o el mundo de la inspiración, porque el sonido es el elemento inspirativo, cuando los sentidos están abiertos para el mismo. En el movimiento que se ha adherido al rosicruciano, también se ha llamado a dicho mundo el celestial. Nombres equivalentes son. el mundo inferior, o Rupa-devachan, mundo devachan, mundo de la inspiración, mundo celestial.

Finalmente tenemos un mundo todavía más elevado, el que abre sentidos aún superiores. El método rosicruciano lo denomina el mundo de la verdadera intuición, entendiéndose por intuición algo mucho más sublime de lo que se piensa según el uso trivial de esta palabra en la vida común. El verdadero sentido es: un identificarse, un introducirse en los seres, un conocerlos desde lo

interior. En el movimiento que se ha adherido a los rosicrucianos se llama a ese mundo el de la razón. Se trata de un mundo tan por encima del mundo común que sólo hace caer una sombra en el mundo humano. Los conceptos racionales son débiles sombras de lo que en este mundo son realidades. Por lo tanto, si queremos comprender la verdadera configuración del mundo, tenemos que nombrar, además de nuestro mundo físico, tres otros mundos. Detrás de las fuerzas que mantienen la integridad del mundo físico, hemos de buscar las fuerzas en el mundo supremo, el mundo intuitivo. Comparado con lo que en este último se puede encontrar como esencialidad, se nos presenta como débiles sombras lo que el físico encuentra en el mundo físico. Quien ascendiese al más alto de los mundos, encontraría entidades vivientes correspondientes a cada concepto que podemos formarnos de un cristal, o del ojo humano, etc. Lo que aquí son conceptos, son sombras de las imágenes de entidades de ese mundo supremo, de modo que nuestro mundo físico está compuesto por fuerzas que en su verdadera formación aparecen en el Arupa-devachan, según el término teosófico. Podemos formarnos una idea todavía más clara si nos preguntamos qué se nos da en semejante contemplación del reino mineral. El hombre posee la conciencia del yo. Del mineral decimos que no tiene conciencia; sin embargo esto sólo es cierto mientras permanecemos en el plano físico. Si ascendemos a los mundos superiores, el mineral ya no carece de conciencia. Ciertamente, no encontramos el yo del mundo mineral, si entramos en el mundo elemental, puesto que para encontrar la conciencia del yo del mineral, tenemos que ascender al mundo supremo de los ahora enumerados. Así como un dedo no tiene conciencia, sino que para encontrar la conciencia del mismo, tenemos que pasar a nuestro yo, así también el mineral conduce a su yo a través de las corrientes cuyo curso podemos seguir hasta en la región suprema del universo. La uña de un dedo pertenece a todo el organismo humano; en el yo se encuentra su conciencia. La uña está en relación con nuestro organismo de la misma manera como el mineral con el supremo mundo espiritual. Así existe un yo de todo el organismo, y al igual que el mineral, las uñas son la más extrema expresión del endurecimiento de la vida. El cuerpo físico humano tiene con los minerales en común el hecho de que al cuerpo físico, en cuanto el mismo es puramente físico, le corresponde la conciencia en lo alto del mundo espiritual. Como hombre dotado de una conciencia puramente física, sin saberlo, como hombre que posee un cuerpo físico que tiene su conciencia en las alturas, le corresponde la peculiaridad de que desde lo alto se influye sobre el cuerpo físico. Sobre lo que configura a nuestro cuerpo físico, no podemos influir. Al igual que nuestro yo actúa cuando movemos la mano, influye sobre nosotros un mundo superior en la referente a nuestro cuerpo físico; y así la conciencia del yo basada en el cuerpo físico promueve en nosotros los procesos materiales del cuerpo. Sólo el iniciado que se eleva hasta la intuición alcanza el dominio sobre su

cuerpo físico, de tal manera que ninguna corriente nerviosa fluye por sus nervios, sin que ello sepa. Sólo así puede el iniciado unirse con los seres que viven allí en las alturas y que dirigen su cuerpo físico.

El segundo principio de la naturaleza humana tiene el hombre en común con el mundo vegetal y el mundo animal; me refiero al cuerpo etéreo o cuerpo vital. Para el vidente oculto dicho cuerpo se presenta con su forma aproximadamente igual a la del cuerpo físico. Es un cuerpo de fuerza. El que pudiera hacer abstracción del cuerpo físico, tendría ante sí el cuerpo etéreo, como cuerpo de fuerza al que atraviesan líneas de fuerza, las que han formado el cuerpo físico. El corazón humano jamás podría formarse dotado de la forma que le es propia, si en el cuerpo etéreo que impregna al físico no existiera el corazón etéreo. Este último contiene determinadas fuerzas y corrientes, las

que son los arquitectos, los escultores del corazón físico. Esto es análogo a que, si se refrigerara agua en un recipiente, se obtendrían endurecimientos, formaciones de hielo. Este hielo es entonces agua endurecida; y las formaciones del hielo ya existían en el agua como líneas de fuerza. Así también se ha formado del corazón etéreo el corazón físico, y éste es simplemente un corazón etéreo endurecido, y las corrientes de fuerza del corazón etéreo le han dado la forma a aquello.

Quien pudiera hacer abstracción del cuerpo físico, percibiría el cuerpo etéreo, principalmente sus partes superiores, bastante parecidas al cuerpo físico. Pero tal semejanza sólo se extiende hasta la mitad del cuerpo, pues el cuerpo etéreo en realidad

muestra una gran diferencia, en comparación con el cuerpo físico. Esto les resultará comprensible si les digo que el cuerpo etéreo del varón es femenino, y el de la mujer, masculino. Sin este conocimiento muchas cosas de la vida práctica permanecen incomprensibles. Por lo demás, el cuerpo etéreo aparece como una configuración luminosa y por todas las partes se extiende un poco por encima del cuerpo físico. El cuerpo etéreo lo tiene el hombre en común con el mundo vegetal. Al cuerpo etéreo le es propio algo parecido a lo relativo al cuerpo físico: las fuerzas que mantienen la coherencia del cuerpo etéreo las encontramos en el mundo denominado el inspirante, o el mundo del Rupa-devachan, el mundo celeste. Todas las fuerzas que al cuerpo etéreo dan la coherencia son de un grado más bajo que las similares del cuerpo físico. Por esta razón es preciso contemplar esta cuestión de tal manera que se busque la

conciencia del yo de los vegetales en dicho mundo de la inspiración, el devachan inferior; y en este mundo de las armonías de las esferas, en que se encuentra la conciencia del yo del mundo vegetal, se halla también la conciencia del yo que impregna el cuerpo etéreo del hombre, y que vive en nosotros sin que lo sepamos.

Ahora vamos a considerar el tercer principio de la entidad humana, el cuerpo astral, o, según la denominación rosicruciana: el cuerpo anímico. El hombre lo tiene en común con los animales únicamente. Donde se producen placer y pena, alegría y dolor,

afectos y pasiones, tenemos el cuerpo astral como portador de tales experiencias interiores de un ser. Los deseos, las apetencias, etc. también están arraigados en el cuerpo astral. Al cuerpo astral a su vez hay que caracterizarlo diciendo: en él existe lo que igualmente existe en el mundo animal. El mundo animal también tiene conciencia. La naturaleza astral de los hombres y los animales mantiene su coherencia por fuerzas que se hallan en el mundo astral, el imaginativo, o, según la expresión rosicruciana, en el mundo elemental, de modo que la verdadera configuración de las fuerzas que mantienen la coherencia y le dan su forma propia, se pueden conocer en el mundo astral; y por la misma razón el animal tiene la conciencia de su yo en dicho mundo.

Así como con respecto al hombre hablamos de un alma individual, hablamos, en cambio, con respecto al animal, de un alma grupal, la que se encuentra en el plano astral, sólo que no en el animal individualmente, con su vida en el plano físico, sino la especie, la totalidad de los leones, o de los tigres, tienen un yo, el que, como alma grupal, ha de buscarse en el plano astral. Esto quiere decir que lo que aquí vive como animal sólo es comprensible si se puede seguir observándolo hasta en el plano astral. Al respecto, se descubrirían hilos que, por ejemplo, parten de los leones para unirse en el plano astral, formando el yo grupal de los leones individuales que viven en la tierra.

Tal como el hombre tiene un yo individual, así vive en el cuerpo astral de cada uno algo de un yo grupal; y el hombre sólo se independiza del yo animal, cuando llegue a ser vidente en lo astral, uniéndose con las entidades astrales, esto es, si él va al encuentro con las almas grupales en el plano astral, del mismo modo que aquí se encuentra con los seres animales individualmente. Allí en lo alto se mueven seres los que sólo dispersos como tantos y tantos animales pueden descender al plano físico.

Al término de su vida vuelven a unirse en el plano astral con la otra parte del respectivo ser. En el plano astral el grupo entero de una especie animal es un ser con el cual se puede hablar como con un individuo aquí. Si bien su aspecto es algo distinto, no sin razón, en el segundo sello apocalíptico se caracteriza a esos seres de tal manera que se les dan distintas figuras, diciendo que se dividen en cuatro clases: león, águila, toro y hombre; pero hombre que todavía no ha descendido al plano físico. Estos cuatro animales apocalípticos son las cuatro clases de las almas grupales, las que en el plano astral son las más íntimamente vinculadas con el hombre en su alma individual. Ahora contemplaremos lo que el ser humano no tiene en común con el mundo que le circunda, contemplaremos la entidad que en el yo encuentra su expresión. Por este cuarto principio de su naturaleza el hombre es la flor de la creación física de la tierra, y sólo por éste se confiere a su naturaleza el principio que tiene la conciencia aquí abajo en el plano físico. Así como la conciencia mineral se halla en el Arupa-devachan, la de los vegetales en el Rupa-devachan, la de los animales en el plano astral, la conciencia del yo del hombre, como el cuarto principio de su

naturaleza, se halla en el mundo físico. Sólo en su yo el hombre posee algo en lo que no penetra ningún otro ser, no entra ninguna conciencia ajena de un yo.

Con lo que precede tenemos al hombre cuaternario, como hombre físico, etéreo, astral y yo. Pero ahora se trata de que todo esto aún no abarca toda la naturaleza humana. Estos cuatro principios los tenía el hombre ya en la primera de todas sus encarnaciones aquí en la Tierra; y el paso por las diversas encarnaciones significa una evolución hacia la meta superior del hombre. La misma consiste en que, partiendo del yo, el hombre

transforma ahora los tres principios antes enumerados. Si se observa al hombre del pasado remoto, en su primera encarnación terrenal, él obedece a todas sus emociones y apetencias. Es cierto que tiene sus cuatro principios, inclusive el yo, no obstante

se porta como si fuera un animal. Si a semejante hombre se compara con un noble idealista de ahora, la diferencia consiste en que aquél, el hombre salvaje, aún no ha comenzado a transformar su cuerpo astral por la fuerza de su yo. El progreso inmediato evolutivo de la humanidad estriba en que el hombre vaya transformando su cuerpo astral. En tal persona el trabajo de transformación encuentra su expresión por el hecho de que ciertas cualidades primitivas del cuerpo astral ya están bajo su dominio interior. Con respecto a ciertos instintos el hombre corriente de Europa Central se dice: a éstos puedo obedecer, a otros no. Aquella parte de lo que originariamente había vivido en su cuerpo astral y que el hombre haya conseguido a tenerla bajo el dominio de su yo, la denominamos el Yo espiritual; es el mismo principio al que también se ha llamado Manas: es el producto de transformación del cuerpo astral por el yo.

Substancialmente es idéntico con el cuerpo astral, sólo que se trata de otra clase de ordenamiento de lo que originariamente estuvo en el cuerpo astral y que se ha transformado en el Yo espiritual.

El hombre que sigue desarrollándose a un grado más elevado adquiere la facultad de transformar a través de su yo, no solamente su cuerpo astral, sino también el cuerpo etéreo. Tengamos presente cuál es la diferencia entre el obrar sobre el cuerpo astral y el correspondiente al cuerpo etéreo. Si recordamos la que sabíamos a la edad de ocho años y si consideramos lo aprendido desde entonces, vemos que esto es realmente muy importante. Cada uno de nosotros se ha formado una gran cantidad de conceptos, los que le inducen a dejar de obedecer ciegamente a sus afectos y pasiones. En cambio si uno, por ejemplo, recuerda haber sido un niño colérico y hasta qué grado ha vencido a tal naturaleza, tendrá que confesar que de vez en cuando la cólera todavía se hará notar. O también, cuán poco se ha logrado cambiar las condiciones de una mala memoria, y aún más, cuán escaso es el progreso en transformar las disposiciones características, la intensidad o debilidad del fuero interior.

Frecuentemente he comparado la medida en que el hombre logra transformar sus temperamentos y otras cualidades con la lentitud con que avanza la aguja horaria del reloj. El camino hacia la iniciación del discípulo se basa precisamente en que el aprendizaje se considera

meramente como preparación, mientras que para la iniciación misma es mucho más esencial e importante lo que se alcanza en cuanto a la transformación del temperamento. Si se ha transformado la memoria débil en buena, la cólera en apacibilidad, el temperamento melancólico en ecuaníme, se ha alcanzado más de lo que se gana por todo el aprendizaje, pues aquello es una fuente de íntimas fuerzas ocultas y es la expresión de que el yo va transformando el cuerpo etéreo, no solamente el cuerpo astral.

En cuanto dichas disposiciones se pongan de manifiesto, es cierto que también hay que buscarlas en el cuerpo astral, pero si se quiere transformarlas, hay que buscarlas en el cuerpo etéreo, y sólo es posible cambiar su característica mediante dicha transformación.

Aquella parte del cuerpo etéreo que el yo haya transformado, vive entonces en el hombre como lo que denominamos Espíritu vital, en contraste con el cuerpo vital. En la literatura teosófica se lo designa como Budhi. La substancia de la

Budhi no es otra cosa que la parte del cuerpo etéreo, transformada por el yo.

Cuando el yo llega a ser tan fuerte que aprende a transformar no solamente el cuerpo etéreo, sino también el físico, como el más denso de la naturaleza humana -aquel que está constituido en tal forma que sus fuerzas se extienden hasta en el mundo supremo- entonces decimos: el hombre desarrolla en sí el principio superior de su naturaleza actual, esto es, lo que se llama Atma, o el verdadero Hombre Espíritu. Las fuerzas que hacen posible la transformación del cuerpo físico se deben buscar en el mundo más alto. Para la transformación del cuerpo físico hay que comenzar con la transformación del proceso respiratorio.

(Atma quiere decir atmen, respirar). Mediante tal transformación cambia la naturaleza de la sangre, la que influye sobre el cuerpo físico, de modo que esto significa extender el obrar hasta en el mundo más alto.

Ahora bien, debemos hacer distinción entre dos formas de la transformación, y cuando se quiere expresarlo más exactamente, se habla de una transformación inconsciente, y otra, consciente. En verdad cada europeo ha transformado inconscientemente, desde su yo, los principios inferiores de su naturaleza.

Dentro del actual ciclo evolutivo los transforma conscientemente tan sólo con respecto a Manas; y si quiere aprender a transformar conscientemente el cuerpo etéreo, tiene que llegar a ser iniciado.

Tenemos pues los tres principios primitivos de la naturaleza humana, los que cada uno tiene, incluso el hombre más primitivo del primer escalón evolutivo, y dentro de los mismos el yo.

A partir de este estado comienza la transformación. Durante mucho tiempo había sido de carácter inconsciente; y la humanidad empieza ahora a transformar conscientemente el cuerpo astral. En el futuro todos los hombres transformarán conscientemente el cuerpo etéreo y el físico.

Repito: tenemos los tres principios primitivos: cuerpo físico, cuerpo etéreo, cuerpo astral y después el yo. El yo primero actúa

transformando estos tres principios, lo que para el hombre del presente es un proceso del pasado; inconscientemente él ha hecho surgir, como disposición, el alma sensible, el alma racional, el alma consciente.

En la teosofía rosicruciana se distinguen: el alma sensible, el alma racional, el alma consciente; sólo en el alma consciente aparece la luz de la transformación consciente; el yo comienza a promover conscientemente la transformación. Primero se desarrolla el Yo espiritual en el cuerpo astral. Dentro del cuerpo etéreo se desarrolla el Espíritu vital, que se corresponde con el cuerpo vital; después se desarrolla en el cuerpo físico el Hombre-Espíritu, Atma. En total tenemos pues nueve principios de la naturaleza humana.

Para el aspecto exterior dos de estos principios de la naturaleza humana, el alma sensible y el cuerpo anímico, en cierto modo están, aquélla dentro de éste, como la espada en la vaina. El alma sensible está dentro del cuerpo anímico, haciendo aparecer los dos principios como uno solo. Así también forman un solo principio el Yo espiritual y el alma consciente, de modo que los nueve principios se reducen a siete, como a continuación se enumeran:

1. Cuerpo físico
2. Cuerpo etéreo, o vital
3. Cuerpo astral, con el cual está unida el alma sensible y después
4. el yo

y como los principios superiores:

5. Yo espiritual, o Manas, con el alma consciente
6. Espíritu Vital, o Budhi, y como el supremo
7. Hombre-Espíritu, o Atma

Así se nos presenta el íntimo conexo de la naturaleza humana, la que en realidad está constituida por nueve principios, con dos veces dos que están unidos.

En virtud de ello el método rosicruciano hace distinción entre tres veces tres = nueve principios, los que por dicho enlazamiento en cierto sentido se reducen a siete. No obstante debemos tener presente que en el siete se halla el nueve, pues de otro modo tan sólo llegaríamos a un aspecto teórico.

9. Hombre-Espíritu
8. Espíritu Vital
7. Yo espiritual
6. Alma consciente
5. Alma racional
4. Alma sensible
3. Cuerpo astral
2. Cuerpo etéreo
1. Cuerpo físico

El yo reluce en el alma, después empieza el obrar sobre los distintos cuerpos.

Pero sólo se alcanzará el paso de la teoría a la vida, si realmente se contempla la naturaleza de esta concepción. Lo que aquí se toca, ha de guiarnos en la próxima conferencia, por la que ascenderemos a la contemplación del hombre durmiente, sus estados de vigilia y muerte.

III

El mundo elemental y el celeste Los estados de vigilia, sueño y muerte

En esta conferencia vamos a contemplar al ser humano en su estado de vigilia aquí en el mundo físico, en sus estados del sueño y de lo que se llama la muerte. El estado de vigilia es bien conocido para todos.

Cuando el hombre cae en el sueño, en cierto modo se desprende del cuerpo físico y el etéreo, todo lo que pertenece al cuerpo astral, el yo, más el resultado del obrar del yo sobre el cuerpo astral. Si se observa clarivamente al hombre durmiente, se presenta en la cama el cuerpo físico y el etéreo, y estos dos principios permanecen unidos como siempre, mientras que el cuerpo astral arranca de los mismos todo lo perteneciente

a principios superiores, de modo que por la capacidad clarividente se puede observar que, al dormirse el hombre, el cuerpo astral con cierta luminosidad se desprende de los dos cuerpos que acabo de nombrar. Para describirlo más exactamente hay que decir que en el ser humano del presente el cuerpo astral aparece estructurado por el efecto de múltiples corrientes y fenómenos luminosos; ya la observación global el todo se presenta como dos espirales entrelazadas, aproximadamente como dos cifras 6 que se entrelazan, perdiéndose una de las mismas en el cuerpo físico, la otra, en cambio, extendiéndose, cual la cola de un cometa, hasta muy lejos en el cosmos; pero pronto los dos arcos del cuerpo astral se vuelven imperceptibles en su extensión, de modo que el fenómeno se torna comparable con la forma de un huevo. Cuando el hombre despierta, se borra el arco (la cola), que va hacia el cosmos y todo vuelve a introducirse en los cuerpos etéreo y físico.

Un estado intermedio entre la vigilia y el sueño lo conocemos como el ensueño. Este estado se produce durante el sueño cuando el cuerpo astral ya ha disuelto totalmente su unión con el cuerpo físico, cuando de éste ha sacado sus tentáculos, por decirlo así, pero aún está unido con el cuerpo etéreo. En tal caso aparecen en el campo visual del hombre las imágenes a las que llamamos sueños, o ensueños.

Objetivamente se lo puede llamar

un estado intermedio, puesto que el cuerpo astral ha cortado su unión con el cuerpo físico, mientras que aún está en conexión con el cuerpo etéreo.

Hablamos pues del hombre durmiente, como del que vive en su cuerpo astral, fuera de su cuerpo físico y el etéreo. El hecho de que el hombre debe caer en el sueño tiene profunda justificación dentro de toda la naturaleza. No hay que pensar que el cuerpo astral, mientras durante el sueño se encuentra fuera de los cuerpos físico y etéreo, estuviese inactivo y que no hiciese ningún trabajo. Durante el día, cuando el cuerpo astral se halla en el físico y el etéreo, aquél está expuesto al mundo exterior, a los influjos que ejercen efecto sobre el hombre por las impresiones sensorias y la propia actividad del cuerpo astral en el mundo físico. Todo cuanto de esta manera le toca al hombre como sentimientos y sensaciones; quiere decir todo lo que desde afuera le llega, influye sobre el cuerpo astral, y este es verdaderamente la parte senciente y pensante del hombre, mientras que el cuerpo físico lo mismo que lo perteneciente al cuerpo etéreo, solamente son sus intermediarios, sus instrumentos. Todo lo que piensa y quiere se halla en el cuerpo astral.

De este modo, mientras durante el día el hombre actúa en el mundo exterior, el cuerpo astral recibe constantemente impresiones de ese mundo. Por otra parte hay que tener presente que el cuerpo astral es el verdadero constructor del cuerpo etéreo y del físico. Así como el cuerpo físico con todos sus órganos ha recibido del cuerpo etéreo su forma solidificada y endurecida, así también lo que fluye y obra en el cuerpo etéreo, ha nacido proveniente del cuerpo astral.

Y el cuerpo astral mismo: ¿de qué ha nacido? Ha nacido del organismo astral universal el que entreteje todo nuestro cosmos. Para representarse, por medio de una comparación, la relación de la pequeñísima parte de corporalidad astral perteneciente al cuerpo humano, con toda la enorme extensión del mar astral en que se hallan suspendidos y del que han nacido todos los hombres, animales, vegetales, minerales, como asimismo los planetas; repito: para representarse la relación del cuerpo astral con dicho organismo astral, hay que imaginarse una gota de un líquido en un recipiente. Así como todo lo que es la gota lo tiene del líquido en el recipiente, así también lo que constituye un cuerpo astral estuvo una vez encerrado en todo el mar astral del cosmos. De este mar se ha desprendido, y por el haber penetrado en el cuerpo etéreo y el físico, se ha apartado tal como la gota del recipiente.

Mientras el cuerpo astral estuvo en el seno del cuerpo astral general, recibía sus leyes, sus impresiones de la totalidad del cuerpo astral cósmico. Tenía su vida dentro del cuerpo astral cósmico. Desde su apartarse de este último, depende durante la vigilia de las impresiones que él recibe del mundo físico, de modo que tiene que repartir el fundamento de su naturaleza entre las impresiones que él ha traído del cuerpo astral cósmico y las que ahora recibe. por la actividad que el mundo físico le asigna. Cuando el hombre haya llegado a la meta de su evolución terrestre, esos dos aspectos formarán una armonía, la que ahora no existe, puesto que los dos influjos no están en consonancia.

Hemos dicho que el cuerpo astral es el constructor del cuerpo etéreo y debido a ello indirectamente -puesto que el cuerpo etéreo a su vez construye el cuerpo físico- también el constructor del cuerpo físico. Todo lo que en el curso del tiempo el cuerpo astral palmo a palmo ha construido, ha nacido del seno del cósmico gran mar astral. Debido a que de este último sólo ha llegado armonía y leyes sanas, el trabajo del cuerpo astral para construir el cuerpo etéreo y el físico, originariamente es un obrar sano y armónico; pero por las influencias que el cuerpo astral recibe de afuera, del mundo físico, y que afectan su armonía originaria, se producen todas las perturbaciones del cuerpo físico, las que existen en el hombre de nuestro tiempo. Si el cuerpo astral estuviera constantemente en el ser humano, la fuerte influencia del mundo físico destruiría dentro de breve tiempo toda la armonía que el cuerpo astral ha traído consigo del mar cósmico; el organismo humano sufriría rápidamente el desgaste debido a enfermedad y cansancio. Durante el sueño el cuerpo astral se retira de las impresiones del mundo físico, el que no contiene nada de lo cual podría recibir armonía, y entra en la armonía general del cosmos, de donde él ha nacido; y esto conduce a que al despertarse a la mañana traiga consigo la repercusión de la renovación recibida durante la noche. Durante el sueño nocturno el cuerpo astral renueva su armonía con el cósmico gran mar astral; de modo que para el clarividente el cuerpo astral no se presenta como no activo, sino con el nexo entre el mar astral y una de las colas, parecida a la de un cometa, del cuerpo astral, y él percibe además que esta parte del cuerpo astral se encarga de hacer desaparecer el debilitamiento producido por el mundo que trae la desarmonía. Esta actividad del cuerpo astral encuentra su expresión en el hecho de que a la mañana nos sentimos fortalecidos. Pero también es cierto que el cuerpo astral, después de haber vivido durante la noche dentro de la gran armonía, debe volver a acostumbrarse al mundo físico, y debido a ello el máximo grado de sentirse fortalecido sólo aparece algunas horas después de la reincorporación del cuerpo astral en el físico. Ahora hemos de contemplar lo que se refiere al hermano del sueño, la muerte, a fin de comprender cuál es el estado del ser humano después de la muerte. La diferencia entre el hombre muerto y el hombre durmiente consiste en que, al producirse la muerte, el cuerpo etéreo se desprende conjuntamente con el cuerpo astral, dejando en este mundo físico el cuerpo físico solamente. El desprenderse el cuerpo etéreo del físico jamás tiene lugar en la vida del hombre desde el nacimiento hasta la muerte, a no ser que experimente ciertos estados de iniciación. Un momento de mucha importancia para el hombre fallecido es aquel inmediatamente después de la muerte, momento que ciertamente dura algún tiempo, horas y hasta días. En tal estado pasa delante el alma del difunto, como un gran cuadro recordativo, toda la vida de la última encarnación. Esto es algo que para todos los hombres se produce después de la muerte. La peculiaridad de este cuadro consiste en que, en tanto transcurre de la manera en que se produce

inmediatamente después de la muerte, resultan como borradas todas las experiencias que el hombre ha tenido subjetivamente en el transcurso de su vida terrenal.

Juntamente con nuestras diversas experiencias, siempre tuvimos también el sentimiento de placer o de dolor, del recogimiento o de la tristeza. Nuestra vida exterior siempre estuvo vinculada con una vida interior. Toda la alegría y todos los dolores vinculados con el cuadro de la vida no aparecen en dicho recuerdo retrospectivo, de modo que frente al cuadro recordativo se está situado tan objetivamente como frente a una obra pictórica. Si ésta es el retrato de una persona que está triste y llena de sufrimiento, la observamos, no obstante, objetivamente. Si bien podemos sentir su tristeza, no sentimos directamente su dolor. Lo mismo ocurre con las imágenes del cuadro recordativo inmediatamente después de la muerte: el mismo se extiende y dentro de lapsos de tiempo sorprendentemente breves, se perciben todos los pormenores de la vida pasada.

La separación del cuerpo físico del etéreo por lo común sólo se produce para el iniciado; no obstante hay ciertos instantes en los que como de un tirón el cuerpo etéreo se desprende del físico. Esto ocurre cuando una persona vive instantes particularmente horribles, como por ejemplo al caer en un precipicio, o por el peligro de ahogarse. En semejante caso, debido al gran shock, se produce una suerte de desprendimiento del cuerpo etéreo del físico; ya consecuencia de ello en tal instante se halla ante el alma del hombre toda la vida pasada como una recordación. Esto es algo análogo a lo que se experimenta después de la muerte.

Cuando se adormece un miembro del cuerpo tiene lugar una separación parcial del cuerpo etéreo. Por ejemplo, el adormecerse la mano, el vidente observa que la parte etérea de la mano está colgada de ésta como un guante. Igualmente en caso de un estado hipnótico, cuelgan hacia afuera partes del cerebro etéreo de la persona respectiva. El conocido sentimiento extraño del comezón, cuando existe un miembro adormecido, se debe a que el cuerpo etéreo está entonces metido en el cuerpo físico en pequeñísimas formaciones, como puntos.

Una vez transcurrido el tiempo durante el cual el cuerpo etéreo unido con el cuerpo astral se ha desprendido del cuerpo físico, llega el instante en el que el cuerpo astral con todo lo formado en él como principios superiores, vuelve a separarse del cuerpo etéreo. Este último se desprende y el cuadro recordativo se desvanece. Pero algo del mismo permanece con el ser humano, no todo se pierde. Si bien todo lo que se podría llamar sustancia etérea, o vital, se dispersa en todo el éter universal, queda, no obstante, algo como una esencia, la que para el hombre jamás puede perderse en el curso posterior de su existencia; él la lleva consigo, como una especie de extracto sacado del cuadro

recordativo de su vida, a todas sus futuras encarnaciones, si bien no lo puede recordar. Como una realidad concreta se llama cuerpo causal lo que del extracto recordativo se forma. Después de cada vida terrenal se añade una hoja nueva al libro de las vidas. Esto

incrementa la esencia de las mismas y si las vidas pasadas fueron fructíferas, hace que la subsiguiente se desarrolle de la manera correspondiente, En este elemento ha de buscarse la causa del porqué una vida sea rica o pobre en talentos, disposiciones, etc. Para poder comprender la vida del cuerpo astral después de su separación del cuerpo etéreo es preciso echar una mirada sobre condiciones físicas. En la vida física resulta que es el cuerpo astral en que se produce la alegría y el dolor y la satisfacción de sus apetencias, impulsos y deseos, por medio de los órganos del cuerpo físico. Después de la muerte le faltan estos instrumentos físicos; el gourmet ya no puede satisfacer su gusto de cosas finas, pues le falta el paladar que desapareció con el cuerpo físico.

Pero la apetencia sigue existiendo en el hombre, puesto que la misma está ligada al cuerpo astral, y de ello resulta la sed ardiente en el kama-loka. Kama significa apetencia, deseo; loka sería el lugar, pero en realidad no se trata de ningún lugar, sino de un estado.

Quien ya durante la vida física se eleve sobre el cuerpo físico, abrevia su período del kama-loka; un efectivo y real elevarse tiene lugar, si nos encantan los objetos de lo hermoso y de lo armónico, pues ya durante la vida nos hacen salir del mundo sensible. El arte sensual-materialista significa una agravación del estado en el kama-loka, mientras que el arte espiritual conduce a un alivio del mismo. Todo placer noble y espiritualizado abrevia el período del kama-loka, y por esta razón es necesario que ya

en esta vida nos deshagamos de los apetitos y deseos que únicamente pueden satisfacerse por medio del instrumento sensorio.

El tiempo de kama-loka significa precisamente un período del deshacerse de los apetitos e instintos sensuales. Dicho período dura aproximadamente un tercio de la vida común. Durante la vida en el kama-loka se manifiesta algo singular. En el mismo el ser humano comienza a revivir toda la vida pasada. Mientras que inmediatamente después de la muerte se le presentaba un cuadro recordativo exento de placer y desplacer, experimenta ahora, en sentido inverso y de tal manera que debe vivir en sí mismo todo placer y todo sufrimiento que él ha causado a otros.

Esto no tiene nada que ver con la ley del karma. La vida retrógrada comienza con la última experiencia antes de la muerte y va hacia el nacimiento con triple velocidad. En

el instante en que el recuerdo retrospectivo del hombre llega al nacimiento, sucede que la parte del cuerpo astral transformada por el yo, se añade al cuerpo causal, mientras que lo todavía no transformado se desprende como una sombra pasajera. Estas sombras las llamamos los cadáveres astrales de los hombres. Resulta entonces que el hombre se ha quitado el cuerpo físico, el etéreo y el cadáver astral. Ahora pasa a vivir nuevos estados, los del devachan, que es un mundo que nos circunda lo mismo que el mundo astral. Cuando el hombre haya terminado la vida retrógrada hasta la niñez. quiere decir cuando se haya desprendido de los tres cadáveres, ha alcanzado el estado a que el documento bíblico alude misteriosamente con las palabras: Si no os volviereis y fuereis como

niños, no entraréis en el reino de los cielos. El devachan, el mundo espiritual, es el reino de los cielos en sentido cristiano.

Ahora nos incumbe describir el mundo del devachan mismo. Es un mundo de diversidad y estructura de un modo análogo a nuestro mundo físico. Así como en el mundo físico hacemos distinción entre formaciones sólidas, los continentes, como en derredor de lo sólido tenemos una masa de agua, después el aire, y además de ello estados más sutiles, así también tenemos en el devachan, en el reino espiritual, una diversidad análoga. Por analogía con las condiciones terrestres se ha asignado nombres similares a lo que se halla en el devachan.

En primer lugar tenemos una región que se puede comparar con las regiones físicas sólidas. Todo lo que en la tierra es físico se encuentra allí como entidades espirituales. Por ejemplo, imaginémos a un hombre físico. Si se observa a este hombre por la visión correspondiente al devachan, él aparece como sigue, desaparece lo que perciben los sentidos físicos, mientras que comienza a presentarse luminoso en donde no hay nada del hombre físico. El ámbito alrededor del hombre comienza a brillar y a lucir. En el medio, donde está el cuerpo físico hay un espacio vacío, algo así como un espacio libre, negativo, una figura de sombra. Los animales y los hombres, percibiéndolos de tal manera aparecen como imagen negativa, la sangre aparece verdosa, mostrando el color complementario. Todos los objetos que aquí en la tierra son físicos, existen allí arriba de algún modo como sus arquetipos.

La segunda región, no delimitada, sino como un segundo grado, es la región del mar, la región oceánica del devachan. No consiste de agua, sino de una substancia extraordinaria, la que como corrientes regulares impregna la región del devachan, de un color comparable con la recién abierta flor de durazno en la primavera. Es vida líquida la que cubre todo el devachan. Lo que aquí abajo aparece repartido entre los hombres y animales individuales, existe allí arriba como una suerte de elemento líquido. De ello tenemos un cuadro, una expresión, si nos imaginamos la distribución de la sangre en el organismo humano.

La tercera región se caracteriza lo mejor posible diciendo que en la misma existe exteriormente todo lo que aquí vive en el interior de los seres como sensaciones, sentimientos, placer y pena, alegría y dolor. Si aquí por ejemplo se libra una batalla, existen en el plano físico cañones, fusiles, etc., pero en el interior de los seres en el plano físico existen sentimientos mutuos de venganza, dolores, pasiones. Los dos ejércitos se enfrentan con profusión de pasiones mutuas. Si nos imaginamos todo esto convertido en fenómenos exteriores, tenemos el cuadro que se presenta en el devachan. Al igual que aquí se desenfrena una gran tempestad, se percibe allí lo que aquí tiene lugar en un campo de batalla. Esto es la atmósfera del devachan. Así como nuestra tierra está envuelta en una atmósfera (una capa aérea), se halla allí extendida como una atmósfera todo lo que en el plano físico se expresa como

sentimientos, no importa si esto llega o no a una realización en el plano físico.

La cuarta región del devachan contiene las formas y las causas primarias de todo cuanto aquí en la tierra se ha realizado de un modo original. Si averiguamos, si examinamos los acontecimientos del mundo físico, nos damos cuenta de que la gran mayoría de los sucesos interiores son causados desde afuera. Una flor, un animal, nos dan alegría, la que no sentiríamos sin la flor, o sin el animal. Pero también hay sucesos que no se causan desde afuera. Un nuevo pensamiento, una obra de arte, una nueva máquina, traen algo al mundo que antes aún no existía.

En todos esos campos se producen creaciones originales, y la humanidad no progresaría, si al mundo no se dieran novedades. Las cosas particularmente originales dadas por los grandes artistas o inventores del mundo, sólo por grados son más grandes que cualquier otra acción original, inclusive las más insignificantes. Lo que importa es que algo original se genere en el interior humano. Hasta para las acciones originales más insignificantes ya existen prototipos en el devachan; todo lo respectivo ya está predibujado en la altura. Lo que los hombres realizan de un modo original, ya está delineado allí arriba, antes del nacimiento del hombre.

Según lo expuesto encontramos en el devachan cuatro regiones cuyas contra-imágenes en el plano físico son tierra, agua, aire y fuego: la región continental, hablando en sentido espiritual, como crosta sólida del devachan; luego la región oceánica que se corresponde con nuestros mares y corrientes de agua; la región aérea, las corrientes de las pasiones y lo demás; (lo hermoso, pero también lo tempestuoso se encuentran allí), y finalmente lo que penetra todo, el mundo de los arquetipos. Todo aquello que más tarde, en el mundo físico los seres que retornan a este mundo realizan en forma de impulsos volitivos e ideas originales; todo esto el alma lo debe vivir y tejer con el fin de recoger allí nueva fuerza para la nueva vida terrenal.

IV

El descenso a un nuevo nacimiento

En la conferencia anterior hemos descripto la región y los mundos por los cuales el hombre debe pasar después de la muerte, al haberse desprendido en el kama-loka o, como lo llama la teosofía rosicruciana, en el mundo elemental, de todo aquello que todavía le ata al instrumento físico de este mundo. Además hemos descripto lo que se denomina el Rupa-devachan, o la región que se ha llamado el mundo celeste o mundo inspirante.

Hemos visto que éste, el mundo de los Espíritus como tal, tiene una característica cuaternaria, lo mismo que nuestro mundo físico. Allí

tenemos la región continental, la que está impregnada de una región oceánica y fluvial; pero mejor la comparamos con la forma de la circulación sanguínea del organismo humano. Hemos visto que en el devachan, como analogía correspondiente a la atmósfera de nuestra tierra, también se encuentra en la llamada región aérea todo aquello que vive y se expresa como alegría y pena, como dolores y opresiones en el alma de los seres del mundo físico, ciertamente en forma mucho más extendida, puesto que allí también viven otros seres los que no están encarnados en cuerpos físicos. Finalmente hemos visto que en la cuarta región se encuentran los prototipos de lo que tiene un carácter original, desde la más insignificante ocurrencia hasta lo más grandioso y sublime de lo que realizan el inventor y el artista. Allí arriba tenemos los impulsos que verdaderamente conducen al progreso de nuestra Tierra. Además de dichos componentes del mundo espiritual como tal, encontramos igualmente la que une nuestra Tierra con mundos todavía más altos. Hasta ahora sólo hemos descubierto lo que meramente se relaciona con la evolución de la Tierra, pero no lo que la trasciende. Quien alcance la iniciación llegará a conocer lo que nuestra Tierra ha sido en todo el pasado, lo que ella será y lo que la une con otros mundos dentro de nuestro sistema solar.

Ante todo tiene importancia lo que se nos presenta en el devachan, en el llamado mundo de la razón. Me refiero a lo que estamos acostumbrados a llamar la Crónica del Akasha. Ciertamente la misma no se produce en el devachan, sino en una región todavía más alta, pero si se llega hasta el devachan, es posible el comienzo de la visión de lo que se llama la Crónica del Akasha.

¿Qué es la Crónica del Akasha? Nos formamos una idea correcta de la misma si nos decimos que todo cuanto en la Tierra o de otro modo acontece en el mundo, hace una impresión duradera en ciertas esencias sutiles, impresión que el consciente que haya pasado por una iniciación puede hallar. No se trata de una crónica común, sino que la misma puede caracterizarse como llena de vida. Supongamos que un hombre haya vivido en el primer siglo de nuestra era. Lo que en aquel tiempo él ha pensado, sentido, intentado, lo que se ha transmitido en sus acciones, no se ha borrado, sino que se ha conservado imprimiéndolo en dicha esencia sutil, donde el vidente lo puede "ver". Ciertamente no lo ve como si existiera escrito en un libro de historia, sino en la forma como ha acontecido. En esas imágenes espirituales se puede ver como uno se mueve, lo que ha hecho, como ha realizado un viaje, por ejemplo. Igualmente se pueden percibir los impulsos volitivos, los sentimientos, los pensamientos. Pero no hay que imaginarse que tales imágenes se presenten como si fueran copias de las personalidades físicas en este mundo; no es así. Para decirlo mediante una ilustración sencilla: si se mueve la mano, la voluntad del hombre se expresa en toda la mano en movimiento, hasta en las partes más pequeñas, y se puede ver esta fuerza de voluntad que así se esconde. Lo que aquí actúa en nosotros espiritualmente y que fluyó en lo físico, se lo percibe allí en lo espiritual.

Por ejemplo, si buscamos a Julio César, podremos observar todo lo emprendido por él. Pero hay que tener presente que en la Crónica del Akasha más bien podemos ver los pensamientos de César. Cuando él se propuso hacer algo, se observa toda la sucesión de sus decisiones volitivas hasta el punto en que la acción se realizó en la vida. No es fácil averiguar en la Crónica del Akasha un acontecimiento concreto; para ello hace falta partir de algo sucedido exteriormente. Cuando el vidente, para observar algo relativo a César, parte de un dato histórico a este respecto, encontrará fácilmente lo demás. A pesar de que los datos históricos no siempre son exactos, a veces pueden resultar útiles. Cuando el vidente se remonta hasta César, realmente percibe de un modo espiritual la persona actuante de César, como si estuviese presente y le dirigiese al vidente la palabra. Sin embargo, si un hombre es capaz de tener ciertas visiones, sin tener conocimientos exactos con respecto a los mundos superiores, puede ser que llegue a los más cuestionables resultados, cuando dirige la mirada al pasado.

Si bien la Crónica del Akasha se encuentra en el devachan, se extiende no obstante hacia abajo hasta en el mundo astral, de modo que frecuentemente se pueden descubrir imágenes de la misma en forma de un espejismo, pero éstas suelen presentarse incoherentes e inexactas, lo que se debe tener en cuenta, cuando se hacen investigaciones del pasado. A la peligroso de tales confusiones voy a aludir mediante un ejemplo. Si en la investigación de la evolución terrestre los indicios de la Crónica del Akasha nos remontan a los tiempos de la Atlántida antes del gran cataclismo que la sumergió, podemos estudiar los acontecimientos respectivos. Los mismos se repitieron más tarde, pero en otra forma. En la Alemania del Norte, en Europa Central, en dirección de la Atlántida hacia el Este, mucho tiempo antes de nuestra era y antes de que el cristianismo se había extendido desde el Sur hacia el Norte, tuvieron lugar acontecimientos como una repetición de los de la Atlántida. Sólo más tarde, por las influencias desde el Sur, la población se hizo independiente. He aquí un ejemplo que muestra cuán fácilmente se puede caer en errores, pues al observar las imágenes astrales

de la Crónica del Akasha en vez de las del devachan, puede suceder que las repeticiones de los antiguos sucesos atlantes se confundan con estos últimos. Esto ocurrió realmente en los relatos sobre la Atlántida de Scott-Elliott, los que efectivamente concuerdan con las imágenes astrales, pero no con las de la verdadera Crónica del Akasha en el devachan. Hacía falta decirlo, pues en el instante en que se reconoce dónde está la fuente de los errores, se sabrá hacer la verdadera valoración de lo expuesto.

Otra fuente de error puede aparecer si se toman en consideración los relatos de un médium. Las personas de adecuados dones mediumísticos pueden percibir la Crónica del Akasha pero en la mayoría de los casos meramente sus reflejos astrales.

En la Crónica del Akasha hay algo singular. Si en ella se busca a un hombre, su actitud será comparable con la de un ser viviente. En tal

caso Goethe responderá no solamente con palabras pronunciadas en su vida terrenal, sino que dará respuestas en sentido goetheano, e incluso puede suceder que Goethe recite versos en su estilo y sentido, pero versos que él mismo no ha escrito. La imagen del Akasha es tan viva que continúa obrando originariamente en el sentido del hombre respectivo. Por esta razón puede suceder que se confunda la imagen con el hombre mismo. El médium cree que le aparece el difunto viviendo en espíritu, a pesar de que sólo se trata de la imagen astral del Akasha. Puede darse el caso de que César ya viva reencarnado en la Tierra, mientras su imagen contesta en una sesiones espiritista.

Pero no se trata de la individualidad de César sino de la impresión duradera de la imagen de César depositada en la Crónica del Akasha. Esto conduce a los errores en las sesiones espiritistas. Debemos hacer distinción entre lo que subsiste como imagen del hombre en el Akasha y lo que continúa desarrollándose como individualidad. Son aspectos sumamente importantes.

Al haber abandonado el kama-loka, el hombre se ha desacostumbrado de todas las acciones y funciones para las cuales necesita los instrumentos físicos; él entra entonces en la región que acabo de describir. El período que ahora comienza para él, es de extraordinaria importancia. Es preciso tener bien presente lo que entonces acontece para el hombre.

Todo lo que antes el hombre sólo había pensado, sus sentimientos y pasiones, todo lo experimentado en la Tierra, se le presenta en el devachan en forma de las cosas que ahora están a su alrededor.

Primero percibe el propio cuerpo físico en forma de su arquetipo. Así como aquí en la Tierra caminamos sobre rocas, piedras, montañas, así también se pasa en el devachan sobre todas las formaciones que existen aquí en el mundo físico; quiere decir que allí se camina incluso sobre su propio cuerpo físico. Es precisamente un rasgo característico para el hombre después de la muerte el hecho de que tenga su propio cuerpo físico como un objeto fuera de sí mismo, pues esto le hace conocer que del kama-loka ascendió al devachan. Aquí en la Tierra, él dice a su cuerpo: "esto lo soy yo." Allí lo ve y dice: "esto lo eres tú." La filosofía Vedanta ordena que sus discípulos ejerciten meditativamente las palabras "esto lo eres tú", a fin de que a través de tales ejercicios sepan decir a su cuerpo: "esto lo eres tú." Además se percibe a su alrededor todo lo vivido en la Tierra. Si aquí el hombre siente venganza, falta de amor, toda clase de sentimientos malos hacia sus semejantes, todos estos sentimientos malos los percibe como una nube fuera de sí mismo, y esto resulta ser una advertencia para él. Aprenderá qué significación y qué efecto tiene todo eso aquí en nuestro mundo.

Es preciso tener claramente presente lo que de dicha manera se realiza para el hombre. Contemplemos a este respecto al hombre físico aquí en la Tierra. ¿Cómo se formaron sus órganos, por ejemplo, los ojos? Hubo un tiempo en el que todavía no existieron los ojos. El ojo se formó por la luz. La luz plasmó el ojo, sacándolo de la organización física, de modo que la luz es la causa del ojo. De este

modo las cosas en torno nuestro crean los órganos del mundo físico. En la Tierra crean órganos en substancias y cuerpos físicos; en el devachan las cosas que nos circundan influyen y obran sobre nuestro ser anímico, de modo que todo lo que aquí el hombre ha tenido como sentimientos buenos y malos, se halla en el devachan a su derredor, influye sobre su alma y crea así los órganos anímicos. De un hombre que aquí ha sido bueno viven después las buenas cualidades en el aire del devachan, y las mismas actúan en lo espiritual, creando órganos. Estos últimos obran como arquitectos, como escultores para la formación del nuevo cuerpo físico correspondiente a un nuevo nacimiento. Lo que el hombre tenía en su interior y que en el devachan aparece exteriormente, trabaja de dicha manera para preparar el próximo nacimiento; va preparando las fuerzas que forman el nuevo cuerpo humano.

Pero no hay que creer que en el devachan el hombre no tiene que hacer otra cosa que lo referente a sí mismo; por el contrario, tiene que hacer allí muy importantes trabajos. Podemos llegar a comprenderlo, si consideramos la evolución de la Tierra, dentro de un período breve. Si nos remontamos pocos milenios tenemos que decirnos que determinados territorios de entonces estaban bien distintos de como están ahora. En el pasado había otras plantas, otras formas de animales e incluso otro clima. La superficie de la Tierra va cambiando constantemente en cuanto a lo que produce la naturaleza. En Grecia, por ejemplo, ya no podría generarse lo que crecía en el suelo de la Grecia antigua. La evolución de la Tierra tiene lugar precisamente por el hecho de que su aspecto cambia continuamente. Pasa mucho tiempo desde la muerte de un individuo hasta que vuelva a nacer; y cuando él aparezca nuevamente en la Tierra, no encontrará lo de antes. El hombre debe experimentar algo nuevo, y debido a ello no vuelve a nacer en la misma configuración de la Tierra; él permanece en las regiones espirituales hasta que la Tierra pueda ofrecerle territorios totalmente nuevos. Esto tiene fundada razón, pues el hombre aprende algo enteramente nuevo, ya raíz de ello se desarrolla en un nuevo sentido. Un muchacho de la Roma antigua, por ejemplo, no vivía como un escolar de ahora. Cuando volvamos a nacer, se nos presentarán condiciones bien distintas; y así nos desarrollamos de encarnación en encarnación. Mientras el hombre está en las regiones que acabo de describir cambia continuamente la faz de la Tierra.

Podemos preguntar: ¿A quién se debe esto, quién cambia la fisonomía de la Tierra? y esto nos conduce a la vez a contestar la pregunta: ¿Qué hace el hombre en el curso del referido tiempo? Bajo la conducción de entidades superiores el hombre mismo, desde los mundos espirituales, se dedica a la transformación de la Tierra. Los hombres mismos realizan este trabajo entre la muerte y un nuevo nacimiento. Cuando ellos vuelven a nacer, encuentran la faz de la Tierra cambiada, la encuentran en una configuración a que ellos mismos contribuyeron. Todos nosotros hemos trabajado de esta manera.

A la pregunta: ¿dónde está el devachan, el mundo espiritual?, he de contestar: permanentemente está en torno nuestro. Realmente es así; y esto quiere decir que las almas de los hombres fuera de sus cuerpos también están alrededor de nosotros. Ellas trabajan en derredor nuestro. Mientras nosotros construimos ciudades y máquinas, los hombres que viven entre la muerte y un nuevo nacimiento, trabajan desde la región espiritual que se halla alrededor de nosotros.

Si como videntes buscamos a ellos y si no percibimos la luz meramente con los sentidos, encontraremos a los difuntos dentro de la luz. La luz en que estamos envueltos, forma el cuerpo de los muertos; ellos tienen un cuerpo tejido de luz. La luz que envuelve la Tierra es substancia de los seres que viven en el devachan. Si percibimos una planta que se nutre de la luz solar, resulta que ella recibe no solamente la luz física sino en verdad el obrar de seres espirituales y entre ellos están también dichas almas humanas. Ellas mismas irradian como luz sobre las plantas, se ciernen en torno de ellas como seres espirituales. Observando las plantas con el ojo espiritual, decimos: la planta se regocija del influjo de los hombres muertos, los que se ciernen en torno de ella y obran y tejen en la luz a su derredor.

y si ahora observamos que la vegetación de la Tierra cambia y si preguntamos: ¿quién lo ha causado?, hemos de decir: en la luz que envuelve nuestra Tierra obran los difuntos; esto pertenece verdaderamente al devachan.

En este reino de la luz entramos después del período del kama-loka. Se trata de una verdad concreta. Sólo sabe algo del devachan en el sentido de la teosofía rosicruciana quien sepa indicar dónde realmente se encuentran los hombres muertos.

Al desarrollarse el ojo del vidente, él suele hacer una percepción singular. Si él se pone al Sol, su cuerpo detiene la luz y echa una sombra; y si él entonces dirige la mirada sobre esta sombra, esto constituye muchas veces el primer instante de percibir el espíritu. El cuerpo detiene la luz, pero no al espíritu, de modo que en la sombra del cuerpo se puede descubrir al espíritu. Esta es la razón por la cual pueblos primitivos, los que siempre tenían cierta clarividencia, llamaban también alma a la sombra, diciendo: sin sombra es como sin alma. Una novela de Adalbert van Chamissa se basa inconscientemente en la idea de que el hombre que ha perdido su sombra, también ha perdido su alma, y esto le entristece.

Vemos pues que entre la muerte y un nuevo nacimiento se realiza de la referida manera el trabajo de los hombres en el devachan.

Verdaderamente no se trata de un reposo inactivo. Desde el devachan ellos trabajan para la evolución de la Tierra, y así comprendemos cómo se realiza el devenir del mundo. En el devachan los hombres no viven como frecuentemente se dice, en feliz reposo, en el ensueño: antes bien, la vida es allá tan activa como aquí en la Tierra.

Cuando en el devachan el hombre haya llegado a tal punto que las actividades que él ha realizado en la última vida terrenal están

transformadas en fuerzas espirituales, cuando por todas las experiencias en el mundo exterior del devachan, él haya pasado con el resultado de que las mismas han ejercido su efecto, entonces ha llegado a la madurez para descender del devachan a un nuevo nacimiento físico. El mundo terrestre vuelve a atraerle. Lo primero a que el hombre llega al descender del devachan, es la región astral, a la que en la teosofía rosicruciana se llama el mundo elemental; este mundo le da un nuevo cuerpo astral. Cuando en una hoja de papel se echan limaduras de hierro, y debajo del papel se mueve un imán, las partecillas se ordenan en formas y líneas según las fuerzas del imán. Exactamente de la misma manera se atrae la substancia astral irregularmente repartida, y se la ordena según las fuerzas del alma, las que corresponden a lo que la misma haya conquistado en vidas terrenales anteriores. El hombre mismo se agrupa así su cuerpo astral. A estos hombres nacientes, que al principio sólo tienen un cuerpo astral, los percibe el vidente como seres de un aspecto campaniforme, abriéndose hacia abajo. Con fabulosa velocidad se lanzan a través del plano astral. Es difícil imaginarse la velocidad con que vuelan por el espacio. Estos hombres nacientes deben ahora ser dotados de un cuerpo etéreo y un cuerpo físico. Lo sucedido hasta la formación del cuerpo astral dependía de ellos mismos, de las fuerzas que ellos mismos habían desarrollado. Pero el modo de cómo se forma el cuerpo etéreo, dentro del curso evolutivo del presente, no depende tan sólo del hombre, sino que con respecto a esta estructuración el hombre depende de otros seres. A raíz de ello el hombre siempre tiene un cuerpo astral adecuado; pero no siempre ocurre que este cuerpo astral resulte bien ajustado al cuerpo etéreo y el físico; ya esto se debe el que en la vida muchas veces haya descontento y falta de armonía. El porqué los hombres nacientes revolotean de cierta manera se debe principalmente a que ellos buscan padre y madre apropiados, quienes les proporcionen la oportunidad de conseguir las corporeidades etérea y física adecuadas a la entidad astral. Siempre será la pareja de padre y madre relativamente óptima y apropiada la que puede dar la corporeidad. En esta búsqueda actúan entidades parecidas a las que se suelen llamar Espíritus de un Pueblo y que unen el cuerpo etéreo con el cuerpo astral. No se trata de algo abstracto inconcebible, lo que comúnmente se considera como Espíritu del Pueblo, sino que para el observador del mundo espiritual es algo tan real como el alma en nuestro cuerpo. Un pueblo entero ciertamente no tiene un cuerpo físico colectivo, pero sí tiene en común un cuerpo astral y el principio de un cuerpo etéreo. Vive como en una nube astral y esto es el cuerpo del Espíritu del Pueblo. Estos Espíritus son los dirigentes de las formas etéreas en torno del hombre, y esto significa que él ya no tiene poder sobre sí mismo. Para el hombre naciente llega entonces un instante sumamente importante, de tanta importancia como el instante después de la muerte en el que se percibe como imagen de recuerdo toda la vida

pasada. Cuando el hombre penetra en su cuerpo etéreo, pero todavía no posee el cuerpo físico -se trata de un breve momento, pero de la mayor importancia- él tiene una previsión sobre la nueva vida terrenal; no sobre todos los detalles, pues sólo se le da una vista de conjunto de todo lo que le espera en la vida futura. En tal instante él puede decirse -al encarnarse vuelve a olvidarlo- que tiene delante de sí una vida feliz o desventurada. Si un individuo ha sufrido en la vida anterior muchas experiencias trágicas, puede suceder que se le da un shock y que se resiste a penetrar en el cuerpo físico. Esto puede conducir a que efectivamente no entre totalmente en el mismo, de modo que la conjunción de los distintos cuerpos no llega a ser perfecta; y como resultado de ello nacen idiotas. Esto no siempre es la causa de la idiotez, pero sí frecuentemente. En estos casos en cierto modo el alma se resiste a tomar forma corpórea física. Semejante hombre no es capaz de utilizar correctamente el cerebro, debido a que no está bien conectado. El hombre sólo puede utilizar correctamente el instrumento físico, si por su nacimiento logra entrar adecuadamente en el mismo. Mientras que comúnmente el cuerpo etéreo se extiende muy poco más allá del físico, en los idiotas frecuentemente se pueden percibir partes del cuerpo etéreo en forma de un resplandor etéreo que se dilata mucho por encima de la cabeza. He aquí un caso en el que algo que por la consideración física de la vida permanece inexplicable, se aclara mediante la ciencia espiritual.

V

La convivencia humana entre la muerte y un nuevo nacimiento

Las condiciones del nacer en el mundo físico

Nuestra contemplación nos ha conducido hasta el punto en que el hombre, al descender de las regiones espirituales, se siente envuelto en un cuerpo etéreo, lo que coincide con el instante de tener una suerte de previsión sobre la vida que aquí le espera. También hemos visto que en tal momento pueden producirse para el hombre ciertos estados anormales. Antes de proseguir contestaremos a una pregunta que para algunos puede ser de importancia cuando elevan la mirada espiritual hacia el devachan. Me refiero a la pregunta: ¿qué tiene lugar en cuanto a la convivencia de los hombres entre la muerte y un nuevo nacimiento? Debemos tener en cuenta que hay una convivencia, un estar juntos los hombres, no solamente aquí en la Tierra física, sino también allá en los mundos superiores. Exactamente de la misma

manera como el trabajo de los hombres en la región espiritual guarda relación con el mundo físico, así también ejercen su efecto sobre el país espiritual, todas las relaciones entre hombre y hombre, todos los conexos, todos los vínculos recíprocos que aquí abajo se tejen. Vamos a ilustrarlo mediante un ejemplo concreto: el vínculo entre madre e hijo. Puede surgir la pregunta: ¿existe entre ellos una relación que perdura hasta en el más allá? Ciertamente existe e incluso mucho más íntima, más firme que cualquier relación que aquí en la Tierra se puede tejer. Al principio el amor materno tiene un carácter animal, pues se manifiesta como una especie de instinto natural. A medida que el niño va creciendo este vínculo toma un carácter moral, ético, espiritual. Cuando madre e hijo aprenden a pensar y tener sentimientos en común, el instinto natural va manifestándose cada vez menos, pues sólo había dado la oportunidad para que pudiera enlazarse el bello vínculo que en el sentido más profundo encierran en sí el amor materno y el cariño infantil. Lo que así se desenvuelve como comprensión mutua e íntimo amor, continúa viviendo hasta en las regiones espirituales, si bien por el hecho de que una de ambas partes muera antes que la otra, esta última aparentemente queda separada del difunto durante cierto tiempo. Después de tal período el lazo que aquí se ha tejido sigue siendo vivaz e íntimo; las dos partes están juntas, sólo que ambas primero deben desprenderse de todos los instintos animales y puramente naturales. Lo que aquí en la Tierra se teje entre un ser y el otro como sentimiento y pensamiento del alma, no se reprime allí arriba por las limitaciones que aquí existen. Por el contrario, al devachan se le da un cierto aspecto, una cierta estructura por las relaciones que aquí se han tejido.

Consideremos otro ejemplo. Se contraen amistades o vínculos que se originan en afinidades anímicas. Tales vínculos tienen su continuación hasta en el devachan, y de ellos surgen los nexos sociales de la próxima vida terrenal. De esta manera, enlazando vínculos del alma, trabajamos con respecto a la configuración que se da al devachan. Todos nosotros, sin excepción, hemos trabajado así, enlazando vínculos de amor de hombre a hombre, creando algo que no solamente tiene importancia para la Tierra sino que también genera las relaciones en el devachan. Se podría decir: lo que aquí tiene lugar sobre la base del amor, amistad, íntimo entendimiento mutuo, todo esto son piedras de edificar templos allí arriba en la región espiritual; y para los hombres compenetrados de tal certidumbre ha de ser un sentimiento de íntima satisfacción el saber que, al enlazarse ya en la Tierra vínculos de alma a alma, esto constituye el fundamento de un eterno devenir.

Supongamos que algún otro planeta físico tuviera seres carentes de simpatía mutua y sin poder enlazar vínculos de amor: ellos tendrían un devachan muy pobre. Sólo en los territorios planetarios en los que se enlazan vínculos de amor de hombre a hombre, puede haber un devachan substancial y ampliamente estructurado. El que ya está en lo alto del devachan, sin que los hombres comunes sean capaces de

percibirle, posee, según su grado evolutivo, la conciencia más o menos clara de su vínculo con los seres que todavía están en la Tierra, e incluso existe la posibilidad de incrementar la unión. Si a nuestros difuntos les hacemos llegar pensamientos de amor, pero no de índole egoísta, fortalecemos el sentimiento de estar unidos con ellos.

Es un error creer que en el devachan el hombre tiene una conciencia vaga y opaca. Por el contrario, hemos de subrayar que el grado de conciencia que el hombre haya alcanzado, ya no lo podrá perder, si bien en ciertos momentos de tránsito pueden producirse mitigaciones, de modo que en definitiva el hombre efectivamente tiene en el devachan, por medio de sus órganos espirituales, una conciencia clara de lo que sucede aquí en lo terrestre. El ocultismo nos enseña que el ser humano que vive en el mundo espiritual, vive conscientemente con lo que acontece aquí en la Tierra.

Vemos pues que la vida en el devachan, considerándola de acuerdo con la verdad, pierde todo lo no satisfactorio, y que el hombre, si no la considera desde el punto de vista egocéntrico terrestre, la podrá sentir como algo inmensamente sublime, aparte de que el estar libre del cuerpo físico, libre de los miembros inferiores en que el hombre terrestre está encerrado, da un sentimiento de intensa satisfacción. El hecho de por sí de

que las limitaciones ya no existen y que el hombre ya no está restringido por esas ataduras, encierra en sí un sentimiento de felicidad. Todo esto hace del tiempo en el devachan un libre desplegarse hacia todos los lados, de un modo tan fecundo, tan amplio, sin impedimentos, como el hombre jamás lo ha conocido en la Tierra.

Hemos visto que, al descender el hombre a un nuevo nacimiento, entidades espirituales de jerarquía parecida a la de los Espíritus de Pueblo le han dado la envoltura de un nuevo cuerpo etéreo. Este cuerpo etéreo no resulta enteramente adaptado al hombre. Aún menos adaptado le queda lo que él recibe como envoltura física. A grandes rasgos vamos a elucidar la incorporación del hombre en el mundo físico. Algunos aspectos de la misma escapan en cierto respecto a la consideración pública.

Sabemos que según las cualidades que le son inmanentes el hombre se envuelve en un cuerpo astral. En virtud de lo que hay en este cuerpo astral el hombre posee una fuerza de atracción referente a determinados seres de la Tierra. Por el cuerpo etéreo se le atrae al pueblo ya la familia (en el sentido más amplio) en los cuales nace nuevamente. Por la característica del desarrollo de su cuerpo astral se le atrae a la parte materna de sus padres, quiere decir que la esencia, la substancia, la estructuración del cuerpo astral, le atraen a la madre. El yo atrae al nuevo hombre hacia la parte paterna de los padres. Sabemos que el yo estuvo presente en tiempos remotos cuando el alma desde el seno de la divinidad descendió por primera vez en un cuerpo terreno. Este yo se ha desarrollado a través de muchas encarnaciones. El yo de cada individualidad es diferente del yo de otra, y en su estado de nuestro tiempo ejerce particularmente

la fuerza de atracción hacia el padre. El cuerpo etéreo atrae hacia el pueblo, la familia; el cuerpo astral ante todo hacia la madre; el yo hacia el padre. De todo lo descrito depende la configuración del individuo que se propone descender a la nueva encarnación.

Puede suceder que el cuerpo astral es atraído a la parte materna, mientras que el yo no quiere unirse con el padre correspondiente. En tal caso el yo continúa su peregrinación hasta que encuentre una pareja adecuada.

En el ciclo evolutivo del presente el yo representa el elemento de la voluntad, de los impulsos sensitivos; en el cuerpo astral se hallan las cualidades de la fantasía y las del pensar. Por lo tanto la madre transmitirá por herencia -como se dice- éstas últimas cualidades, y el padre las primeras. Esto nos indica que la individualidad que va a encarnarse escoge, por sus fuerzas inconscientes, al padre y la madre que le deben dar el cuerpo físico. Lo que acabo de describir tiene lugar en tal forma que en lo esencial queda concluido aproximadamente hasta al cabo de la tercera semana después de la concepción. Si bien desde el instante de la concepción este ser humano constituido por el yo, el cuerpo astral y el etéreo está absolutamente cerca de la madre que tiene en sí el germen humano fecundado, esta individualidad, no obstante, influye desde afuera. Al cabo de dicho tiempo, aproximadamente en la tercera semana, el cuerpo astral y el etéreo en cierto modo se apoderan del germen humano y empiezan a participar en la formación del organismo humano. Hasta tal instante el desarrollo del cuerpo físico humano se realiza sin el influjo del cuerpo astral y el etéreo; ya partir de entonces estos últimos participan en el desarrollo de la criatura, y ellos mismos estructuran la ulterior conformación del germen humano.

De esto se infiere que con respecto al cuerpo físico en mayor grado es válido lo que se ha dicho referente al cuerpo etéreo; quiere decir que con relación a aquél es aún menos posible el que haya una adaptación concordante. Este importante hecho hace comprender mucho de lo que acontece en el mundo.

Hasta ahora hemos descrito el desarrollo normal del hombre común del presente. Esto no es válido para todo lo referente a un individuo que en la última encarnación anterior haya comenzado un desarrollo oculto. Cuanto más haya avanzado en tal desarrollo tanto más temprano llegará al punto en que él mismo comenzará a influir sobre su cuerpo físico, a fin de hacerlo más apto para la misión que le toca cumplir en la Tierra. Cuanto más tarde logre apropiarse del germen físico, tanto menos podrá ejercer el dominio sobre el cuerpo físico. En las individualidades humanas del más alto grado evolutivo, los que son los conductores de la parte espiritual de nuestro mundo, dicho apropiarse ya tiene lugar con la concepción. Para ellas no sucede nada sin su propia acción. Ellas guían su cuerpo físico hasta la muerte y comienzan a formar el nuevo, tan pronto que se presente el primer estímulo. Las substancias que constituyen el cuerpo físico cambian constantemente. Al cabo de aproximadamente siete años quedan

renovadas todas las partículas. Se cambia la substancia, pero la forma se conserva inalterada. Entre el nacimiento y la muerte tenemos que volver a generar la substancia continuamente, pues ella es lo cambiante. Lo que entre el nacimiento y la muerte se desarrolla hacia un estado superior, hasta más allá de la muerte, se mantiene incólume y forma un organismo nuevo.

Lo que el hombre hace inconscientemente entre el nacimiento y la muerte, el iniciado lo realiza conscientemente desde la muerte hasta el nuevo nacimiento: conscientemente ya formando su nuevo cuerpo físico. Por esta razón el nacimiento es para él nada más que un acontecimiento radical. A este hecho se debe la gran semejanza de la figura (Gestalt) de tales individualidades de una encarnación a otra, mientras que en los hombres poco desarrollados no existe absolutamente ninguna semejanza entre las figuras de sus distintas encarnaciones. Cuanto más se desarrolla el hombre, tanto más semejantes resultan ser dos encarnaciones sucesivas. El ojo clarividente permite observarlo decididamente. Existe una expresión bien definida para esta condición que se forma para el hombre de un grado superior de desarrollo. Se dice que él de ninguna manera nace en otro cuerpo, como de un hombre común tampoco se dice que cada siete años recibe un cuerpo nuevo. Con respecto al maestro se dice: ha nacido en el mismo cuerpo. Lo usa durante siglos y hasta milenios. Esto tiene lugar en la gran mayoría de las individualidades conductoras. Una excepción se nos presenta en ciertos maestros los que tienen una misión peculiar. En ellos se mantiene incólume el cuerpo físico, de modo que para ellos no sobreviene la muerte. Son los maestros que tienen que velar por la transición de una raza (período cultural) a otra.

Ahora se nos presentan dos preguntas más, o sea la pregunta: ¿Cuánto tiempo dura la permanencia en otros mundos? y la otra se refiere al sexo en encarnaciones sucesivas.

De la investigación oculta resulta que por término medio el hombre reencarna al cabo de 1000 a 1300 años. El sentido de esto consiste en que el hombre, cuando retorne, encontrará la faz de la Tierra cambiada, lo que da la posibilidad para nuevos hechos. Lo que en la Tierra cambia está en íntima relación con determinadas constelaciones estelares; y esto es un hecho muy importante. Al comienzo de la primavera (del hemisferio septentrional) el Sol sale en un determinado signo del zodiaco.

Ochocientos años antes de J.C. el Sol salía en la constelación de Aries (el Cordero), anteriormente en la constelación continua, la de Tauro. En el curso de 2160 años pasa por una constelación, y el paso por las doce constelaciones del zodiaco se llama en el ocultismo un año del mundo.

Los pueblos antiguos siempre sentían profundamente lo relacionado con este paso por el zodiaco. Con devoción sentían en el alma: En la primavera asciende el Sol, la naturaleza se renueva después del reposo hibernal. El divino rayo solar de la primavera la despierta del sueño profundo. Esta nueva fuerza de primavera se unía con la constelación desde la que resplandecía el Sol.

Ellos decían: Esta constelación es quien nos envía las fuerzas nuevas del Sol, la nueva fuerza divina creadora. Para los hombres de una época, hace dos mil años, apareció así el Cordero como benefactor de la humanidad. Todas las sagas relativas al Cordero tienen su origen en esa época. Con este símbolo se relacionan conceptos divinos. En los primeros siglos de nuestra era se ha simbolizado al Redentor mismo, al Cristo Jesús por medio del símbolo de la Cruz y al pie de la misma el Cordero; y sólo en el siglo VI se presenta al Redentor en la Cruz. También la conocida saga de Jasón, la conquista de la pelleja de oro del cordero, el Vellochino de Oro, se origina en aquel hecho.

En la época que terminó aproximadamente en el año 800 antes de Jesucristo el Sol pasaba por la constelación de Tauro, y en ese período teníamos en Egipto la veneración del Toro Apis y en Persia la del Toro de Mithra. En el período anterior a éste el Sol pasaba por la constelación de Géminis. En mitos indios y germánicos efectivamente se alude a los Gemelos. Los carneros gemelos del carruaje del Dios Donar representan un tardío remanente de ello. Remontándonos aún más llegamos al período del Cáncer el que ya nos aproxima al cataclismo atlante. Cayó en la decadencia una cultura antigua y surgió otra nueva. Este hecho se caracteriza mediante un determinado signo oculto, la vértebra, signo que a la vez representa el símbolo de Cáncer, tal como figura en cada calendario.

De la manera descripta los pueblos siempre tuvieron la clara conciencia de lo que sucede en el firmamento, paralelamente a los cambios en la Tierra. Cuando el Sol termina de pasar por una constelación zodiacal, la faz de la Tierra también ha cambiado en el sentido de que para el hombre resulta importante volver a la vida terrenal; y en virtud de ello el momento de la reencarnación depende del cambio del punto vernal. El tiempo que el Sol necesita para pasar por una constelación zodiacal, es el período aproximado durante el cual el ser humano se reencarna dos veces, una vez como varón, la otra como mujer, pues las experiencias y acontecimientos que al hombre le pueden tocar en un organismo masculino o femenino, son tan profundamente diferentes para la vida espiritual del hombre, que él se incorpora una vez como mujer y otra vez como varón, en la misma faz de la Tierra. De ello resulta el tiempo aproximado entre dos encarnaciones de unos 1000 a 1300 años, término medio.

Lo que precede contesta a la vez la pregunta referente al sexo: por regla hay alternación, pero de esta regla se producen excepciones, de tal manera que pueden sucederse tres, hasta cinco, pero nunca más de siete encarnaciones del mismo sexo.

Es contrario a todas las experiencias ocultas, si se afirma que existe la regla de siete encarnaciones sucesivas del mismo sexo.

Antes de pasar ahora a estudiar el karma del individuo, debemos tomar en consideración un hecho fundamental. Existe un karma colectivo, no determinado por un hombre individualmente, si bien encuentra su compensación en el curso de las encarnaciones del individuo. Voy a dar un ejemplo concreto.

Cuando en la edad media los hunos invadieron los países europeos, causando guerras perturbadoras, esto fue algo de significado espiritual. Los Hunos son los últimos restos de antiguos pueblos atlantes. Se hallan en profunda decadencia, la que se pone de manifiesto en cierto proceso de descomposición de sus cuerpos astral y etéreo. Las sustancias de tal descomposición encontraron suelo vegetativo favorable en el miedo y el terror que los hunos causaron en todos los pueblos respectivos, y debido a ello estos últimos inocularon a sus cuerpos astral es semejantes sustancias en descomposición; y esto a su vez se transmitió al cuerpo físico de una generación posterior. La epidermis aspira lo astral acogido, y la consecuencia de ello fue una enfermedad de la edad media: la lepra. Naturalmente, el médico físico aduciría causas físicas de la lepra. No voy a combatir lo que dice el médico, pero él emplea una deducción como la siguiente: En una pelea a raíz de un viejo sentimiento de venganza, una persona lesiona a otra con un cuchillo. Alguien dice después que la lesión fue causada por el sentimiento de venganza; otro dice que el cuchillo fue la causa. Ambos tienen razón. El cuchillo fue la causa física definitiva, pero detrás de la misma se halla la espiritual. Quien busca causas espirituales siempre reconocerá las físicas. Lo expuesto nos enseña de qué manera acontecimientos históricos ejercen un significativo efecto que se extiende sobre generaciones, y de ello aprendemos cómo podemos actuar corrigiendo, por largos tiempos, hasta en lo profundo de las condiciones de la salud.

En el curso de los últimos siglos, a raíz de los progresos técnicos, se ha generado un proletariado de la industria en la población europea, y paralelamente se ha formado un inmenso odio de raza y de posición social. Estos sentimientos de odio están localizados en el cuerpo astral humano y repercuten físicamente en la tuberculosis pulmonar. La investigación oculta conduce a este conocimiento. Dentro de semejante karma colectivo muchas veces no es posible prestar ayuda al individuo, de modo que con el corazón oprimido debemos ver el sufrimiento del enfermo; no podemos darle salud ni felicidad puesto que él está sujeto al karma colectivo. Sólo podemos ayudar al individuo si logramos mejorar el karma en común. No se trata de favorecer al ser egoísta individual, sino que debemos actuar en beneficio de toda la humanidad.

Voy a dar otro ejemplo que se relaciona directamente con la situación general de nuestro tiempo: Observaciones ocultas dieron por resultado que entre los seres astrales que en la guerra ruso-japonesa (1904/05) intervinieron en diversas batallas, hubo rusos difuntos que actuaron contra su propio pueblo. Esto se debía a que en los últimos tiempos históricos del pueblo ruso perecieron muchos nobles idealistas por su encarcelamiento y el cadalso. Eran hombres de altos ideales, pero aún no desarrollados lo suficiente como para poder perdonar. Habían muerto llenos de un profundo sentimiento de odio contra los que habían causado su muerte. Esto

repercutía en el período de kama-loka, pues esos sentimientos sólo allí encuentran su respuesta.

Después de la muerte estos difuntos rusos influyeron sobre las almas de los japoneses combatientes, infundiéndoles odio y sentimientos de venganza contra el pueblo al que aquellos mismos habían pertenecido. Si ya hubieran estado en el devachan, habrían dicho: perdono a mis enemigos, pues en el devachan habrían reconocido lo pavoroso e indigno de los sentimientos que entonces se les habían presentado desde afuera. Este ejemplo nos muestra de cómo pueblos enteros están bajo la influencia de sus antepasados.

Las aspiraciones ideales del tiempo moderno no pueden alcanzar su realización, porque únicamente quieren trabajar con medios físicos en el plano físico. Así, por ejemplo, el movimiento pacifista, el que meramente con medios físicos quiere alcanzar la paz. Sólo si llegamos a aprender a influir también sobre el plano astral, podremos saber cuáles son los medios adecuados.

Sólo entonces podremos actuar en forma tal que el hombre, cuando vuelva a nacer en el mundo terreno, lo encuentre en las condiciones que le permitirán trabajar en el mismo saludablemente.

VI

La ley del destino

En esta conferencia nos toca hablar de lo que los hombres experimentan en nuestro mundo físico, a causa de los factores determinantes de su vida terrenal anterior. Primero se debe hacer notar que la vida humana no solamente se determina por las encarnaciones anteriores, sino también -aunque sólo en menor parte- por la vida actual. La ley que se nos presenta con respecto al modo de interrelacionarse el pasado, el presente y el futuro, se llama en la literatura científico-espiritual la ley del karma.

La misma es la verdadera ley del destino humano. En cuanto al obrar de la ley del karma en la vida de cada individuo sólo se trata de un caso especial de la gran ley del cosmos, pues lo que llamamos la ley del karma, es una ley general cósmica, de modo que su validez en la vida humana es meramente un caso especial.

Cuando por lo común reflexionamos sobre la relación entre cualesquiera condiciones anteriores y los efectos posteriores, ya estamos pensando en el sentido de dicha ley. Quisiera pues aclarar en debida forma la validez de la misma en su aspecto particular dentro del cosmos, más exactamente, para la vida humana.

Si tenemos dos recipientes llenos de agua y si en uno de los mismos echamos una bola de hierro calentada hasta el estado candente, el agua borbotó y se calentó. Si entonces sacamos la bola de ese recipiente y la tiramos en el otro, el agua ya no borbotó, ni se calentó. Si al principio hubiéramos tirado la bola en el segundo recipiente, el agua igualmente habría borbotado y la bola se habría enfriado. Ahora, esto ya no es posible porque la bola ya no está

enrojecida, porque se ha enfriado en el primer recipiente. El efecto del comportamiento de la bola en el primer recipiente condiciona su comportamiento en el segundo. En tal sentido siempre se relacionan en la vida física la causa y el efecto. De lo que primero sucede con un objeto, depende su comportamiento posterior.

Otro ejemplo nos dan ciertos animales en los cuales quedó atrofiado el órgano de la vista, a causa de su entrada en la oscuridad de una cueva. Las sustancias que antes habían nutrido los ojos, se dirigen hacia otra: partes de su cuerpo, puesto que al ojo ya no hacen falta, debido a que ya no necesita percibir.

Sus ojos se atrofiaron y debido a ello han de engendrarse animales de ojos atrofiados en todas las generaciones posteriores. A consecuencia de su entrada en la cueva esos animales mismos determinaron el comportamiento de los órganos; y el destino de las generaciones posteriores quedó determinado por lo que esos seres hicieron en el pasado. De este modo prepararon su destino para el futuro.

Lo mismo sucede continuamente en la vida humana. Por su pasado, el hombre determina su futuro, y en virtud de que por lo más íntimo de su ser no está encerrado dentro de una sola encarnación, sino que pasa por muchas, resulta que para los hechos que le tocan en una determinada vida terrenal deben de buscarse las causas en una vida anterior.

Consideremos ahora el encadenamiento que se hace comprensible si hasta cierto grado se toma en cuenta la sucesión de las acciones, los pensamientos y sentimientos humanos. En la vida corriente se suele decir: el pensamiento no tiene barrera, quiere decir que no importa lo que se piense, ya que esto no molesta a nadie del mundo exterior. He aquí un punto importante en el que el hombre realmente compenetrado de los impulsos espirituales se distingue del de pensamiento materialista.

El materialista ciertamente cree que él causa un dolor a la persona sobre la que tira una piedra; por otra parte cree que un pensamiento lleno de odio que él tiene contra su prójimo no le causa dolor a éste. Por el contrario, quien realmente conoce al mundo, sabe que de un pensamiento lleno de odio emanan efectos mucho más graves que aquellos que jamás pueden resultar de una pedrada. Todo cuanto el hombre piensa y siente causa efectos en el mundo astral, y el vidente puede observar exactamente el efecto de un pensamiento de amor que se dirige hacia el prójimo, en contraste con el pensamiento de odio. Cuando se dirige un pensamiento lleno de amor, el vidente percibe -digamos- que aparece una forma luminosa parecida al cáliz de una flor y

que esta luz envuelve al hombre en lo referente a sus cuerpos etéreo y astral, contribuyendo así a intensificar su vida ya darle felicidad. El pensamiento lleno de odio, en cambio, penetra cual una flecha hiriente en el cuerpo etéreo y el astral.

En este campo se pueden hacer diversas observaciones. En el mundo astral se notará una enorme diferencia según se pronuncie un pensamiento que expresa verdad o mentira. Un pensamiento se refiere a un determinado hecho y expresa la verdad si

concuerta con el mismo. Por ejemplo, en algún lugar sucede algo como un hecho, y éste ejerce un efecto sobre los mundos superiores. Si alguien hace de este hecho un relato que concuerda con la verdad, entonces irradia del narrador una formación astral, la que se une con la formación proveniente de aquel hecho, y ambas se intensifican. Estas formas más expresivas servirán para dar a nuestro mundo espiritual una estructura más intensa y un contenido más rico, tal como la humanidad lo necesita para poder progresar. En cambio, si de ese hecho se da un relato que no concuerda con lo sucedido y que resulta ser mentiroso, la formación mental del relator se encuentra con la que corresponde al hecho y ambas chocan entre sí y se produce una destrucción recíproca. Semejantes destrucciones explosivas, causadas por mentiras producen un efecto comparable con el de una úlcera que destruye el organismo humano. De esta manera las mentiras amortecen las formaciones astrales que se han creado y las que se deben crear; además retardan o amortecen una parte de la evolución. El que dice la verdad efectivamente hace progresar la evolución de la humanidad, mientras el que miente la reprime. Por esta razón existe una ley oculta: Mentir, considerándolo espiritualmente, es matar. La mentira no solamente amortece una formación astral, sino que también es suicidio, y el que miente se pone impedimentos a sí mismo. Por todas partes en el mundo espiritual se observan tales efectos, y el clarividente igualmente ve que todo lo que se piensa y se siente muestra sus efectos en el plano astral.

Todo lo que el hombre posee como inclinaciones, temperamento, cualidades caracterológicas duraderas, todo lo que no solamente se piensa en forma pasajera, irradia constantemente no sólo hasta en el mundo astral, sino hasta dentro del mundo del devachan. El hombre de un temperamento apacible es una fuente, un centro para ciertos sucesos en el devachan; en cambio, el hombre melancólico hace aumentar las esencias y substancias vinculadas con la naturaleza melancólica de los hombres. La ciencia espiritual nos hace ver que no estamos meramente aislados, sino que nuestros pensamientos constantemente causan formaciones que influyen sobre el aspecto del mundo del devachan y lo impregnan con toda clase de substancias y esencias.

Sobre todas las cuatro regiones del devachan, la continental, la oceánica, la atmosférica y la de las ideas originales, influyen constantemente los pensamientos y sentimientos de los hombres. Sobre las regiones superiores en las que ya se puede encontrar la Crónica del Akasha, influyen las acciones de los hombres.

Lo que acontece exteriormente influye hasta sobre las regiones más altas del devachan. Las hemos llamado el mundo de la razón.

Por lo que precede comprenderemos de qué manera, al descender a la nueva encarnación, el hombre se compone y se añade nuevamente su cuerpo astral. Todo lo que él había pensado y sentido, se había insertado, como algo duradero, en el mundo astral, en el cual ha dejado muchas impresiones. Si lo pensado había sido mucho de carácter verídico, tales impresiones le componen un

buen cuerpo astral. Lo que ha insertado en el devachan inferior como su temperamento y lo afín, va componiendo su nuevo cuerpo etéreo, y lo que ha realizado como sus acciones, contribuye, desde las más altas partes del devachan en las que ya se halla la Crónica del Akasha, a fijar la morada terrenal del cuerpo físico. A este respecto se trata de las fuerzas que conducen al hombre a un determinado lugar. Si se ha causado un mal a una persona, este hecho repercute en las partes más altas del devachan, y al incorporarse el hombre en un cuerpo físico, actúa en forma de fuerzas que él había dejado, y le envía, bajo la dirección de entidades superiores, por cierto, hacia el lugar en el que puede llegar a experimentar en el mundo físico el efecto de sus acciones. Todo lo que experimentamos exteriormente sin que nos impresione mayormente en el interior, ejercerá efecto sobre nuestro cuerpo astral en la próxima encarnación y atraerá los correspondientes sentimientos y particularidades del pensar. Si hemos empleado bien la vida, mirado mucho con atención, adquirido bastantes conocimientos, la consecuencia consistirá en que en la próxima vida el cuerpo astral renacerá con dones especiales en tales direcciones; quiere decir que los acontecimientos y las experiencias de la vida se impregnan en el cuerpo astral de la próxima encarnación. Pero lo que sentimos, la alegría y la pena, como íntima experiencia del alma, ejercerá efecto hasta sobre el cuerpo etéreo de la próxima encarnación y se transformará en el mismo en inclinación duradera. Quien experimenta mucha alegría, tendrá un cuerpo etéreo con un temperamento propenso a la alegría. Quien se esfuerza en realizar muchas acciones buenas, efectivamente tendrá en la próxima vida terrenal, como repercusión de los sentimientos que por tal esfuerzo se generan, el talento que capacitará para ejecutar acciones buenas. Igualmente tendrá un fuero interior cuidadosamente desarrollado; además será un hombre de disposición moral. Las cualidades que en esta vida terrenal tienen al cuerpo etéreo como portador, es decir, el carácter constante, las disposiciones, etc., aparecerán en la próxima vida en el cuerpo físico, esto es, por ejemplo, que un individuo que en una vida ha desarrollado inclinaciones malas y pasiones, volverá a nacer con un cuerpo físico de mala salud. En cambio, el que ahora posee buena salud, con capacidad de resistir a mucho, había desarrollado buenas cualidades en la vida terrenal anterior. Quien continuamente propende a enfermedades, ha agregado a sí mismo instintos malos. De tal manera está en nuestra mano crear salud o enfermedad, en cuanto las mismas pertenecen a la disposición del cuerpo físico. Basta con que extirpemos todas las inclinaciones malas, a fin de prepararnos un cuerpo bueno y fuerte, para la próxima vida terrenal. Con todos los pormenores se puede observar que aquello que como inclinaciones existía en una vida terrenal, ejerce su efecto en el cuerpo físico en la vida posterior. Una vida que tiene la inclinación a amar todo en torno suyo interesándose lleno de amor por todos los seres, una vida que derrama amor, conducirá en la próxima

encarnación a un cuerpo físico que durante mucho tiempo tendrá aspecto joven y lúcido. El amor a todos los seres, el desarrollo de simpatía, conducen a un cuerpo físico que se mantiene juvenil. Una vida llena de odio y de antipatía hacia otros seres, que critica y quisiera retirarse de todo, conducirá por efecto de tales tendencias a un cuerpo físico propenso a las arrugas y que se envejece prematuramente. De la manera descripta las inclinaciones y pasiones de una vida terrenal repercuten en la vida del cuerpo físico de la próxima encarnación.

Se puede examinar hasta lo específico y se podrá ver que el firme espíritu de lucro como impulso excesivo y con tendencia a acumular bienes, por el hecho de haberse convertido en inclinación, producirá en la próxima vida terrenal la disposición a enfermedades infecciosas en el cuerpo físico. Efectivamente se pueden comprobar casos en los que una manifiesta propensión a enfermedades infecciosas se debe al fuerte espíritu de lucro que existía en la vida pasada y cuyo portador era el cuerpo etéreo.

Por el contrario, la aspiración objetiva, dentro de la humanidad, sin el deseo egoísta de hacer ganancias, pero trabajando para la humanidad con el manifiesto sentido de hacer algo para la misma, es una inclinación en el cuerpo etéreo, que en la próxima vida terrenal produce una bien definida fuerza contra enfermedades infecciosas. Según lo expuesto se puede comprender en alto grado el devenir del mundo hasta en lo íntimo, cuando se conoce la relación entre el mundo físico y el astral. Frecuentemente los hechos se relacionan entre sí de un modo bien distinto de lo que los hombres se imaginan. Por ejemplo, muchos se quejan de dolores y de pena; pero desde un punto de vista superior esto no se justifica, pues una vez superado el sufrimiento y mostrándose

el hombre dispuesto a entrar en la próxima encarnación, la pena y los dolores serán fuentes de sabiduría y serenidad, como asimismo de la debida comprensión de los hechos. Incluso en un libro reciente basado sobre el concepto materialista de nuestro tiempo, se halla la expresión que en el rostro de cada pensador se descubre algo así como un dolor cristalizado. Lo que ese escritor de un pensar materialista dice, el ocultista lo sabe desde hace mucho tiempo, pues la suprema sabiduría del mundo se adquiere soportando con paciencia el dolor y la pena; y esto va creando sabiduría en la próxima encarnación.

Quien fastidiado de la vida huye el sufrimiento, y no lo quiere soportar, no podrá crearse la base de la sabiduría. Es más, si reflexionamos más hondamente, tampoco podemos lamentarnos de las enfermedades, pues si las consideramos desde un punto de vista más elevado, bajo el aspecto de la eternidad, ellas se nos presentan bien distintas. Las enfermedades que se sufren con paciencia, muchas veces conducen en la próxima vida a notable belleza de la corporalidad, quiere decir que la belleza corporal de muchas personas se ha adquirido por enfermedades en la vida terrenal precedente. Así se relacionan entre sí la afección del cuerpo por enfermedad y especialmente por condiciones exteriores, por un lado, y la belleza

por el otro. A esta singular relación se puede aplicar la palabra del escritor francés Fabre d'Olivet (1768-1815): Contemplando la vida humana, muchas veces es comparable a la formación de la perla en la concha respectiva, puesto que sólo por una enfermedad de esta última se genera la perla. Lo mismo ocurre efectivamente en la vida humana: kármicamente la belleza guarda relación con enfermedades y es el resultado de las mismas. Por otra parte, si he dicho: quien desarrolla pasiones malignas crea en sí mismo la disposición a enfermedades, hay que tener en cuenta estrictamente que a este respecto se trata de la disposición interior a enfermedades. Además, si uno se enferma, por ejemplo, debido a que tiene que trabajar en aire viciado, esto es algo distinto, también puede ser causa del enfermarse, pero no se relaciona con la disposición del cuerpo físico. Ahora bien, todo cuanto se expresa en hechos del plano físico, todo lo que es algo realizado y que redundará en ejercer un efecto en el mundo físico, desde el dar un paso y mover la mano hasta los sucesos más complejos, como por ejemplo la construcción de una casa, aparecerá para el hombre desde afuera, en una encarnación posterior como efecto físico real. Se hace evidente que estamos viviendo desde adentro hacia afuera: lo que vive en el cuerpo astral como alegría, dolor, placer y pena, reaparece en el cuerpo etéreo; lo que se arraiga en el cuerpo etéreo como instintos y pasiones duraderos, aparecerá en el cuerpo físico como disposición; pero lo que en esta vida se realiza de tal manera que para ello se emplea el cuerpo físico, aparecerá en la próxima encarnación como destino exterior. Por consiguiente, lo que hace el cuerpo astral se convierte en el destino del cuerpo etéreo; el cuerpo etéreo llega a ser el destino del cuerpo físico. y lo que hace el cuerpo físico vuelve a manifestarse en la próxima encarnación como influjo desde afuera, como realidad física. Con esto se fija exactamente el punto donde el destino exterior se hace manifiesto en la vida humana. Este obrar del destino es algo que a veces puede tardar un tiempo en manifestarse, pero que seguramente ha de tocar al hombre. Si se sigue la vida de un ser humano a través de las distintas encarnaciones, siempre se puede verificar que por el obrar de seres que intervienen para la incorporación en el cuerpo físico, se prepara su vida de una nueva encarnación en tal forma que a este hombre se le conduce a un lugar determinado, para que allí se le depara su destino. Para ilustrarlo vuelvo a dar un ejemplo tomado de la vida. En un tribunal secreto medioeval sucedió que un cierto número de jueces pronunciaron la sentencia y ellos mismos la cumplieron. Ajusticiaron a una persona. Remontando a encarnaciones anteriores de los jueces y del ajusticiado, resultó que todos ellos habían vivido a un mismo tiempo; en efecto: el ejecutado, como jefe de una tribu, había ejecutado a los que ahora fueron los jueces del tribunal secreto. El acto de la vida física anterior había creado el vínculo entre dichas personas, generando fuerzas que irradiaban hasta en la Crónica del Akasha. Al entrar en una nueva encarnación, esas fuerzas hacen nacer al hombre respectivo a un mismo tiempo y en el mismo lugar con los así vinculados con él, a fin de cumplir su destino. La Crónica

del Akasha realmente es una fuente de fuerzas en la que está inscripto todo cuanto una individualidad tiene que compensar con otra.

Hay quienes son capaces de sentir estos hechos, pero los menos son conscientes de los mismos.

Por ejemplo, alguien vive dentro de un trabajo profesional que aparentemente le da felicidad y satisfacción. Acontece algo que le obliga a abandonarlo; y al no encontrar otra ocupación en el mismo lugar, las circunstancias le trasladan lejos a otro país, donde se ve forzado a cambiar de profesión. Allí se encuentra con un hombre con el cual tiene que establecer una determinada relación ¿A qué se debe esto? Una vez en tiempos

pasados esa individualidad y la ahora aparecida habían vivido juntas; y aquélla ha quedado a deber algo a ésta. Esto se halla inscripto en la Crónica del Akasha, y las fuerzas correspondientes condujeron a ese hombre a dicho lugar para encontrarse con

el otro y para poder "saldar la deuda". Entre el nacimiento y la muerte el hombre está constantemente encerrado en semejante nexo de fuerzas que desde todos los lados se enredan anímicamente; y estas fuerzas son las potencias dirigentes de su vida.

Vemos pues que constantemente llevamos en nosotros las consecuencias de vidas terrenales anteriores, dicho de otro modo, que siempre experimentamos los efectos de encarnaciones del pasado.

Tenemos que ser conscientes de que en nuestra vida nos guían potencias que nos son desconocidas. Lo que ejerce efecto sobre el cuerpo etéreo son formaciones que nosotros mismos hemos producido en el plano astral, y lo que configura nuestro destino son entidades, son fuerzas en las regiones superiores del devachan, las que nosotros mismos hemos inscripto en la crónica del Akasha. Para el ocultista esas fuerzas o entidades no son desconocidas; las mismas figuran en el orden jerárquico de entidades que les son parecidas.

Tenemos que ser conscientes de que tanto en el cuerpo astral como en el etéreo y el físico sentimos el obrar de otros seres. Todos nuestros actos espontáneos, todo aquello a que se nos impulsa acontece por el obrar de otros seres, no acontece proveniente de la nada. En verdad, los distintos principios de la naturaleza humana están constantemente compenetrados y llenos de otras entidades, y el maestro iniciado hace efectuar por el discípulo gran parte de los ejercicios con el fin de expulsarlas, para que el hombre llegue a ser cada vez más libre. A los seres que penetran el cuerpo astral y lo hacen nolibre se los llama Daimonios. Nuestro cuerpo astral se halla constantemente penetrado de tales Daimonios; y los seres que nosotros mismos engendramos mediante nuestros pensamientos verídicos o erróneos son de tal naturaleza que con el tiempo llegan a ser Daimonios. Existen buenos Daimonios que van formándose por medio de los pensamientos buenos; pero los pensamientos malos, principalmente los contrarios a la verdad, los mentirosos, engendran formaciones demoníacas de la categoría más horrible y más espantosa, seres, si cabe la expresión, que dan al

cuerpo astral la calidad de mechado. Análogamente hay seres que penetran el cuerpo etéreo, los Espectros, de los cuales el hombre tiene que liberarse, y por último existen los que penetran el cuerpo físico, y estos son los Fantasmas. Además de estos tres existen todavía otros seres, los que empujan al hombre de acá para allá; estos son los Espíritus, en sentido igual a como el yo mismo también es espíritu. El hombre es, en realidad, el productor de tales seres, los que, cuando él desciende a la Tierra, determinan el destino interior y exterior. Ellos animan el curso de la vida de tal manera que nosotros sentimos todo lo que el cuerpo astral ha engendrado como Daimonios, lo del cuerpo etéreo, como Espectros y la del cuerpo físico, como Fantasmas. Todo esto tiene afinidad con nosotros, tiende a unirse con nosotros, en el momento de reencarnarnos. Así se evidencia que documentos religiosos expresan tales verdades. Cuando en la Biblia se habla del exorcismo de demonios, no se trata de algo abstracto, sino que se lo debe entender verdadera y literalmente. ¿Qué hacía Cristo Jesús? Curó al endemoniado de espíritus inmundos, sacándolos del cuerpo astral. Se trata de sucesos reales que se deben tomar literalmente. Sócrates, el genio iluminado también habla de su Daimonion que actuaba en su cuerpo astral, un Daimonion bueno, pues cuando se habla de demonios, no hay que imaginárselos únicamente como seres malos. Pues también existen demonios horribles, perniciosos. Todos los demonios de la mentira actúan como si al hombre le arrojasen atrás en su evolución; y puesto que en la historia universal, donde se trata de las mentiras de las grandes personalidades, siempre se engendran tales demonios de la mentira, que luego se desenvuelven a entidades poderosas, se habla de los Espíritus retardatorios. En este sentido Fausto dice a Mefistófeles: "El padre eres tú de todos los obstáculos" (Fausto II, Galería sombría). El individuo tal como está entretejido en toda la humanidad por el hecho de decir la verdad, o bien la mentira, ejerce efecto sobre la totalidad del mundo, pues los efectos serán bien distintos según él engendre Daimonios de la verdad o demonios de la mentira. Imaginémos un pueblo constituido por mentirosos solamente; éstos poblarían el plano astral exclusivamente con demonios de la mentira, y estos últimos, a su vez, podrían ponerse de manifiesto a través de la disposición física a epidemias. Existe efectivamente una determinada forma de bacilos engendrados por las mentiras de la humanidad los que aparecen como portadores de enfermedades infecciosas. No son otra cosa que demonios de la mentira, incorporados físicamente. Esto nos muestra que las mentiras de tiempos pasados aparecen por el karma del mundo en la forma de un ejército de determinados seres. Por otro pasaje del "Fausto" de Goethe se evidencia la verdad que se halla en mitos y sagas. Allí hay un nexo entre sabandijas y mentiras; igualmente con respecto a la naturaleza de ratas y ratones en su relación con Mefistófeles, el Espíritu de la mentira. En las sagas se conservan a veces lazos maravillosos entre el mundo espiritual y el físico.

Para la comprensión de la ley del karma, aún falta hablar sobre otros aspectos. Hay que tener en cuenta que nuestro movimiento científico-espiritual realmente tiene su origen en el íntimo conocimiento de la ley del karma. Por lo que acabo de explicar se percibe que determinadas fuerzas del cuerpo etéreo repercuten en el cuerpo físico de la próxima vida terrenal. De esta manera la inclinación y la disposición de pensar, en un bien definido sentido, ejerce su efecto sobre el cuerpo físico, de modo que para la posterior encarnación no es indiferente si se piensa en sentido espiritual o materialista. Un individuo que sabe algo de los mundos superiores -basta con que realmente tenga creencia en la existencia de los mundos superiores- tendrá en su próxima vida terrenal un cuerpo físico concentrado, con un sistema nervioso que funciona con tranquilidad, un cuerpo físico al que se domina hasta en los nervios. Por el contrario, un hombre que sólo admite lo que existe en el mundo sensible, transmite este pensamiento a su cuerpo físico, y en su próxima encarnación tendrá un cuerpo físico propenso a enfermedades nerviosas, un cuerpo físico inquieto sin un centro de firme voluntad, El materialista se divide en un sinnúmero de pormenores; el espíritu reúne el todo pues él es la unidad. En los individuos la disposición respectiva aparece por el destino en la encarnación posterior, pero la misma sigue manifestándose a través de las generaciones, de modo que los hijos y nietos de aquellos padres que pensaron en sentido materialista, tendrán que sufrir las consecuencias que se expresarán en la mala estructura del sistema nervioso y en enfermedades nerviosas. Una época nerviosa como la nuestra es el resultado del pensar y sentir materialista de los últimos siglos; y como corriente contraria los grandes maestros de la humanidad reconocieron la necesidad de hacer fluir en la cultura el sentimiento y el pensar de índole espiritual.

El materialismo ha penetrado también en la religión. Pues se debe preguntar si aquellos que creen en los mundos espirituales sin tener la voluntad de reconocerlos no son materialistas. El materialismo en la religión consiste en que quisiera que el secreto de la Creación en seis días -tal como la misma, como la gran evolución del mundo, figura en la Biblia-, se realizase ante sus ojos, y en que se habla de Cristo-Jesús como de una "personalidad histórica", dejando a un lado el Misterio de Gólgota. El materialismo en las ciencias naturales no es sino el resultado del materialismo en la religión, pues no existiría si la vida religiosa no fuera impregnada de materialismo. Los que en nuestro tiempo son demasiado cómodos como para penetrar en lo profundo del ámbito religioso, son los mismos quienes en las ciencias naturales crearon el materialismo. La irritación nerviosa engendrada por el materialismo se pone de manifiesto en estirpes enteras, en pueblos enteros, lo mismo que en la vida personal humana. Si la corriente espiritual no gana la fuerza necesaria como para influir sobre los hombres perezosos y los cómodos, la nerviosidad como consecuencia kármica influirá cada vez más sobre la humanidad, y lo mismo que hubo epidemias de lepra en la edad media, se producirán

en el futuro, a consecuencia del pensamiento materialista, graves enfermedades nerviosas, como asimismo epidemias de demencia que se extenderán sobre pueblos enteros.

Por la comprensión de esta particularidad de la ley del karma la ciencia espiritual no debería ser un objeto de controversia antes bien un remedio para la salud de la humanidad. Cuanto más la humanidad se espiritualice, tanto más quedará extirpado todo lo relacionado con enfermedades del sistema nervioso.

VII

La técnica del karma

Para mejor comprensión de la ley del karma en cuanto la misma rige en la vida humana, voy a relatar un fenómeno que aparece inmediatamente después de la muerte del hombre. Tengan ustedes presente el cuadro recordativo que se presenta cuando el hombre está liberado del cuerpo físico y por un breve lapso de tiempo vive solamente en la envoltura de los cuerpos etéreo y astral, antes de proseguir su camino a través del mundo elemental. Para la íntima comprensión del obrar del karma quisiera describir algo extraño que ya aparece durante la visión de dicho gran cuadro y que consiste en la sensación de un crecer, en el extenderse fuera de sí mismo. Esta sensación va intensificándose más y más, mientras el hombre está todavía en su cuerpo etéreo, y él llega a sentirse en una situación extraña frente a ese cuadro. Al principio son imágenes del curso de la vida, las que él percibe cual un panorama. Después llega un estado

-breve tiempo después de la muerte con una duración de horas, o también días, según la individualidad de cada uno- en que se tiene la sensación: yo mismo soy todas estas imágenes. El hombre siente crecer su cuerpo etéreo, como si abarcara todo el espacio en torno de la Tierra hasta el Sol.

Después, cuando el difunto deja su cuerpo etéreo aparece otra sensación sumamente extraña, la que difícilmente se puede describir mediante palabras del mundo físico. Se trata de la sensación de expandirse hacia lejos en el universo, pero como si fuese imposible estar al mismo tiempo en todos los lugares del universo. Sólo aproximadamente se lo puede describir. Se tiene la sensación de estar, por ejemplo, con una parte de su ser en un lugar terrestre, con la otra, en otro lugar, con una tercera parte, en otro lugar distinto, y con otra parte más, fuera del orbe, quizás en la luna. En cierto modo se tiene la sensación de estar despedazado, con los espacios intermedios como no pertenecientes a sí mismo. La manera extraña de sentirse dentro de lo astral es así: como extendido en el espacio, trasladado a diversos lugares, pero sin ocupar a la vez los espacios intermedios. Esta sensación se mantiene durante todo el período del kama-loka, que el hombre transita retrógradamente hasta el último nacimiento. Esto se

realiza como un vivir en las distintas partes de la vida propia, y con ello se va formando la totalidad de la vida en el kama-loka. Es importante saberlo a fin de formarse una idea de cómo realmente obra la ley del karma. Primero se tiene la sensación de hallarse dentro del hombre con quien últimamente se estaba unido, y después, en sentido retrógrado, en todos los hombres y otros seres con los cuales se estaba vinculado durante la vida terrenal.

Quien, por ejemplo, en su vida terrenal haya apaleado a otro hombre, sentirá después de la muerte, en el momento respectivo, los golpes, los dolores causados a este último. Y si entonces éste todavía vive donde ocurrió el hecho, una parte del cuerpo astral del difunto se sentirá en ese lugar y allí mismo experimentará las consecuencias. En cambio, si el apaleado también ha muerto, el causante tiene la sensación de encontrarse donde está el otro hombre. Naturalmente, cada uno está vinculado con muchos otros hombres, dispersos en la Tierra como asimismo en el kama-loka. Se está en doquier y esto constituye la corporalidad intermitente característica del período de kama-loka, la que permite vivir en el ser de todos los demás, lo vivido con ellos en la vida terrenal, formando así el vínculo duradero con todos aquellos con quienes se había tenido contacto. Con el hombre apaleado se está unido por el hecho de haber vivido con él en el kama-loka. Más tarde se asciende al devachan y se vuelve nuevamente al kama-loka; y el cuerpo astral, al integrarse, encuentra la que le reúne con el individuo con el cual se había estado ligado. Habiendo muchísimos vínculos de tal naturaleza, se evidencia que existe un lazo con respecto a todo lo experimentado en la vida terrenal.

Para la que precede se da una explicación bien clara a través del hecho observado por el ocultista, según lo que les he relatado: cinco jueces secretos pronunciaron la sentencia de muerte de un hombre y procedieron a su ejecución. En su vida terrenal precedente esta última personalidad había sido un cabecilla que había ajusticiado a esos cinco hombres. Después de la muerte, durante el período del kama-loka fue trasladada al lugar en que vivían los otros y colocada en el ser de ellos para sufrir los sentimientos de ellos en el instante de matarlos. Esto forma el punto de partida para crear fuerzas de atracción, las que reúnen a las personas respectivas al reaparecer en la Tierra, a fin de que se cumpla la ley del karma.

Así se nos presenta la técnica de cómo obra el karma. También vemos que en el mundo existen distintas maneras del ser, vínculos que ya en el plano astral comienzan a formarse. En el plano físico existe el estado continuo de la substancia, mientras que en el plano astral es posible tener la sensación de partes de la corporalidad unidas entre sí, las que, no obstante, están separadas unas de otras. Es como si uno tuviese la sensación de su cabeza, y nada entre la cabeza y el corazón; después el corazón y entonces los pies, sin nada entremedio. Una parte de la corporalidad puede hallarse en otro continente, perteneciendo, totalmente aislada, a la corporalidad

astral; otra parte en la luna, y una tercera en otro planeta, sin necesidad de una unión astral visible entre tales miembros. Considerando la ley del karma en tal sentido, vemos claramente que aquello que tiene lugar dentro del ciclo de una vida humana, es el resultado de muchas causas que tienen su origen en vidas terrenales del pasado. Ahora surge la pregunta: ¿cómo conciliamos la ley del karma con la transmisión hereditaria? Se dice que existen muchas contradicciones entre ésta y aquella. Se opina que un hombre moralmente bueno tiene que ser el vástago de una familia de iguales facultades, quiere decir que aquel tiene que haberlas heredado de sus antepasados. Considerando los sucesos físicos desde el punto de vista oculto, sabemos que no es así, aunque en cierto respecto los podemos calificar como sucesos de herencia. Vamos a dilucidarlo por medio de ejemplos.

Si consideramos la familia Bach, resulta que en el curso de doscientos cincuenta años nacieron en la misma veintinueve músicos, entre ellos el más ilustre, Juan Sebastián Bach (1685-1750). Para que haya un buen músico es necesario no solamente la facultad musical como tal, sino también un oído físicamente bien formado, una determinada forma del mismo. El profano no es capaz de hacer la distinción en cuanto a lo esencial; es preciso observarlo profundamente mediante fuerzas ocultas. Si bien las diferencias son pequeñas e insignificantes, de todos modos es necesaria una determinada forma de los órganos auditivos interiores, para que alguien pueda llegar a ser músico, y estas

formas se transmiten por herencia. En una persona las mismas son similares a las de su padre, abuelo y demás antepasados, al igual que se transmite por herencia la forma de la nariz.

Supongamos que en el plano astral haya una individualidad que esté pronta de encarnarse y buscando un cuerpo físico. Siglos o milenios atrás había adquirido facultades musicales especiales, pero si no encuentra a un cuerpo físico dotado de oídos

apropiados, no podrá ser músico, y debido a ello tiende a nacer en una familia que le dé el oído musical. Sin éste la disposición musical no podría desenvolverse, así como el virtuoso más grande no puede ejecutar nada, si no se le da el instrumento necesario.

También el talento matemático necesita algo bien definido. Para ser matemático no hace falta una construcción especial del cerebro, como muchos piensan, pues el pensar, la lógica se desarrollan en él como en otros. Lo importante son los tres canales en forma semicircular que se hallan en el oído y cuya posición recíproca es la de las tres direcciones en el espacio. La formación particular de los mismos condiciona el talento matemático, la disposición a las matemáticas. Se trata de un órgano físico sujeto a la transmisión hereditaria. Esto explica el hecho de que en la familia Bernouilli se hayan encarnado ocho importantes matemáticos.

El hombre moral, para poder practicar su disposición moral, también necesita padre y madre que por herencia le dan un cuerpo físico apropiado. El posee tales padres porque él es tal individualidad y no otra. La individualidad escoge ella misma sus padres, si bien bajo la

dirección de entidades superiores. Hay quienes desde el punto de vista del amor materno objetan algo contra ese hecho, pues temen que podrían perder algo, si de la madre no heredan esta o aquella cualidad. Por el contrario, el conocimiento verdadero profundiza el sentimiento del amor materno, pues hace ver que se trata de un sentimiento de amor prenatal, que ya existió antes de la concepción y que condujo

al niño a la madre. Ya antes del nacimiento el niño siente cariño a la madre; y el amor materno es el amor recíproco. El amor materno considerado espiritualmente se evidencia como extendido hasta antes del nacimiento, basándose en sentimientos recíprocos.

Muchos piensan que el hombre está sujeto inevitablemente a la ley del karma, sin ninguna posibilidad de alterarla. Mencionemos un ejemplo tomado de la vida común, para el obrar de esta ley. En los libros de un comerciante figuran los asientos Debe y Haber, por los cuales se expresa el estado de su empresa. Este estado obedece a la ley inflexible de la contabilidad. Nuevos negocios permiten anotar nuevos asientos; y se entiende que siempre los habrá después de cada balance. En lo referente al karma resulta que del lado acreedor siempre figura todo lo que el hombre haya hecho de bueno, sensato, veraz, perfecto; del lado deudor, todo lo malo e insensato. En todo momento el hombre está libre para anotar nuevos asientos en el libro de cuentas de la vida kármica. Por esta razón no hay que creer que en la vida rige una ley inalterable del destino. La libertad no se menoscaba por la ley del karma; esto implica que referente al karma hay que pensar en el futuro lo mismo que en el pasado. Llevamos en nosotros los efectos de las acciones del pasado, somos los esclavos del pasado, pero los soberanos del futuro. Si este último lo queremos desarrollar bien, debemos anotar en lo posible los mejores asientos en el libro de cuentas de la vida.

El saber de que nada de lo que se haga queda sin efecto, y que todo tiene sus consecuencias en el futuro, es un pensamiento grande y poderoso, de modo que esa ley no nos oprime, sino que nos llena de la más bella esperanza. La ley del karma es la mejor prenda de la ciencia espiritual. La misma nos da tranquilidad por el hecho de que nos abre el horizonte del futuro, y nos da la tarea de ser activos en el sentido de una ley que no contiene nada que nos pudiera entristecer, o que pudiera dar al mundo un matiz pesimista; además, da alas a nuestra actividad de colaborar en la evolución terrestre. El conocimiento de la ley del karma tiene que transmutarse en tales sentimientos.

Con respecto al sufrimiento de un hombre se suele decir: lo merece, porque debe cumplir su karma; y si yo le doy ayuda, interfiero en su karma. Esto es insensato, pues su pobreza, su miseria son el efecto de su vida terrenal anterior, pero si yo le ayudo, contribuyo a que se anote un nuevo factor en su vida, y le hago progresar. Igualmente será insensato, si a un comerciante se le puede sacar de una situación de ruina mediante un préstamo de mil o de diez mil marcos, objetar: no lo hago, pues esto alteraría tu balance. Le ayudo porque

sé que en la relación kármica nada permanece sin efecto; y esto debería ser un estímulo para actuar.

También hay quienes niegan la ley del karma desde el punto de vista del cristianismo. Los teólogos dicen: El cristianismo no puede admitir la ley del karma, pues si la misma fuese acertada no podría regir el principio de la muerte redentora. Además, hay teósofos quienes dicen que la ley del karma está en contradicción con el principio de la Redención, pues arguyen que no pueden reconocer la ayuda que una sola individualidad (Jesucristo) presta a muchos. Ambas opiniones son erróneas, pues no comprenden la ley del karma.

Un hombre en situación favorable puede ayudar a otro que carece de lo más necesario; y por esta ayuda agrega un nuevo factor a la vida de aquél. Una persona más potente podrá ayudar a dos necesitados, influyendo así sobre el karma de ambos. Otro de más poder podrá ayudar a diez o quizás cien personas, y él de máximo poderío podrá dar ayuda a innumerables hombres.

Esto no se contradice con el principio de las relaciones kármicas. Precisamente por la infalibilidad del obrar de la ley del karma sabemos que tal ayuda efectivamente influye sobre el destino del hombre.

Se sabe que la humanidad ciertamente necesitaba la ayuda que se le dio por el advenimiento en el plano físico de la individualidad de Cristo. La muerte del Redentor en la Cruz como el Ser Central, constituyó la ayuda que influyó sobre el karma de un sinnúmero de hombres. No existe discrepancia entre el esoterismo cristiano y la ciencia espiritual bien comprendida. Se verifica una profunda concordancia entre las leyes de ambos, y nada nos fuerza a desistir del principio de la Redención.

Se nos conduce más profundamente en la ley del karma, si ahora pasamos a la evolución de la humanidad como asimismo a la evolución de la Tierra. Nos hemos referido a algunos hechos a fin de poder comprender esta ley. Otros hechos los comprendemos mejor si consideramos la evolución de la humanidad, no solamente durante el período terrestre, sino también durante los demás períodos planetarios, los que son otras incorporaciones de nuestra Tierra. Esto nos permitirá encontrar algunas añadiduras a la ley del karma, al remontarnos a tiempos remotos del pasado, como asimismo dirigiendo la mirada hacia el futuro lejano.

Como introducción a este tema voy a referirme a un hecho muy importante. Por lo expuesto en esta conferencia se evidencia que aquello que del ser humano percibimos con los ojos físicos, esto es su cuerpo físico exterior, es el resultado del obrar de los principios superiores de la naturaleza humana, quiere decir que su yo, el cuerpo astral y el etéreo, hasta el principio supremo, Atma, trabajan para la formación de nuestro cuerpo. Las partes del mismo en su forma actual no son de igual valor, sino de distinto valor dentro de la naturaleza humana. Basta con que se haga una observación bastante trivial para comprender que en el fondo nuestro cuerpo físico es la parte más perfecta de nuestra naturaleza. Si se considera, por ejemplo, una parte del fémur se podrá verificar que el mismo no es

un hueso compacto, sino artísticamente construido mediante varillas que corren hacia un lado y hacia otro. Quien observe este hueso no solamente con el intelecto sino con el sentimiento, se asombrará de la sabiduría con que el mismo ha sido creado, con el empleo del mínimo de material necesario para sostener la parte superior del cuerpo, según el principio de menor esfuerzo. No hay ingeniería para construir un puente con igual sabiduría que aquella que ha realizado lo indicado en la naturaleza.

Si se estudia el corazón humano, no solamente con el criterio del anatomista y fisiólogo, se verificará en el mismo la expresión de sublime sabiduría. No hay que pensar que el cuerpo astral del hombre ya ha llegado a un grado evolutivo tan alto como el corazón humano. El corazón está construido de un modo ingenioso y sabio, mientras que por sus apetencias el cuerpo astral incita al hombre a verter en sí mismo durante decenios lo que para el corazón es veneno; no obstante, el corazón lo resiste durante decenios. Sólo en un estado evolutivo del futuro el cuerpo astral habrá alcanzado el mismo grado que el cuerpo físico de nuestro tiempo, y aquél estará entonces en un nivel mucho más

elevado que este último. En el presente el cuerpo físico es el más perfeccionado; menos perfecto está el cuerpo etéreo y menos aún el cuerpo astral. El yo es el bebé entre los cuerpos.

El cuerpo físico tal como en el presente se nos presenta, es el miembro más antiguo de la naturaleza humana, pues para su formación se ha trabajado durante más tiempo. Sólo al haber alcanzado un grado determinado en el curso de la evolución fue impregnado por el cuerpo etéreo, y después de haber actuado los dos juntamente durante cierto tiempo, se les añadió el cuerpo astral, y por último el yo, el que, no obstante, alcanzará un grado evolutivo inimaginable

Así como el ser humano se encarna repetidas veces, nuestra Tierra también ha pasado por distintas incorporaciones y pasará por otras más. La evolución a través de la reincorporación se realiza en todo el cosmos. En su configuración actual, nuestra

Tierra es la reincorporación de planetas del pasado. Podemos echar una mirada retrospectiva sobre tres.

Antes de llegar a ser Tierra, ella había sido lo que en el ocultismo -no en la astronomía- se llama Luna. La luna actual es, por decirlo así, una escoria echada fuera por inutilizable. Si pudiésemos mezclar nuestra Tierra y la Luna con todas sus substancias y seres, obtendríamos lo que llamamos el precursor de la Tierra, la Luna oculta, y lo que ha quedado como Tierra, es lo que en su evolución, después del desprendimiento de la escoria, se ha mantenido como el resto de la Luna.

Así como la Luna de ahora es el resto desprendido proveniente de la Luna como antigua incorporación, así también tenemos el Sol que ahora brilla en el cielo como algo que tuvo su origen en un estado más antiguo aún de la Tierra. Antes de hacerse Luna, como lo expresamos en el ocultismo, la Tierra misma había sido Sol, y éste

consistía de todas las substancias y entidades que en el presente forman el Sol, la Luna y la Tierra.

El Sol se ha librado de todos los componentes, con los que, como cuerpo superior, no pudo quedarse, o sea las substancias y entidades que ahora forman la Tierra y la Luna; y en virtud de ello se ha hecho estrella fija. Esta calidad la tiene para el ocultismo, no como algo que siempre ha sido estrella fija, sino que el Sol sólo se ha hecho estrella fija, después de haber sido planeta.

El Sol, tal como ahora lo percibimos y que otrora había estado unido con la Tierra, ha acogido en sí muchas entidades superiores a las de la Tierra, análogamente a como la Luna en nuestro cielo, ha recibido las partes peores, por lo cual ha quedado a ser la escoria desprendida. La Luna es un planeta menoscabado. El Sol un planeta elevado.

Al estado evolutivo del Sol ha precedido otro, esto es, el estado de Saturno, de modo que tenemos cuatro incorporaciones sucesivas de la Tierra: Saturno, Sol, Luna y la cuarta, la Tierra misma. Durante la evolución de Saturno, el antecesor del ser humano tenía solamente el principio del cuerpo físico. En el Sol se le añadió el cuerpo etéreo; en la Luna, el cuerpo astral y en nuestra Tierra, el yo.

En la conferencia sobre la sangre como líquido singular he expuesto que el yo humano guarda una íntima relación con la sangre, la que no existió en ningún cuerpo humano, antes de incorporarse un yo; y esto significa que esta sangre roja humana está en relación con la evolución de la Tierra misma. La sangre no podría haberse generado, si en el curso de la evolución la Tierra no se hubiera encontrado con otro planeta: con Marte.

Anteriormente la Tierra no poseía el hierro, de modo que no hubo hierro en la sangre; quiere decir que no existió un líquido como la sangre, de la cual depende el hombre del presente. En la primera mitad del estado terrestre lo esencial para su evolución reside en la influencia del planeta Marte, al igual que para la segunda mitad lo esencial proviene del planeta Mercurio. Marte dio a la Tierra el hierro, mientras que la influencia de Mercurio se expresa en que en la Tierra el alma humana llega a ser cada vez más libre y debido a ello cada vez más independiente. En el ocultismo se entiende, por lo tanto, la evolución de la Tierra como dividida en dos períodos, la mitad vinculada con Marte;

la otra, con Mercurio. Mientras los demás nombres se refieren a planetas enteros, la evolución terrestre se denomina como "Marte-Mercurio"; quiere decir que con esta designación no se habla de las estrellas actuales Marte y Mercurio, sino que precisamente de lo que en la primera y segunda mitad de la evolución terrestre ejerce las referidas influencias.

En el futuro la Tierra se incorporará en un planeta nuevo al que se llama Júpiter. El cuerpo astral habrá entonces alcanzado un grado evolutivo de tal naturaleza que ya no estará opuesto al cuerpo físico, como si fuera su enemigo, como ahora sucede, sin embargo aún no habrá llegado a su nivel supremo. El cuerpo etéreo habrá entonces llegado al grado del cuerpo físico de ahora, pues

habrá pasado por tres evoluciones planetarias, al igual que ahora el cuerpo físico.

En la incorporación que seguirá a la de Júpiter el cuerpo astral habrá llegado al grado evolutivo del cuerpo físico de ahora, habiendo pasado por las evoluciones Luna, Tierra y Júpiter y llegado a la evolución Venus. En la última incorporación, la de Vulcano, el yo habrá alcanzado su más elevada evolución. De lo expuesto resulta pues que las futuras incorporaciones de la Tierra serán: Júpiter, Venus, Vulcano.

Estas denominaciones aparecen también en los días de la semana. Hubo un tiempo en que los nombres correspondientes a los hechos en torno nuestro fueron dados por los iniciados. En nuestro tiempo ya no se siente la íntima relación entre los nombres y los objetos. Los nombres de los días de la semana debieron despertar en el hombre el recuerdo de su desarrollo a través de los estados evolutivos de la Tierra.

Consideremos primero el sábado: día de Saturno, en inglés Saturday. Después el domingo: en alemán Sonntag, día del Sol. El lunes: día de la Luna. Luego Marte y Mercurio, los dos estados de la Tierra: día de Marte, martes; en germano antiguo: día de Ziu o Dienstag; en francés mardi ; en italiano martedì. Miércoles: día de Mercurio; en italiano mercoledì, en francés mercredi.

Mercurio es lo mismo que Wotan. Tácito habla del día de Wotan, que en inglés todavía es Wednesday. Después el día de Júpiter, el que en alemán es Donar, por lo tanto: Donnerstag; en francés jeudi; en italiano giovedì. Viernes, el día de Venus, la que en alemán es r'ieia: Freitag, en francés vendredi; italiano venerdì.

La sucesión de los días de la semana nos hace recordar el devenir de la Tierra a través de sus distintas incorporaciones.

VIII

Los siete estados de la conciencia planetaria del ser humano

Contemplaremos ahora, una después de otra, las distintas incorporaciones de nuestro planeta. Para ello es preciso formarnos la idea de que se trata de incorporaciones de nuestro planeta Tierra, es decir esta última en sus estados de Saturno, Sol y Luna. También tenemos que imaginarnos que dichas incorporaciones fueron necesarias para el desarrollo de los seres, especialmente del hombre, es decir que la evolución del hombre mismo se relaciona íntimamente con la de la Tierra. Pero de lo acontecido sólo nos formaremos el justo concepto mediante el adecuado pensamiento acerca de cómo en el curso de la evolución con respecto a ciertas cualidades, ha cambiado lo que en el presente conocemos como ser humano, como nosotros mismos. Al respecto, contemplaremos en primer lugar los cambios que en el ser humano se han producido en lo referente a sus estados de conciencia. Absolutamente todo en el mundo se ha desarrollado. Nuestra conciencia también se ha desarrollado. La conciencia que el

hombre tiene ahora no la ha tenido siempre, sino que la misma se ha formado paso a paso hasta su estado actual.

Nuestra conciencia del presente la llamamos la conciencia de los objetos (o bien, objetiva) la conciencia despierta, diurna. La conocemos como el estado que nos es propio, desde el despertar a la mañana hasta el dormirse de noche. Tengamos presente en qué consiste. Se caracteriza por el hecho de que el hombre orienta sus sentidos hacia el mundo exterior, donde percibe objetos; por esta razón la llamamos conciencia objetiva. El hombre dirige la mirada hacia el mundo circundante, y con sus ojos percibe los objetos en el espacio y sus colores. Mediante el oído se percata de que en el espacio hay objetos que suenan, que propagan sonidos. Mediante su sentido del tacto toca los objetos y los siente calientes o fríos, percibe el olor o el sabor de los objetos. También reflexiona sobre lo que percibe por medio de los sentidos; emplea su razón a fin de comprender la naturaleza de los objetos; y la conciencia diurna que el hombre tiene en el presente se compone de los hechos de las percepciones sensorias y de la comprensión de las mismas mediante el intelecto. El hombre no siempre ha tenido esta conciencia, sino que la misma se ha desarrollado; tampoco seguirá teniéndola para siempre, puesto que ella se elevará a estados de conciencia superior. Los medios que nos da el ocultismo nos permiten, por de pronto, discernir siete estados de conciencia, de los cuales el de ahora está situado en el medio. Podemos discernir tres estados anteriores y tres del futuro. Puede parecer extraño el que nosotros nos encontremos justamente en el medio. Esto se debe a que al primer estado preceden otros los que se substraen a nuestra mirada, al séptimo siguen otros que lo mismo se substraen a nuestra contemplación. Dicho de otro modo: miramos hacia atrás tanto como hacia el porvenir. Si nos encontrásemos en un estado más atrás, nuestra vista abarcaría un estado más del pasado y otro menos del futuro, al igual que, estando en la campiña, la vista alcanza a la izquierda tanto como a la derecha.

Los siete estados de conciencia son los que siguen. Primero existe un estado de conciencia opaca de un grado muy bajo, un estado que el hombre del presente casi ya no conoce. Únicamente personas de disposición mediumnística pueden todavía tenerlo; es el estado de conciencia que en Saturno tenían todos los hombres. Las personas de disposición mediumnística pueden entrar en un estado también conocido por el psicólogo moderno.

En ellas está adormecida y como muerta la conciencia diurna de vigilia e incluso otros estados de conciencia. Pero cuando en el recuerdo, o también durante dicho estado, dibujan o relatan lo experimentado, reproducen experiencias muy extrañas, las que no aparecen a nuestro derredor. Hacen toda clase de dibujos que, si bien son grotescos y mal hechos, no obstante concuerdan con lo que en la ciencia espiritual se caracteriza como estados cósmicos. Muchas veces son dibujos absolutamente poco correctos, sin embargo tienen algo que permite verificar que durante el estado aletargado esos

seres tienen una conciencia opaca, pero universal. Perciben cuerpos cósmicos y por lo tanto los dibujan.

En la primera incorporación de nuestra Tierra el ser humano tenía semejante conciencia opaca, la que, no obstante, representa una omnisciencia en nuestro cosmos. A esta conciencia se le llama trance profundo. En nuestro mundo circundante existen seres que todavía ahora poseen tal conciencia; me refiero a los minerales. Si pudiésemos hablar con ellos, nos comunicarían cuál es el estado de Saturno, sólo que se trata de una conciencia totalmente opaca.

El segundo estado de conciencia bien conocido, mejor dicho, al que no conocemos, pues al tenerlo dormimos, es el del sueño común. Esta conciencia no es tan amplia, pero a pesar de que todavía es opaca, ya es clara, si la comparamos con el primer estado. Esta conciencia del sueño la tenían todos los seres humanos permanentemente, en el período en que la Tierra era Sol, durante el cual el precursor del hombre terrestre dormía constantemente. Este estado de conciencia existe también en el presente: lo tienen los vegetales; éstos son seres que duermen incesantemente; y si ellos pudiesen hablar, podrían describirnos el estado solar, puesto que poseen la conciencia del período del Sol.

El tercer estado que en comparación con nuestra conciencia diurna todavía es vago y opaco, es aquel de la conciencia imaginativa, y de ella ya tenemos un concepto bien claro, porque en el sueño lleno de ensueños experimentamos una reminiscencia, si bien únicamente rudimentaria, de lo que en la Luna era la conciencia de todos los hombres. Será lo más indicado partir del ensueño, para obtener una idea de la conciencia lunar.

En los ensueños se nos presenta, por cierto, algo confuso, caótico, sin embargo, observándolo más exactamente, lo caótico evidencia una íntima regularidad. El ensueño es un extraño simbolista. En otras conferencias frecuentemente he dado los siguientes ejemplos, tomados de la vida: Se sueña querer agarrar una rana y se siente su cuerpo resbaladizo, y al despertarse se nota tener en la mano la punta de la sábana. Con la conciencia despierta se hubiera percibido que la mano agarra la punta de la sábana, en cambio, la conciencia del ensueño nos da el símbolo de la acción exterior mediante lo que la conciencia diurna nota como un hecho.

Otro ejemplo: un estudiante sueña encontrarse en el aula ante la puerta. Otro le atropella, y de este acto resulta un desafío. En el ensueño vive todos los pormenores hasta el instante en que durante el duelo se descerraja un tiro. En el mismo instante despierta y se da cuenta de haber volcado la silla al lado de la cama.

En la conciencia despierta hubiera oído el choque de la silla; el ensueño simboliza este hecho prosaico mediante lo dramático del duelo. También el factor tiempo es muy distinto, pues en el mismo instante en que caía la silla se le apareció en la cabeza todo el drama. Todo lo preparatorio apareció en un instante; el ensueño corrió el tiempo hacia atrás, pues no obedece a las condiciones del mundo, antes bien, es un engendrador de tiempo.

No solamente acontecimientos exteriores pueden aparecer simbolizados, sino también sucesos internos del cuerpo humano. Por ejemplo, uno sueña encontrarse en un sótano oscuro, donde feas arañas le amenazan. Se despierta y siente dolor de cabeza. La cubierta del cráneo se ha convertido en el símbolo del sótano oscuro, y el dolor en símbolo de las arañas feas.

El ensueño del hombre de nuestro tiempo simboliza sucesos que tienen lugar en el interior humano como asimismo afuera. No fue así cuando el hombre del período lunar tenía este tercer estado de conciencia, sino que entonces él vivía plenamente con imágenes similares a las del ensueño de ahora, pero las mismas expresaban realidades. Significaban una realidad exactamente como para nosotros el color azul significa una realidad, sólo que en aquel período el color se cernía libremente en el espacio, y no fijado en los objetos. Con la conciencia de entonces el hombre no hubiera podido salir a la calle como ahora, ni ver a otro hombre, o acercarse a él, puesto que no existían formas de seres de color en la superficie, ni tampoco podía el hombre caminar como lo hacemos ahora. Pero supongamos que en la Luna un hombre efectivamente se haya encontrado con otro; en tal caso se le hubiera presentado, libremente suspendida, una imagen de cierta forma y colores, digamos, una imagen fea, en cuyo caso el hombre se hubiera dirigido a un lado, para no encontrarse con ella, o bien, una imagen hermosa, a la que se hubiera acercado. La imagen fea le hubiera indicado que el otro tiene un sentimiento de antipatía contra él; la hermosa, que el otro le ama. Supongamos que en la Luna haya existido sal común. Cuando en nuestro tiempo hay sal en la mesa, se la percibe tal como está como objeto en el espacio, granulada, de un color determinado. Así no se la hubiera visto en la Luna, pero sí, libremente suspendida se hubiera alzado, desde el lugar de hallarse la sal, una forma, lo imagen de una forma, y esta imagen hubiera expresado que la sal es algo útil. De tal manera la conciencia humana estaba colmada de imágenes con formas y colores, pero estas imágenes expresaban lo que en derredor del hombre sucedía, principalmente los aspectos anímicos y lo relacionado con la anímico, quiere decir, lo que le era benéfico o dañoso. Esto le permitía al hombre orientarse de la justa manera acerca de lo que existía a su derredor.

Al incorporarse en la Tierra lo que había sido la Luna, la conciencia humana iba transformándose en nuestra conciencia diurna del presente, y sólo un remanente de aquella existe en el ensueño del hombre del presente, un rudimento similar a rudimentos de otras configuraciones. Sabemos, por ejemplo, que próximos al oído existen ciertos músculos los que ahora nos parecen inútiles. En el pasado tenían un sentido concreto: servían para poder mover las orejas a voluntad. En e] presente hay muy pocas personas capaces .de hacerlo.

Esto nos dice que también en el ser humano hay estados que son últimos remanentes de una organización que en el pasado remoto había sido útil; y aunque hoy ya no tienen importancia, esas imágenes representaban entonces el mundo exterior. Hasta en

nuestro tiempo existe tal conciencia -ifíjense bien en este aspecto!- en todos aquellos animales que no son capaces de producir un sonido desde su ser interior. Es que en el ocultismo tenemos una clasificación de los animales mucho más correcta que la de las ciencias naturales exteriores, a saber: en animales sin sonido en su interior, y aquellos que son capaces de producir sonidos desde su interior. Es cierto que existen algunos animales inferiores que producen un sonido, pero en forma mecánica, por rozamiento o algo parecido, no desde su interior; e incluso las ranas no producen el sonido por su ser interior. Sólo los animales superiores, los que se generaron cuando a través del sonido. el ser humano podía expresar su dolor y su alegría, sólo ellos, juntamente con el hombre, adquirieron la posibilidad de expresar su dolor y su placer mediante sonidos y bramidos. Todos los animales que no producen sonidos desde lo interior, todavía tienen la referida conciencia imaginativa. Pero no sucede que animales inferiores perciban las imágenes con contornos como nosotros las vemos. Cuando un animal inferior, como por ejemplo el cangrejo, percibe una imagen que le causa una determinada sensación se hace a un lado. No ve los objetos, pero se le presenta lo perjudicial a través de una imagen repugnante.

El cuarto estado de conciencia es aquel de todos los hombres del presente. Las imágenes que antes el hombre había percibido con sus colores libremente suspendidos en el espacio, en cierto modo envuelven los objetos, los cubren, y así determinan los límites de los objetos. Aparecen fijados a estos últimos, mientras que antes se las veía libremente suspendidas, y debido a ello se han convertido en la expresión de la forma. Lo que antes el hombre tenía en sí, se ha trasladado afuera y se ha fijado a los objetos. Esto le ha dado al hombre su conciencia despierta diurna del presente.

Ahora vamos a considerar otro aspecto. Ya hemos dicho que en Saturno se preparó el cuerpo físico del hombre. En el Sol se le agregó el cuerpo etéreo o vital. Este penetró y transformó al cuerpo físico. El cuerpo etéreo acogió en sí lo que el físico había llegado a ser, y siguió desarrollándolo. En la Luna se añadió el cuerpo astral, el que a su vez cambió la conformación del cuerpo físico. En Saturno este último había sido muy sencillo.

En el Sol ya estaba mucho más complicado, pues allí influía el cuerpo etéreo sobre el mismo, haciéndolo más perfecto. En la Luna se le agregó el cuerpo astral y en la Tierra el yo, para hacerlo más perfecto todavía. En el período de Saturno cuando aún no había penetrado el cuerpo etéreo en el cuerpo físico, éste no contenía ninguno de los órganos que hoy están en él, pues faltaban la sangre y los nervios, ni tampoco tenía glándulas. El hombre tenía entonces, si bien solamente los gérmenes respectivos, aquellos órganos que ahora son los más perfectos y que tenían el tiempo necesario para llegar a su perfección del presente: los órganos sensorios, maravillosamente construidos. La estructura maravillosa del ojo humano, el milagroso aparato del oído, son órganos que sólo en nuestro período han alcanzado su

perfección, debido a que fueron formados a base de lo extraído de la masa de Saturno, y porque sobre ellos han influido, para formarlos, el cuerpo etéreo, el cuerpo astral y el yo. Lo mismo sucedió con la laringe cuyo germen ya existió en Saturno, pero el hombre aún no poseía la capacidad de hablar. En la Luna empezó a lanzar sonidos y gritos inarticulados, pero sólo por el trabajo durante largos tiempos, la laringe llegó a ser el aparato perfecto, como ahora existe en la Tierra. En el Sol, al serle agregado al hombre el cuerpo etéreo, los órganos sensorios se desarrollaron algo más. También se formaron aquellos órganos que principalmente son órganos de secreción y órganos vitales relacionados con la nutrición y el crecimiento, los que tuvieron su primer germen durante el estado solar. Durante el estado lunar influyó adicionalmente el cuerpo astral y después el yo durante el estado terrestre. Eso condujo a que las glándulas, los órganos del crecimiento y otros alcanzasen su madurez actual.

Por la incorporación del cuerpo astral durante el estado lunar también se formó el germen del sistema nervioso, quiere decir durante el período en el que el hombre tenía la conciencia de las imágenes. En cambio, lo que le capacitó para expresar su placer y su pena mediante sonidos, desde su interior, el yo, este es el principio que en el hombre generó la sangre.

Vemos pues que todo el universo es el constructor de los órganos sensorios, y que todo lo que son glándulas, órganos de procreación y nutrición, lo generó el cuerpo vital: vemos que el cuerpo astral es el constructor del sistema nervioso, y que el yo es el principio que añade la sangre. Hay un fenómeno que se denomina anemia, o clorosis, el que se debe a que la sangre llega a un estado en que no es capaz de mantener la conciencia de vigilia. Las personas que lo padecen suelen caer en una conciencia aletargada, similar a la durante el estado lunar.

Ahora corresponde considerar los tres estados de conciencia que todavía han de seguir, Se puede preguntar: ¿cómo es posible ya saber algo acerca de ello? La iniciación lo hace posible, pues ya en el presente el iniciado es capaz de tener anticipadamente dichos estados de conciencia. El próximo estado de conciencia al que el iniciado ya conoce es el llamado psíquico, una conciencia que reúne los dos estados: la conciencia imaginativa y la diurna de vigilia.

Mediante esta conciencia psíquica se percibe al hombre como se lo ve con la conciencia diurna de vigilia, con sus contornos y formas, pero al mismo tiempo se ve lo que vive en su alma y que se expande como nubes e imágenes en colores en lo que se llama el aura. Pero no se está entonces en el mundo como el hombre lunar en estado onírico, sino dotado de absoluto control de sí mismo, tal como el hombre del presente de conciencia diurna. En el planeta que sigue a nuestra Tierra toda la humanidad tendrá esta conciencia psíquica, o conciencia del alma, la conciencia jupiteriana.

Después existe el sexto estado de conciencia, al que el hombre llegará en un futuro lejano. En este estado se unirá la actual conciencia diurna con lo que el iniciado conoce como conciencia psíquica y, además, todo aquello en que la conciencia del hombre

actual no penetra. Cuando viva con esta conciencia, la de la inspiración, el hombre percibirá lo muy profundo de la naturaleza de los seres. No solamente percibirá las imágenes y formas en sus colores, sino que oírán resonar el ser del prójimo. Cada individualidad humana tendrá su tono y el todo consonará en forma de una sinfonía. Esta será la conciencia del hombre cuando nuestro planeta se habrá transformado en el estado de Venus, y allí oírán la armonía de las esferas, como Goethe la describe en su prólogo al "Fausto":

De manera antigua el Sol resuena
con su canto en esferas fraternales
y su órbita la describe
con paso tronador.

Cuando la Tierra era Sol el hombre percibía en forma indecisa este resonar, y en el estado de Venus volverá a oírlo "de manera antigua". Goethe conserva la imagen hasta en el uso de esta palabra. Como séptimo estado de conciencia rige la conciencia espiritual. En realidad la del más alto grado, en el que el hombre tiene la conciencia universal que le permitirá percibir no solamente lo que sucede en su propio planeta, sino lo que acontece en toda la vecindad cósmica; es la conciencia que el ser humano tenía en Saturno, la que, por cierto, era muy apagada, no obstante esa especie de conciencia universal. La tendrá al haber llegado a Vulcano, juntamente con todos los demás estados de conciencia. Los ahora descritos son los siete estados de conciencia por los cuales el hombre tiene que pasar en su peregrinación por el cosmos, y cada una de las incorporaciones ofrece las condiciones respectivas que posibilitan tales estados de conciencia. La actual conciencia diurna de vigilia sólo se ha hecho posible por el hecho de que en el período lunar se ha creado el germen del sistema nervioso que siguió desarrollándose hasta la formación del cerebro de ahora. Se deben crear semejantes órganos por medio de los cuales los estados superiores de conciencia pueden experimentarse físicamente, lo mismo que ya en el presente el iniciado los experimenta espiritualmente. En el hecho de que el hombre pueda pasar por los referidos siete estados planetarios, reside el sentido de la evolución. A cada incorporación planetaria corresponde el desarrollo de uno de los siete estados de conciencia humana, y los órganos físicos respectivos se forman por la que sucede en cada estado planetario. En Júpiter el hombre tendrá un órgano físico más altamente desarrollado. En Venus existirá un órgano mediante el cual podrá desarrollar físicamente la conciencia que en el presente el iniciado tiene en el plano del devachan. Y en Vulcano existirá la conciencia espiritual que en el presente posee el iniciado cuando se encuentra en la región superior del devachan, en el mundo de la razón. En la próxima conferencia contemplaremos sucesivamente los distintos estados planetarios, pues así como antes, por ejemplo en los

períodos atlante y lemuriano, el aspecto de nuestra Tierra era distinto del de ahora y como en el futuro será distinto, así también la Luna, el Sol y Saturno tenían, dentro de su evolución, distintos estados, y en el mismo sentido pasarán por estados diversos, Júpiter y Venus. En esta conferencia hemos llegado a conocer la amplitud de los ciclos planetarios, y en la próxima vamos a considerar los cambios habidos en los mismos, mientras fueron el escenario de la evolución del hombre.

IX

La evolución planetaria (I)

Para comprender la evolución de la humanidad a través de las tres incorporaciones anteriores a la terrestre, las de Saturno, Sol, Luna, lo más adecuado será contemplar una vez más los estados del ser humano de sueño y ensueño. Cuando el hombre duerme, el vidente percibe el cuerpo astral y encerrado en el mismo el yo, como suspendidos sobre el cuerpo físico. El cuerpo astral está entonces fuera del cuerpo físico y el etéreo, pero permanece ligado con ellos. En cierto modo hace fluir corrientes hacia el cuerpo universal del cosmos, y al mismo tiempo está sumergido en el mismo, de modo que en el hombre que está dormido tenemos los cuerpos físico, etéreo y astral, pero este último extiende tentáculos hacia la corporalidad astral universal.

Si nos imaginamos este estado como permanente; si en este plano físico sólo se encontrasen hombres con el cuerpo físico impregnado por el cuerpo etéreo y suspendida sobre ellos un alma astral con el yo, esto sería el estado en que la humanidad se hallaba en la Luna, sólo que entonces el cuerpo astral no estaba muy separado del cuerpo físico, sino que estaba sumergido en el cuerpo físico con la misma fuerza con que se extendía en el cosmos. En cambio, si nos imaginamos el estado enteramente así como ahora reina durante el sueño, pero de tal manera que ni siquiera existe la posibilidad del ensueño, esto sería el estado en que la humanidad estaba en el Sol. Y si ahora nos imaginamos al hombre muerto, de modo que su cuerpo etéreo, unido con el cuerpo astral y el yo, también está desprendido, pero en forma tal que la ligación no está totalmente cortada, sino que lo que está fuera, en el seno de la masa cósmica circundante, irradia hacia adentro de la corporeidad física, obrando sobre ella, esto era el estado en que la humanidad se hallaba en Saturno. Abajo el globo saturnal únicamente contenía lo perteneciente a la corporeidad humana puramente física, envuelta, por así decirlo, en una atmósfera etéreo-astral, en cuyo seno se encontraban los yoes.

El ser humano efectivamente ya existió en Saturno, pero con una conciencia muy, muy opaca. La tarea de esas almas consistía en mantener activo lo que allí abajo formaba parte de ellas; desde arriba influían sobre su cuerpo físico. Así como el caracol

elabora su concha, dichas almas actuaban desde afuera como mediante un instrumento para la formación de los órganos físicos. Vamos a describir el aspecto de aquello sobre lo cual las almas influían desde arriba; y un poco tenemos que describir lo físico de Saturno y las condiciones en general de Saturno. Ya les he dicho que en la corporeidad física fueron elaborados los gérmenes de los órganos sensorios. En la superficie de Saturno las almas influían sobre lo que en el hombre vivía como germen sensorio. Ellas realmente se encontraban en el espacio cósmico alrededor de Saturno; y abajo estaba su lugar de obrar, donde ellas elaboraban los modelos típicos para ojos y oídos y otros órganos sensorios.

¿De qué consistía la calidad fundamental de la masa de Saturno? Es difícil de definirla, puesto que en el lenguaje corriente cuesta encontrar el término adecuado. Las palabras del lenguaje común están totalmente materializadas; sólo corresponden al plano físico. No obstante, hay una palabra que sirve para expresar el trabajo fino que allí se ejecutó. Se puede caracterizarlo mediante la expresión: reflejarse. La masa de Saturno tenía en todas sus partes la propiedad de reflejar lo que de afuera se le acercaba como luz, como sonido, olor, sabor. Todo se reflejaba, y este hecho en cierto modo se percibía como un reflejarse en el espejo de Saturno. Esto sólo se puede comparar con que, al mirar en el ojo del prójimo, se nos mira a nosotros, desde el mismo, nuestra propia imagen. De este modo se percibían a sí mismas todas las almas de los seres humanos, pero no solamente como imagen en colores, sino que ellas se saboreaban, percibían sus olores tenían de sí mismas una determinada sensación de calor. En esta forma Saturno era un planeta reflejante. Las almas que vivían en la atmósfera echaban en aquel sus naturalezas, y de las imágenes que así se formaban se generaban los gérmenes de los órganos sensorios, pues las imágenes ejercían un efecto creador. Quien se imagina hallarse ante un espejo en el cual se refleja la propia imagen, y que ésta empieza a obrar, porque no es una imagen muerta como en el caso de un espejo inánime como los de ahora, entonces tiene ante sí la actividad creadora de Saturno, la forma de cómo los hombres vivían en Saturno y hacían su trabajo.

Lo descrito tenía lugar abajo en el globo de Saturno; arriba las almas tenían la apagada conciencia en trance, a la que en la conferencia anterior me he referido. No sabían nada del reflejo, sino que solamente lo producían. En la apagada conciencia de trance tenían en sí todo el universo cósmico, y así su ser reflejaba todo el universo cósmico. Ellas mismas se encontraban en el seno de una substancia elemental espiritual. No eran independientes, sino tan sólo una parte integrante de la espiritualidad circundante de Saturno. Debido a ello no eran capaces de percibir espiritualmente. Espíritus superiores percibían por su intermedio. Eran los órganos de los Espíritus que en el período saturnal percibían.

Un gran número de Espíritus superiores se encontraban en torno de Saturno. Todo lo que el esoterismo cristiano ha llamado mensajeros

de la Divinidad, Angeles, Arcángeles, Principados, potencias reveladoras, pertenecía a la atmósfera de Saturno. Así como la mano forma parte del organismo, así también las almas pertenecían a dichas entidades, y así como la mano no tiene una conciencia por sí misma, así tampoco tenían aquellas una conciencia propia. Ellas obraban por influjo de la conciencia de Espíritus superiores, esto es, de la conciencia superior del universo, y de este modo configuraban las imágenes de sus órganos sensorios, imágenes que después llegaban a ser creadoras, e igualmente estructuraban la masa de Saturno. A ésta no hay que imaginársela tan densa como la actual masa de la carne humana. El estado más denso de Saturno que por último pudo alcanzar, no tuvo ni la densidad del aire físico de ahora. Saturno llegó a ser físico, pero sólo alcanzó la densidad que ahora se llama la densidad del fuego, del calor, al que la física del presente ya no considera como substancia. Pero para el ocultista el calor es una substancia más sutil que los gases, la que posee la propiedad de expandirse cada vez más. Y debido a que Saturno consistía de tal substancia, tenía la propiedad de dilatarse desde su interior, irradiarlo todo, reflejar. Tal cuerpo lo irradia todo, no tiene el deseo de retenerlo en sí.

Con todo, Saturno no fue una masa homogénea, sino de tal carácter que dentro de la misma se hubiera podido notar una diferenciación, una configuración. Más tarde los órganos se redondearon, adquiriendo el aspecto de células globulares; sólo que las células de ahora son diminutas, mientras que aquéllas eran formas esféricas grandes, similares a las de la mora, o zarzamora.

En Saturno no se hubiera podido percibir, pues todo reflejo irradiaba hacia afuera toda la luz que le llegaba. Dentro de la masa de Saturno reinaba absoluta obscuridad. Únicamente hacia el fin de su evolución Saturno despedía algún resplandor. En la atmósfera circundante de la masa de Saturno había cierto número de seres. La preparación de los gérmenes de los órganos sensorios no la hacía el hombre por sí solo, ya que la evolución del alma del hombre aún no había llegado a tal punto que hubiera podido obrar sola. Obraba juntamente con otras entidades espirituales -expresado de un modo trivial- bajo la dirección de ellas.

Determinadas entidades que en el período saturnal habían alcanzado el grado evolutivo del hombre, obraban entonces tan independientemente como el hombre de nuestro tiempo trabaja.

Ellas no podían tener la configuración del hombre actual, puesto que el calor fue la única substancia de Saturno. Pero en cuanto a su inteligencia y su conciencia del yo se hallaban en el nivel del hombre de ahora, sin que hubieran podido formar un cuerpo físico, un cerebro. Considerémoslas algo más concretamente.

El hombre del presente está constituido por cuatro principios: el cuerpo físico, el etéreo, el astral y el yo; además, preformado en el yo, el Yo espiritual, el Espíritu vital y el Hombre-Espíritu: Manas, Buddhi, Atma. La corporalidad física es el principio inferior, si bien considerándolo por sí solo, el más perfecto de nuestro planeta Tierra; le sigue el cuerpo etéreo, después el cuerpo astral y el yo. Pero

también hay seres que no tienen cuerpo físico y cuyo principio inferior es el cuerpo etéreo. Ellos no tienen necesidad de un cuerpo físico para obrar en nuestro mundo sensible; en su lugar tienen un principio por encima del séptimo humano. Otras entidades tienen el cuerpo astral como principio

inferior, y correspondientemente un noveno principio. Además hay entidades cuyo principio inferior es el yo y un décimo principio como el más alto. Considerando las entidades cuyo principio inferior es el yo, resulta que ellas se constituyen por el yo, el Yo espiritual, Espíritu vital y Hombre Espíritu, y después el octavo, noveno y décimo principio, o sea, lo que el esoterismo cristiano llama: Espíritu Santo, Hijo o Verbo, Padre.

En la literatura teosófica se acostumbra llamarlos los tres Logoi. Las entidades cuyo principio inferior es el yo, fueron precisamente aquellas que entran en consideración para nuestra contemplación de la evolución saturnal. Se hallaban entonces en el nivel evolutivo en que ahora está el ser humano. Podían obrar mediante su yo bajo condiciones totalmente distintas, como las he caracterizado. Eran los precursores de nuestra humanidad del presente, los hombres de Saturno. Mediante su yoidad, su naturaleza más exterior, irradiaban hacia la superficie de Saturno.

Ellas fueron quienes implantaban su yoidad en la corporalidad física que se formaba en la superficie de Saturno. Ellas velaban por la preparación del cuerpo físico de tal manera que más tarde el mismo pudiera llegar a ser el portador del yo. Únicamente un cuerpo físico como el que ahora se nos presenta, con pies, manos y cabeza, como asimismo los órganos sensorios, pudo hacerse portador del yo en el cuarto escalón, la Tierra. Para ello se le debió implantar el germen en Saturno. A esos seres de un yo, en Saturno, también se los llama Espíritus del Egoísmo. (A estos Espíritus se los llama en la "Ciencia Oculta" Espíritus de la Personalidad, Principados)

Egoísmo es una palabra de doble aspecto: de aspecto sublime y de despreciable. Si en Saturno y en los posteriores estados planetarios no se hubiera implantado, siempre de nuevo, la naturaleza del egoísmo, el hombre no hubiera alcanzado jamás el grado de un ser independiente, capaz de decir "yo" a sí mismo. A la corporeidad humana ya desde Saturno se le ha inculcado la suma de la fuerza que le da el sello de un ser independiente y que le separa de todos los demás seres. Para este fin tuvieron que obrar los Espíritus del Egoísmo, los Asuras. Entre ellos existen dos categorías, sin contar matices insignificantes. Una de las mismas es la que ha desarrollado el egoísmo de un modo noble, independiente y que se ha elevado a grados evolutivos cada vez más altos del sentido de libertad: la independencia sublime del egoísmo. Estos Espíritus condujeron a la humanidad a través de todos los posteriores períodos planetarios; se convirtieron en los educadores del hombre a la independencia. Pero en cada período planetario también hay Espíritus que han quedado retrasados en su evolución, que permanecieron estacionarios y no quisieron seguir progresando. Esto nos hará

conocer una ley: si lo supremo cae, si comete el "gran pecado" de no seguir con la evolución, llega a ser precisamente lo peor.

Por el decaimiento el noble sentido de libertad se ha pervertido en lo opuesto. Son los Espíritus de la tentación, los que apenas entran en consideración y que inducen al egoísmo más condenable. Hasta en el presente están en el mundo circundante, dichos

Espíritus malos de Saturno. Todo lo malo recibe su fuerza de los mismos.

Al haber concluido su evolución, cada uno de los planetas vuelve al estado espiritual y, por así decirlo, ya no existe, pues pasa por un estado de sueño, para salir del mismo más tarde.

También Saturno. Su próxima incorporación es el Sol, aquel Sol que se nos presentaría si mezcláramos como en un gran recipiente todo lo existente en el Sol, la Luna y la Tierra de ahora, juntamente con todos los seres terrestres y espirituales. Lo que caracteriza la evolución solar reside en que el cuerpo etéreo penetró en el cuerpo físico del hombre previamente preparado. La corporeidad del Sol es más densa que la de Saturno, la podemos comparar con la densidad del aire del presente. En el Sol la corporalidad física humana, el cuerpo propio al que el hombre se formó, resultó impregnado del cuerpo etéreo. El ser humano mismo pertenecía a un cuerpo aéreo, de un modo similar a como en Saturno a un cuerpo de calor. El cuerpo etéreo ya se encontraba abajo, pero en la atmósfera del Sol se hallaba el cuerpo astral con el yo, insertado en el gran cuerpo astral general del Sol y de allí influía hacia abajo, sobre el cuerpo físico y el etéreo, análogamente a como ahora durante el sueño, cuando el cuerpo astral está afuera y obra sobre el cuerpo físico y el etéreo. Así el ser humano preparaba los gérmenes de todo lo que en nuestro tiempo son los órganos del crecimiento, de la digestión y la procreación, y transformaba los gérmenes de los órganos sensorios, preparados en Saturno; algunos mantenían su carácter, otros se transformaban en glándulas y órganos del crecimiento. Todos los órganos del crecimiento y la procreación son órganos sensorios transformados, acogidos en el cuerpo etéreo.

Si se compara el cuerpo del Sol con Saturno, se nota cierta diferencia. Saturno todavía tenía el carácter de una superficie reflectora, reflejaba irradiando todo lo que recibía de sabor, olor, todas las percepciones sensorias. En el Sol era distinto, mientras que Saturno reflejaba directamente todo, sin apoderarse del mismo, el Sol se compenetraba de lo recibido y después lo irradiaba. Esto se debía a que tenía un cuerpo etéreo. Su cuerpo, penetrado del cuerpo etéreo, hacía lo mismo que ahora la planta hace con la luz del Sol: la recibe, se compenetra de ella y después la devuelve. Si se pone la planta en un lugar oscuro, pierde su color y se marchita. Sin luz no existiría la clorofila. En el

Sol nuestro propio cuerpo se impregnaba con luz, pero también con otros ingredientes; y así como la planta devuelve la luz, después de haberse fortalecido mediante ella, el Sol de aquel período la reflejaba, después de haberla transformado. Pero se impregnaba no solamente

con la luz, sino también con el sabor, olor, calor, con todo, y después lo irradiaba hacia afuera.

Por lo tanto nuestro propio cuerpo se hallaba en el Sol en el estado de los vegetales. No tenía el aspecto de una planta en el sentido actual, pues ésta no se generó sino en la Tierra. Lo que ahora tenemos en el interior de nuestro organismo, esto es, las glándulas, nuestros órganos del crecimiento y de la procreación, existía en el Sol tal como ahora en la Tierra las montañas y rocas. Transformábamos aquello como hoy se cultiva y se trabaja en una huerta. El Sol irradiaba reflejando el contenido del universo, resplandecía en los colores más hermosos. Del Sol emanaban sonidos maravillosos, un aroma delicioso. El Sol antiguo fue un ser maravilloso en el universo. Los hombres trabajaban en el Sol para desenvolver su propia corporeidad de un modo análogo a como ciertos seres, por ejemplo los corales, trabajan de afuera para la formación de su estructura. Esto se realizaba bajo la dirección de seres superiores, los que existían en la atmósfera del Sol.

Tenemos que hablar especialmente sobre una categoría de dichos seres, o sea, sobre los que en aquel período se encontraban en el nivel evolutivo en que ahora está el hombre. En Saturno existían los Espíritus del Egoísmo que implantaban el sentido de la libertad y el sentido de la independencia. Espíritus que entonces estaban en el nivel evolutivo del ser humano.

En el Sol había otros seres en este último nivel, seres cuyo principio inferior no era el yo, sino el cuerpo astral. Se constituían por el cuerpo astral, el yo, el Yo espiritual, el Espíritu vital y el Hombre Espíritu, además el octavo principio, al que el esoterismo cristiano llama Espíritu Santo, y finalmente como el noveno principio, el Hijo, el "Verbo" en el sentido del Evangelio de San Juan. Aún no poseían el décimo principio en su lugar tenían hacia abajo el cuerpo astral. Estos Espíritus obraban en el Sol, dirigiendo todo el trabajo astral. Del hombre de ahora se diferencian por el hecho de que este último respira aire, puesto que el aire forma la atmósfera de la Tierra. En cambio, aquellos Espíritus respiraban calor o fuego.

El Sol mismo era entonces algo así como una masa de aire. A su alrededor se encontraba la substancialidad que antes había constituido Saturno: el fuego, el calor. La parte que se había densificado había formado el Sol gaseiforme, y lo que no podía densificarse era un mar fluctuante de fuego. Esas entidades podían entonces vivir en el Sol de tal manera que inhalaban y exhalaban calor, fuego; por lo tanto se las llama Espíritus de Fuego. En el Sol estaban en el nivel evolutivo de la humanidad y trabajaban al servicio de la misma. Se las llama Espíritus del Sol o del Fuego. El ser humano tenía entonces el grado de conciencia del sueño, mientras que los Espíritus Sol-Fuego ya tenían la

conciencia del yo. Desde entonces siguieron desarrollándose y ascendieron a grados superiores de conciencia. En el esoterismo cristiano se los llama Arcángeles. y el Espíritu que alcanzó el más alto grado evolutivo, el que se hallaba en el Sol como Espíritu del Fuego y que en el presente está actuando en la Tierra, con la conciencia

evolutiva suprema, ese Espíritu del Solo del Fuego, es el Cristo, lo mismo que el Espíritu saturnal de evolución suprema es el Dios Padre. Resulta pues que para el esoterismo cristiano estaba encarnado en el cuerpo físico del Cristo Jesús un Espíritu Sol-Fuego, esto es, el supremo, el Soberano de los Espíritus del Sol. Para poder venir a la Tierra debió servirse de un cuerpo físico. Para poder actuar aquí debió vivir en las

mismas condiciones terrestres que el hombre.

Nuestro Sol es, por lo tanto, un cuerpo-Sol, en cierto modo un cuerpo del planeta Sol, con Espíritus de un Yo, los que son Espíritus de Fuego, y un Soberano de este Sol, el Espíritu-Sol de evolución suprema, el Cristo. Cuando la Tierra era Sol, dicho Espíritu había sido el Espíritu central del Sol. Cuando la Tierra era Luna había llegado a un grado evolutivo más alto.

Cuando la Tierra se hacía Tierra, dicho Espíritu había alcanzado el desarrollo supremo y permaneció con la Tierra, al haberse unido con ella, después del Misterio de Gólgota. De este modo El es el Espíritu planetario supremo de la Tierra. En el presente la Tierra es su cuerpo, lo mismo que entonces el Sol había sido su cuerpo. En virtud de ello se debe entender literalmente lo expresado por el evangelista Juan: "El que come pan conmigo, pone sobre mí los pies". Pues la Tierra es el cuerpo de Cristo, y cuando el hombre que come el pan tomado del cuerpo de la Tierra, camina sobre ésta, está poniendo los pies sobre el cuerpo de Cristo. Hay que tomar literalmente estas palabras tal como en general todos los documentos religiosos se deben entender literalmente. Pero primero hay que conocer el verdadero significado de la letra, para luego buscar el espíritu.

Finalmente, otro hecho: Dentro de la masa del Sol no todos los seres alcanzaron el grado evolutivo a que acabo de referirme.

Algunos quedaron retrasados en el nivel del período saturnal. No fueron capaces de acoger en sí mismos lo que irradiando penetraba en el espacio planetario y de reflejarlo, una vez acogido. Debían devolverlo directamente sin poder compenetrarse de ello. Debido a este hecho, dichos seres aparecieron en el Sol como una suerte de englobamientos oscuros, como algo incapaz de irradiar luz propia. y debido a que estaban encerrados en la masa solar, envueltos por una masa que irradiaba luz propia, aparecían como lugares oscuros. Por eso debemos distinguir entre regiones solares que irradiaban hacia el espacio cósmico lo que habían recibido, y las partes que no podían irradiar nada; estas últimas aparecían como intercalaciones oscuras dentro de la masa solar, como seres que en Saturno no habían progresado. Lo mismo que en el cuerpo humano no hay por todas partes glándulas y órganos de crecimiento, sino que en el mismo se encuentran también elementos inánimes, englobados, el Sol tenía en sí esas intercalaciones oscuras.

Nuestro Sol de ahora es la continuación de la antigua masa solar-terrenal. Ha arrojado de sí la Luna y la Tierra, reteniendo lo más excelso. Lo que en la antigua masa solar existía como restos de Saturno, se halla en el Sol de ahora como rudimentos en forma de las

llamadas manchas del Sol; estas son los últimos rudimentos de Saturno, que en la luciente masa del Sol permanecieron como intercalaciones oscuras. La sabiduría oculta revela las fuentes espirituales inexploradas de los hechos físicos.

En cambio, la ciencia física registra las causas físicas de las manchas del Sol, pero las causas espirituales residen en aquellos remanentes de Saturno.

Preguntemos ahora: ¿Cuáles fueron los reinos de Saturno? Uno solo, cuyos últimos rudimentos se conservan en el mineral de ahora.

Cuando hablamos del paso evolutivo del hombre por el reino mineral, no debemos pensar en el mineral de ahora, antes bien hemos de imaginarnos que nuestros ojos, oídos y demás órganos sensorios son los últimos estados evolutivos del mineral de Saturno, los que en nuestro organismo son en el mayor grado de carácter físico, mineral. El aparato del ojo es como un instrumento físico que después de la muerte permanece incólume durante cierto tiempo.

En el Sol el reino único de Saturno asciende a cierto estado vegetal.

El cuerpo propio del ser humano se le presenta como una planta. Lo retrasado como reino saturnal fue una suerte de reino mineral del Sol y tenía el carácter de órganos sensorios atrofiados que no podían llegar a cumplir su finalidad. Pero todos los seres del Sol con carácter de cuerpos humanos en desarrollo, aún no tenían en sí un sistema nervioso; este último sólo llegó a englobarse en la Luna, por el actuar del cuerpo astral.

Los vegetales de ahora tampoco poseen un sistema nervioso, y debido a ello tampoco tienen la facultad de sentir. Es un error atribuirles sensación.

Pero los referidos cuerpos astrales, particularmente los de los Espíritus del Fuego hacían fluir cierta corriente en la corporeidad que existía allí abajo como cuerpos físicos y etéreos. Estas corrientes luminosas se dividían de un modo arboriforme. El último rudimento de estas afluencias en el Sol, las que más tarde se densificaron para tomar formas exteriores, es el órgano que conocemos como el plexo solar, como la última reminiscencia de las antiguas afluencias en el Sol, densificadas a la substancialidad. De ahí el nombre plexus solaris. Los cuerpos de los seres humanos en el Sol los debemos imaginarnos como si de arriba penetrasen en ellos rayos que se entrelazan de un modo arboriforme, quiere decir que el Sol se nos presenta en las numerosas ramificaciones de nuestro plexo solar. Las mismas se representan en la mitología germana por medio del Fresno del Mundo, el que, por cierto, tiene además otros significados.

Finalmente el Sol pasó al estado de sueño y se transformó en lo que en sentido oculto llamamos la Luna. Con ella se nos presenta una tercera incorporación de la Tierra con la cual nuevamente aparece un Espíritu central. Así como el soberano supremo de Saturno, el Espíritu- Yo, nos aparece como Dios Padre; el soberano supremo, el Dios supremo del Sol, el Dios Sol, aparece como el Cristo, así nos aparecerá el soberano de la configuración lunar de la Tierra, como Espíritu Santo, con sus huestes que en el esoterismo cristiano se llaman los Mensajeros de la Divinidad, los Angeles.

Con lo ahora expuesto hemos descrito dos días de la Creación que en el lenguaje esotérico se denominan Dies Saturni y Dies Solis. A estos sigue Dies Lunae, el Día Luna. Siempre se ha sido consciente de que existían divinidades dirigentes de Saturno, Sol y Luna. La palabra "dies"=día y "deus"=Dios tienen el mismo origen, de modo que "dies" se puede traducir lo mismo con "día" como con "divinidad"; quiere decir que en lugar de "Dies Solis" lo mismo podemos decir día Sol como Dios Sol, la que al mismo tiempo significa Espíritu Cristo.

X

La evolución planetaria (II)

En la conferencia anterior hemos hablado de dos distintas incorporaciones de nuestro planeta, o sea, las incorporaciones Saturno y Sol, y les hago recordar brevemente que en el planeta Sol como precursor de nuestro planeta Tierra el ser humano se había formado hasta el punto de tener un cuerpo físico y un cuerpo etéreo, es decir que había alcanzado una suerte de existencia vegetal. Pero les he relatado cuán distinto había sido aquel estado vegetal de lo que ahora tenemos en el reino vegetal a nuestro alrededor, pues veremos que las plantas que ahora existen en el mundo que nos circunda sólo llegaron a formarse en nuestro planeta Tierra. En cierta manera también he descrito que por el hecho de que en el Sol los precursores humanos tenían un cuerpo etéreo, podían desarrollar en el cuerpo físico principalmente los órganos que ahora conocemos como glándulas, como asimismo los órganos del crecimiento, de la procreación y nutrición. Todo esto existía en el Sol tal como en nuestra Tierra hay rocas, piedras y plantas. Fuera de ello existía un reino que podemos llamar un reino saturnal retrasado que contenía la disposición al futuro mineral; hago notar: no hay que pensar en el mineral como ahora lo conocemos, pero sí en cuerpos que, por así decirlo, no habían adquirido la capacidad de acoger en sí mismos un cuerpo etéreo y que debido a ello habían quedado retrasados en el nivel mineral, por el cual el ser humano había pasado en Saturno. Debemos pues hablar de dos reinos que en el Sol se desarrollaron. En la literatura teosófica es costumbre decir que el ser humano ha pasado por el reino mineral, el reino vegetal y el reino animal. Se nota que esto es una forma de expresión inexacta. El reino mineral en Saturno tenía una configuración bien distinta; en sus formas estaban delineados los primeros gérmenes, los indicios de nuestros órganos sensorios. Tampoco existía en el Sol un reino vegetal como el de ahora, sino que de naturaleza vegetal era todo aquello que en el hombre del presente actúa como órganos del crecimiento, principalmente todos los órganos glandulares. Tenían el carácter vegetal porque estaban penetrados del cuerpo etéreo. Ahora hemos de imaginarnos que el estado solar pasó por una suerte de sueño, por un obscurecimiento, un estado latente. Pero no hay que pensar que el período de transición de un planeta a través de tal

estado de sueño fuese un período de inactividad, inanidad. No lo es, como tampoco lo es la estancia del hombre en el devachan. El devachan humano no es un estado de inactividad, antes bien hemos visto que allí el hombre está en continua actividad, colaborando de la más importante manera en la evolución de nuestra Tierra. Unicamente para la conciencia humana del presente ese estado parece ser una suerte de sueño, mientras que para otra conciencia se muestra como un estado realmente mucho más activo. Todos esos estados son un transitar a través de estados celestes superiores durante los cuales acontecen hechos importantes para los planetas. Según la expresión teosófica se los llama "pralaya".

Hemos de imaginarnos que el Sol pasó por semejante estado y que del estado solar se ha desenvuelto lo que en el ocultismo se llama el tercer estado de nuestra Tierra, la Luna. Quien hubiera podido observar este suceso hubiera percibido aproximadamente lo que sigue. En el curso de millones de años hubiera observado el transformarse y el desvanecerse del estado solar, y después de ulteriores millones de años su reaparición al cabo de un estado crepuscular. Con ello comenzó el ciclo lunar.

Al principio, después de haber reaparecido el brillo del Sol no se podía hablar de una separación de Sol y Luna, sino que ambos formaban un todo como durante el período solar. En primer lugar sucedió lo que se llama una repetición de los estados anteriores. En cierto nivel superior se repitió lo sucedido en Saturno y Sol, y entonces tuvo lugar un singular cambio en cuanto al estado del Sol reaparecido: se desprendió la Luna del Sol, y del antiguo sistema solar se formaron dos planetas, o bien una estrella fija y un planeta; se formó una masa mayor, y otra menor, Sol y Luna. La Luna de la que ahora estamos hablando, contenía no solamente lo que contiene la Luna de ahora, sino todo lo que como diversas substancias y diversos seres contienen la Tierra y la Luna de ahora, conjuntamente. Mezclándolo todo, se nos daría la Luna del período a que ahora me refiero y que entonces se desprendió del Sol. El Sol se convirtió en estrella fija debido a que arrancó para sí las mejores substancias, conjuntamente con las respectivas entidades espirituales. Cuando aún había sido Sol planetario, contenía todo lo mencionado, pero por el hecho de haber entregado a un planeta autónomo todo lo que hubiera impedido el ulterior desarrollo de los seres, se convirtió en estrella fija. A raíz de ello se nos presenta ahora el cuadro impresionante de un cuerpo cósmico de superior categoría, como estrella fija, y alrededor de ésta, moviéndose en el espacio, un planeta de menor categoría, la Luna; quiere decir el conjunto de la Luna y la Tierra del presente.

Aquel movimiento de la Luna alrededor del Sol era totalmente distinto del movimiento de la Tierra actual. Observando este último se distinguen entre sí dos movimientos, pues nuestra Tierra se mueve alrededor del Sol e igualmente por su propio eje. A causa de este movimiento, el que se realiza aproximadamente 365 veces por año, se producen, como se sabe, día y noche, por el primero resultan las cuatro estaciones del año. En la Luna antigua no fue así. En cierto

sentido la misma era para con el Sol un cuerpo más "cortés" de lo que es nuestra Tierra, pues aquella se movía alrededor del Sol de tal manera que siempre le mostraba el mismo costado; jamás le mostraba la parte de atrás. Durante una vuelta por el Sol giraba una sola vez por su propio eje.

Pero semejante diferencia de movimiento ejerce un importante efecto sobre los seres que en tal planeta se desarrollan.

Ahora he de describirles dicho estado planetario de la Luna. Al respecto ante todo debo decir que el ser humano mismo en cuanto a su evolución había dado otro paso más que en el Sol y en Saturno; había alcanzado el estado de que ahora se constituía no solamente por los cuerpos físico y etéreo, sino que también poseía el cuerpo astral, de modo que tenemos un ser humano compuesto de cuerpo físico, cuerpo etéreo y cuerpo astral, pero sin tener el yo. Como resultado de ello el hombre lunar avanzó precisamente al tercer estado de conciencia que hemos descrito, esto es, la conciencia de imágenes, cuyo último rudimento tenemos en la conciencia de las imágenes del ensueño del

hombre de ahora. Resulta que, debido a la adición del cuerpo astral a los otros dos, se produjeron cambios en estos últimos, principalmente en el cuerpo físico. Hemos visto que en el Sol el cuerpo físico tenía como lo superior los órganos glandulares, y que en determinadas partes había irradiaciones que más tarde se endurecían para formar el plexo solar de ahora. Por el obrar del cuerpo astral sobre el cuerpo físico se generaron en la Luna los primeros elementos del sistema nervioso. Se entretajeron los nervios que de un modo parecido existen en el presente como los nervios de la médula dorsal.

Téngase presente lo que sigue: el ser humano aún no poseía el yo independiente, solamente los tres cuerpos mencionados. El yo humano se hallaba en la atmósfera alrededor de la Luna al igual que antes el cuerpo etéreo en Saturno, y el cuerpo astral en el Sol; y desde dicha atmósfera el yo, en el seno de la substancia divina primaria, influía sobre el cuerpo físico. Si ahora tenemos en cuenta que en aquel período el yo todavía obraba dentro de la jerarquía de los seres divinos, quiere decir que aún no se había separado, no había caído de la entidad divino-espiritual, resulta que el yo en su camino hacia la existencia terrenal en cierto sentido ha experimentado una suerte de disminución, y también una suerte de mejoramiento. Un mejoramiento por el hecho de que el yo ha llegado a ser independiente, un menoscabo por el estar expuesto a la incertidumbre, a los errores ya toda clase del mal.

Los yoes obraban en base a la substancia divino-espiritual.

Cuando un yo de nuestro tiempo obra desde el plano astral sobre el plano físico, se trata de una alma grupal de los animales.

De un modo parecido a como tales almas grupales influyen ahora sobre los animales, el yo humano influía entonces sobre los tres cuerpos, sólo que era capaz de generar cuerpos más perfectos que el cuerpo del animal de nuestro tiempo, porque el yo humano actuaba por lo que le daba la substancia divina. En la Luna había seres vivientes que por su aspecto exterior y todo lo demás

tenían un grado evolutivo superior a los simios más perfectos del presente, pero no tan elevados como el hombre de ahora; existía un reino intermedio entre la humanidad del presente y el reino animal. Después había dos reinos más, ambos de evolución retrasada: uno que en cierto modo, por la evolución desde el estado solar, no había alcanzado la capacidad de acoger el cuerpo astral, es decir que permanecía detenido en el nivel en que los órganos glandulares se encontraban en el Sol.

Este segundo reino lunar se hallaba en el nivel entre los animales y las plantas de ahora, como una especie de animal-vegetal.

En la Tierra del presente no existen seres parecidos, sólo se pueden encontrar rudimentos de tales seres. Existía además un tercer reino que ya en el Sol había conservado el estado saturnal, un reino entre los minerales y los vegetales. Resulta pues que en la Luna había tres reinos, el mineral-vegetal, la planta-animal y el animal-humano.

En la Luna todavía no existían los minerales de ahora que forman el suelo que pisamos; no había rocas, ni tierra laborable, ni formación de humus. El reino inferior se hallaba en el nivel entre la planta y el mineral, y este reino formaba toda la substancia de la Luna. La superficie de la Luna era más o menos semejante al actual terreno turboso en el que hay plantas que están a punto de formar algo así como una pasta vegetal; y los

seres lunares caminaban sobre una masa pastosa mineral-vegetal.

Así fue la Luna durante un determinado período de su evolución.

También se lo puede comparar con una masa vegetal cocida. No había rocas en sentido actual. Lo más avanzado eran ciertos englobamientos comparables con la materia formada por la madera o la corteza de ciertos árboles. Las montañas de la Luna consistían de tales endurecimientos, o masas leñosas de pasta vegetal endurecida, algo parecido a planta desecada. Era el proceso preparatorio del reino mineral. En tal suelo crecían los animales-vegetales, los que no podían hacer movimientos libres, pues estaban fijos en el suelo, tal como ahora los corales.

En mitos y sagas que contienen profunda sabiduría de los iniciados se conserva un recuerdo. Me refiero al mito de la muerte de Baldur.

Otrora el Dios germano del Solo de la Luz, tuvo un sueño que le anunciaba la proximidad de su muerte, por cuyo motivo se entristecieron los dioses llamados los Asen quienes le amaban mucho. Ellos pensaron en encontrar los medios para salvarle. Frigg, la madre de los dioses hizo jurar a todos los seres de la Tierra de no matar jamás a Baldur. Todos juraron, de modo que parecía imposible que Baldur pudiese encontrar la muerte. Sucedió una vez que los dioses, entregados al juego, tiraron los más diversos objetos contra Baldur, pero sin herirle; ellos sabían que él era invulnerable. Pero Loki, el adversario de los Asen, el Dios de las Tinieblas, pensó en matar a Baldur. Loki llega a enterarse de que Frigg ha hecho jurar a todos los seres de la Tierra de no matar a Baldur. Empero, por allá lejos había una planta, el muérdago, considerado como inofensivo, por lo cual no se le había tomado el juramento; y Frigg lo hizo saber a Loki, quien con astucia llevó el muérdago a Hedur, el Dios ciego; y éste,

ignorando la gravedad de su acción, mató a Baldur mediante el muérdago. Así se cumplió por medio del muérdago lo anunciado por el sueño. En las costumbres populares siempre se le daba importancia a esta planta, como expresión de algo misterioso que causa miedo. Las enseñanzas de los antiguos Misterios, como los de los druidas, acerca del muérdago, siguieron vivas en las sagas y se transmitieron en las costumbres populares.

La verdad correspondiente es la que sigue. En la antigua Luna existía dicha pasta mineral-vegetal, y en ella crecían los animales-vegetales de la Luna, los que siguieron desarrollándose para alcanzar en la Tierra estados evolutivos más altos. Pero hubo también los que permanecían retrasados en el nivel lunar, y cuando apareció la Tierra sólo pudieron adoptar una forma atrofiada, teniendo que conservar el hábito que en la Luna les era propio. Sólo podían vivir en la Tierra sobre la base vegetal, como parásitos. A esto se debe que el muérdago crece sobre otros árboles, porque también es un resto retrasado de los animales-vegetales de la antigua Luna. Baldur representaba la expresión del progreso de la evolución, de aquello que en la Tierra da luz, mientras que Loki es el representante de las potencias sombrías, del elemento retrasado; él odia lo progresado, lo que sigue desarrollándose, quiere decir que Loki es el adversario de Baldur. Todos los seres terrestres fueron incapaces de emprender algo contra Baldur, el Dios que dió Luz a la Tierra, porque ellos eran sus semejantes que habían tomado parte de la evolución. Sólo el elemento retrasado en el nivel lunar que se sentía ligado al antiguo Dios de las Tinieblas, fue capaz de matar al Dios de la Luna. El muérdago también es un remedio eficaz, como en general las substancias tóxicas son remedios. Resulta pues que en lo profundo de las antiguas sagas y costumbres populares encontramos sabiduría cósmica.

Ahora les hago recordar que en Saturno había entidades que tenían el yo como el cuerpo más exterior, y que en el Sol había otras que tenían el cuerpo astral como el más exterior. En la Luna había entidades cuyo cuerpo más exterior era el etéreo y que se constituían por el cuerpo etéreo, el cuerpo astral, el yo, el Yo espiritual, el Espíritu vital, el Hombre Espíritu, y otro principio más, el octavo contando el cuerpo físico como el primero. El octavo es un principio del cual con respecto al hombre del presente todavía no podemos hablar, esto es el Espíritu Santo. Sólo como seres espectrales nos hubiera sido posible percibir a dichas entidades en su cuerpo etéreo. Ellos tenían entonces el mismo valor evolutivo que el hombre del presente. El esoterismo cristiano los llama Angeles. Son seres que ahora están inmediatamente por encima del ser humano, porque en la evolución han ascendido hasta el grado del Espíritu Santo. También se los llama Espíritus del Crepúsculo, o Pitri Lunares.

Los Espíritus de la Yoidad tenían en Saturno un conductor, un Ser al que se llama el Dios Padre. En el Sol, los Espíritus del Fuego tenían al Cristo como conductor, o sea el Logos en el sentido del Evangelio de San Juan. En la Luna el conductor de los Espíritus del Crepúsculo era el Ser al que en el Cristianismo se le llama el Espíritu Santo. Los seres

que en la Luna habían pasado por el grado de humanidad no tuvieron necesidad de

descender aquí en la Tierra hasta a la figura del cuerpo físico.

Las formaciones planetarias llegaron a ser cada vez más densas. En su estado más denso Saturno sólo tenía la densidad de la substancia del calor. El estado más denso del Sol era el mismo que ahora tienen los gases, el aire; pero es cierto que hemos de imaginarnos dichas substancias como algo más densas que la substancia calor y los gases de ahora. En el período lunar las substancias gaseosas se densificaron de tal manera que ello dio por resultado la masa pastosa, esponjosa, densamente acuosa, de la cual consistían todos los seres de la Luna, inclusive los superiores, los hombres-animales. Si nos imaginamos la parte blanca del huevo de gallina, pero algo más densa, tenemos aproximadamente dicha substancia; y en la misma se introdujo el sistema

nervioso del hombre.

En torno de la antigua Luna había una suerte de atmósfera, pero de otra conformación que la atmósfera terrestre. Se nos da el carácter de la respectiva substancia si recordamos un pasaje del "Fausto " de Goethe, donde Mefistófeles quiere elevarse con

Fausto hacia la altura mediante la capota. Mefistófeles quiere hacer aire ígneo; esto sería aire mezclado con una substancia acuosa-nebulosa. Los seres de la Luna respiraban este aire penetrado de substancias acuosas, se lo llama aire ígneo, o también neblina ígnea. Dichos seres e incluso los seres superiores no tenían pulmones, hacían la respiración a través de una especie de branquias, como los peces de ahora.

El aire ígneo, llamado Ruach en la tradición hebrea, en cierto modo efectivamente pudo producirse. Para la humanidad de nuestro tiempo se ha perdido este Ruach, pero los alquimistas antiguos sabían establecer las condiciones correspondientes, y esto les permitía hacer servidores de ellos a los seres elementales. Esto quiere decir que en los tiempos alquimistas la neblina ígnea había sido algo bien conocido, y cuanto más nos remontemos en el tiempo, tanto más tenían los hombres la posibilidad de producirlo. Nuestros precursores en la Luna la respiraban y en el curso de la evolución la neblina ígnea se transformó en el aire del presente como asimismo en aquello que se generó por la influencia del fuego.

En la atmósfera lunar humosa, vaporosa, de cierto grado de calor aparecían corrientes, en ciertos tiempos más, en otros tiempos menos, las que como cordones pendían en el aire y se sumergían en los cuerpos humanos. De un modo parecido a como ahora la criatura en el seno de la madre pende del cordón umbilical, el cuerpo humano en la Luna pendía de una especie de cordón que se extendía por la atmósfera. Era como un cordón umbilical cósmico y desde el aire ígneo penetraban en los cuerpos substancias comparables con lo que el hombre mismo ahora produce como sangre. Pero el yo se hallaba

fuera del ser humano ya través de dichos cordones enviaba a los cuerpos algo parecido a la sangre, y tal sustancia fluía de ellos y en ellos. Los seres jamás tocaban la superficie de la Luna; se movían cernidos y como fluyendo alrededor de ella. Esos hombres animales lunares se movían como ahora se mueven los animales acuáticos. El hacer fluir dichas savias en los hombres era el trabajo de los Angeles, los Espíritus del Crepúsculo.

Estas condiciones tan distintas tenían por consecuencia otro hecho. En la Luna se originó una suerte de sistema sanguíneo.

Desde el cosmos fluía, entrando y saliendo una sustancia parecida a la sangre, y con esto surgió una facultad de esos hombres animales lunares, la que sólo aparece con la sangre: el primer sonar interior a raíz de experiencias anímicas. En los seres sólo se produce el sentimiento cuando tienen el cuerpo astral, y de un modo singular podía manifestarse en ellos tal sentimiento por medio de sonidos. No se producían realmente sonidos, pues estos seres no hubieran podido exclamar su dolor, quiere decir no existía un gritar, un producir sonidos de un modo independiente, sino que ello coincidía con determinadas experiencias.

En determinadas estaciones del año sucedía en la Luna lo que se podría llamar un surgir del instinto de reproducción; y los seres podían expresar mediante sonidos las experiencias interiores correspondientes; por lo demás permanecían callados.

En una determinada estación del año, con una determinada posición de la Luna con respecto al Sol, la antigua Luna resonaba hacia el cosmos. Los seres exclamaban su instinto hacia el universo. En los gritos de ciertos animales, como por ejemplo, en el bramar del ciervo se han conservado rudimentos de aquel hecho. Ese gritar era más bien la expresión de sucesos generales, no de experiencias individuales que se manifestaban a voluntad; era la expresión de un acontecer cósmico.

Todo lo que precede ha de considerarse como relatos aproximados, pues tenemos que servirnos de palabras acuñadas para hechos de nuestro período terrestre. Sería necesario inventar primeramente el lenguaje que nos permitiría expresar lo que percibe el ojo del vidente. No obstante, estos relatos tienen importancia, pues abren el camino para llegar a la verdad. Sólo por la imagen, por la imaginación encontramos el camino hacia

la concepción. Es preciso que no nos formemos conceptos abstractos, ni esquemas, o tal caso descripciones gráficas; antes bien hace falta hacer surgir en nosotros mismos imágenes. Esto nos conduce por el camino directo, nos da el primer grado de conocimiento. Así como es cierto que ya en aquel tiempo el ser humano con sus fuerzas participaba de lo entonces acontecido, así también, si ahora nos representamos aquellos estados, encontraremos el camino a la concepción correspondiente.

Después de que en la Luna todos los seres habían pasado por la evolución que les permitía elevarse a grados superiores, llegó el tiempo de volver a unirse en un solo cuerpo, la Luna y el Sol, para

entrar en el pralaya. Después de haber pasado conjuntamente por el estado latente, apareció irradiando una nueva existencia: el primer preanuncio de nuestro estado terrestre. Se repitieron brevemente en un nivel superior los primeros tres estados; primero el período saturnal, luego el período solar, y después volvió a desprenderse la Luna, para girar alrededor del cuerpo restante. Pero esta Luna aún tenía en sí misma la Tierra.

Más tarde se produce un cambio sumamente importante. Todo lo que es Tierra arroja de sí la Luna actual, las peores sustancias y entidades, lo inservible. Esto lo contiene la Luna del presente. Todo lo que en la antigua Luna había sido sustancia esponjosa-acuosa, existe en estado congelado en la Luna actual -físicamente comprobable- y lo apto para la ulterior evolución subsistió como Tierra. La evolución hacia estados superiores se produce en la Tierra por medio de la división del antiguo Sol en los tres cuerpos: Sol, Luna Tierra. Esta división tuvo lugar hace muchos miles de años, durante el antiguo período lemuriano, cuando los seres de la antigua Luna, los vegetales minerales, los animales vegetales, los hombres animales, se transformaron en el mineral, la planta, el animal y el hombre de ahora; el hombre que alcanzó la capacidad de acoger en sí mismo el yo que antes se cernía en torno suyo, y que estaba unido con la Deidad. La unión del yo con el ser humano tuvo lugar después de la separación del Sol, Luna y Tierra, y a partir de ese momento el ser humano adquirió la capacidad de desarrollar en sí mismo la 'sangre roja y de ascender a su nivel actual.

XI

La evolución terrestre de la humanidad (I)

En nuestra contemplación hemos llegado al punto evolutivo en el que la Tierra ha concluido el llamado estado lunar.

También hemos visto que al estado lunar de la Tierra siguió un estado de sueño de todo el sistema. Naturalmente, hay que imaginarse que todos los seres que habitan tal planeta toman parte de estos estados interinos y de transición de tal manera que durante los mismos tienen otras experiencias que en el curso de los estados evolutivos exteriores. Vamos a considerar lo experimentado por dichos seres durante el estado interino entre el período lunar de la evolución de la Tierra y el período terrestre como tal.

Hemos visto que en la Luna vivían tres categorías de seres como precursores -por decirlo así- de los reinos actuales de la Naturaleza: minerales vegetales, vegetales animales y animales humanos. El ser humano mismo estaba en la antigua Luna en un estado de la aún no desarrollada conciencia del yo; quiere decir que el hombre todavía no había llegado a tener un yo dentro de un cuerpo como su morada.

Durante el estado interino sucedió algo muy importante para la parte espiritual -si cabe la expresión- del ser humano.

Para representarnos correctamente el antiguo globo lunar, en cierto modo lo podemos caracterizar como un ser de una vida propia, comparable con la de un árbol en que habitan toda clase de seres, pues la Luna misma como un todo era una especie de mineral vegetal. Sus rocas no eran otra cosa que una cierta masa mineral-vegetal endurecida; sus vegetales animales crecían en el suelo de esta masa, y lo que podemos llamar animales humanos giraba alrededor de la Luna. Igualmente tenemos que imaginarnos que todo lo que era conciencia del yo aún vivía -más o menos- en la atmósfera de la Luna, dentro de aquella neblina ígnea, como una parte, como uno

de los principios de la entidad superior, en la cual se hallaban todos los yoes que en nuestro tiempo están en el cuerpo, separados unos de otros por la epidermis. Quiere decir que aún no existían hombres caminantes como ahora, dotados de la conciencia del yo. Pero en su lugar existía otro aspecto mucho más desarrollado que en la Tierra. Sabemos que en la Tierra del presente ha llegado a ser un concepto bastante abstracto lo que se llama Alma del Pueblo, Alma de la raza. Muchos opinan que lo realmente verdadero es el alma humana individual, la que vive en el cuerpo; y cuando se habla de las Almas del Pueblo, el alemán, el francés, el ruso, la gente lo considera como algo más bien abstracto, como el concepto general, como la suma de las cualidades de los individuos de esos pueblos. Para el ocultista no es así, de modo alguno. Lo que se llama Alma del pueblo alemán, francés, ruso, es para él algo que existe de un modo absolutamente independiente, pero en la existencia terrestre del presente el Alma del Pueblo sólo existe espiritualmente, perceptible para quien es capaz de ascender al plano astral. Allí no sería posible negarla, pues allí existe efectivamente como ser viviente.

Allí uno se encontraría con el Alma del Pueblo lo mismo que en el plano físico nos encontramos con nuestros amigos.

En la antigua Luna mucho menos se hubiera negado al Alma de grupos, pues en aquel período tenía aún una existencia mucho más real. El Alma del Pueblo, o de la raza, hacía fluir la corriente sanguínea en los cuerpos de los seres que giraban alrededor de la Luna. El hecho de negar los seres que verdaderamente viven en el plano astral y que no son perceptibles aquí en el plano físico, esto es algo que pertenece al destino de nuestra época. Precisamente nos encontramos ahora en la cúspide de la evolución materialista, la que tiende a negar la existencia de semejantes seres como lo son las Almas de un pueblo o de una raza.

Entre otros acontecimientos apareció últimamente un libro muy característico para el cual se hace mucha propaganda, un libro al que con razón se considera y se elogia como expresión de nuestro pensar abstracto y objetivo, pues ha sido escrito según el sentimiento del hombre de nuestro tiempo. Realmente hacía falta escribirlo. En el

mismo se niega todo lo que no se puede percibir con los ojos y no tocar con las manos.

Desde el punto de vista del ocultista este libro es un escándalo, pero un libro excelente desde el punto de vista del modo de pensar actual. Me refiero al libro de Fritz Mauthner (1849-1923) "Crítica del Lenguaje". En el mismo se desechan radicalmente todas las cosas que no se pueden tocar con las manos.

Nuestro tiempo debió producirlo como una necesidad. No lo digo para criticar sino para caracterizar el contraste entre el pensar oculto y el del tiempo moderno. En este libro se puede conocer exactamente lo opuesto del modo de pensar oculto; es el más perfecto producto de una corriente cultural en extinción del presente. Desde tal punto de vista es realmente excelente.

Será comprensible que en la antigua Luna efectivamente existía una conciencia común en mayor grado que aquí en la Tierra, donde el hombre se siente como individuo aislado. En la Luna era diferente, pues reinaba vivamente el Alma grupal, la que más tarde apareció en la Tierra en forma tan rarificada, como Alma del Pueblo. Todo el globo lunar tenía una conciencia común en alto grado, y esta conciencia común se sentía

a sí misma como de índole femenina; y -como lo sabemos- el Sol bañaba con sus rayos la Luna. Y al Sol se lo sentía como de índole masculina. Esto lo expresa el antiguo mito egipcio, donde la Luna aparece como Isis, de carácter femenino, el Sol como Osiris, de carácter masculino; solo que en la Luna faltaba absolutamente la conciencia del yo, encerrada en el cuerpo humano. Esta conciencia la contenía la atmósfera de la Luna.

Durante el estado interino diversas entidades obraron desde la atmósfera de la Luna en tal sentido que el cuerpo etéreo y el cuerpo astral del ser humano alcanzaron la capacidad de acoger la conciencia del yo. ¿Qué apareció cuando el Sol que aún contenía la Luna y la Tierra, volvió a brillar? En torno del globo solar, despertado nuevamente, se encontraban entonces los seres que ahora constituyen vuestras almas; ellos estaban en torno del globo solar en tal forma que poseían la conciencia del yo incorporada en los cuerpos astral y etéreo durante el estado interino. El cuerpo físico aún no la poseía; por de pronto el mismo volvió a aparecer como animal humano, tal como había existido en la Luna. En esta forma las dos partes ya no estaban concordantes, como esto había sido el caso en la Luna.

Lo que se había sumergido en los cuerpos astral y etéreo, ya no estaba bien concordante con la que existía abajo, y la consecuencia de ello fue que, antes de posibilitar la concordancia hacía falta repetir los anteriores estados de Saturno, Sol y Luna, de modo que hubo tres repeticiones antes de aparecer realmente nuestra Tierra.

En primer lugar apareció el estado saturnal con los cuerpos físicos de los hombres animales, pero en cierto respecto ya no tan sencillos como habían sido en Saturno, cuando existían los gérmenes de los órganos sensorios, mientras que ahora ya se habían agregado los órganos glandulares y nerviosos, pero incapaces de acoger lo que se

hallaba arriba. Por esta razón debió realizarse una breve repetición del estado saturnal. Los Espíritus de la Yoidad, de la Personalidad, debían volver a obrar sobre los cuerpos físicos con el fin de implantarles la capacidad de acoger el yo. Después debía repetirse el estado solar para que los cuerpos físicos, con respecto a los desarrollados en el

Sol, se hiciesen capaces de acoger un yo, y lo mismo el estado lunar para que también el sistema nervioso se hiciese apto para ello. Repito que primero hubo una suerte de repetición del estado saturnal, durante la cual los seres que antes habían sido animales humanos, caminaban por la Tierra como autómatas, como algo parecido a máquinas. Luego llegó el tiempo en el que la repetición del estado saturnal se transformó en el estado solar. Los cuerpos humanos eran entonces como plantas durmientes. Después se realizó la repetición del estado lunar en que el Sol ya se había desprendido, dejando atrás lo que ya antes se había desprendido como Luna. Quiere decir que volvió a repetirse todo el ciclo lunar, sólo que a los seres se les implantó la capacidad de acoger un yo.

Para la Tierra la repetición del ciclo lunar fue -si cabe la expresión- un período duro de su evolución, puesto que, considerándolo espiritualmente, al cuerpo humano que sólo estaba compuesto de los cuerpos físico, etéreo y astral, se le había implantado el yo, sin el pensar depurador. Dentro del período, cuando el Sol ya se había desprendido y la Tierra aún no había arrojado la Luna, el ser humano se hallaba en un estado en que su cuerpo astral era el portador de los más indómitos apetitos, puesto que se le habían implantado toda clase de fuerzas malignas, y no existía ninguna fuerza contraria. Para expresarlo ahora se puede decir que después de la separación del Sol había una masa dentro de la cual los hombres efectivamente eran todavía almas grupales, pero de extrema voluptuosidad, con las peores pasiones.

Bajo la influencia del Sol que se había separado, no solamente del Sol físico, sino también de los seres solares, retirados al Sol, el tránsito por el verdadero infierno durante la repetición del estado planetario lunar, condujo paulatinamente a la madurez de este último para poder arrojar las horribles pasiones y potencias, reteniendo en la Tierra lo evolutivo. Al retirarse la Luna actual desaparecieron todas las fuerzas voluptuosas. Como resultado de ello tenemos en la Luna actual el resto, también en su significado espiritual, de todas las influencias nocivas que en aquel período existían en el mundo del ser humano; y esto también representa un influjo degradante de la Luna. En cambio, lo que después del desprendimiento de Sol y Luna quedó en la Tierra, fue lo evolutivo.

Consideremos ahora, ante todo, los hombres animales mismos. Ellos habían alcanzado paulatinamente la madurez que permitía incorporarles el yo. Tenemos pues ahora al ser humano caminando por la Tierra, constituido por cuatro principios: cuerpo físico, cuerpo etéreo, cuerpo astral y yo. Por primera vez cambia ahora la anterior posición nadadora y cernida y paso a paso el hombre llega a la posición erguida. Su columna

vertebral y su cordón nervioso del tórax llegan a la posición vertical en contraste a la horizontal del período lunar. Paralelamente con este erguirse se extendió la masa de la médula espinal para formar el cerebro; y asimismo tuvo lugar otra evolución. Para el movimiento cernido y nadador que al ser humano le había sido propio tanto en el período lunar como durante su repetición, cuando aún existían en la atmósfera las fuerzas de la neblina ígnea, era necesario algo parecido a una vejiga natatoria, la que efectivamente pertenecía a la naturaleza del ser humano, tal como la poseen los peces de ahora. Paso a paso y lentamente desaparecieron las neblinas ígneas. Las hemos llamado Ruach. Sin embargo, el aire permanecía lleno de espesos vapores de agua; pero lo peor desapareció y con ello comenzó el tiempo en que de la respiración branquial el hombre pasó a tener la respiración pulmonar.

La vejiga natatoria se transformó en los pulmones. Esto le hizo capaz de acoger en sí los principios espirituales superiores, o sea, la primera disposición al principio más elevado que el yo, el Yo espiritual o Manas.

La Biblia expresa la transformación de la vejiga natatoria en los pulmones con las palabras maravillosas monumentales: "Dios alentó en su nariz sopro de vida; y fue el hombre en alma viviente". Con esto se da expresión a lo que en el curso de miles de años sucedió en la evolución del ser humano. En ese período todos los seres que hemos llegado a conocer, tanto los animales vegetales, como los hombres animales de la Luna

y sus descendientes durante el período lunar de la Tierra, aún no tenían la sangre roja; poseían, eso sí, algo parecido al humor todavía no rojo de los actuales animales inferiores. Substancia de carácter sanguíneo fluía de ellos y penetraba en ellos. Para poder poseer la sangre roja hacía falta otra cosa más. Lo comprenderemos si nos enteramos de que en la evolución de nuestro planeta hasta el momento de arrojar la Luna, no tenía importancia el hierro; no había hierro en nuestro planeta. Lo recibió por el hecho de que el planeta Marte atravesó nuestra Tierra, dejando en ella, por decirlo así, el hierro. Por esta razón el influjo del hierro dentro de la sangre roja proviene de Marte.

La saga lo conserva bien, atribuyendo a Marte las cualidades que el hierro dio a la sangre, la potente fuerza, la fuerza guerrera; y esto condujo a que el influjo relacionado con el proceso respiratorio ha sido favorecido por la adición del hierro a nuestro organismo. Esto ha tenido mucha importancia para la evolución de la Tierra. A raíz de estas influencias el organismo humano se perfeccionó a tal punto que se puede decir: con la fuerza del yo el ser humano comenzó a depurar los principios de su naturaleza recibidos en los períodos de Saturno, Sol y Luna.

Se entiende que tal trabajo comenzó con respecto al principio que como el último se le ha dado, el cuerpo astral, y esta depuración del cuerpo astral es nuestra cultura.

Quien pudiera observar al ser humano que aún estaba haciendo la transformación para crear los pulmones y que daba los primeros

pasos para llegar a tener la sangre roja, lo encontraría bastante poco parecido a nuestra actual figura humana. Era tan distinto que realmente se podría vacilar en describir aquel hombre, pues para el pensador materialista de ahora le parecería grotesco. Ese hombre aproximadamente tenía el valor evolutivo de un anfibio, o un reptil que está empezando a respirar por pulmones; y partiendo del anterior movimiento cernido y nadador comenzaba a aprender a apoyarse sobre el suelo.

Si decimos que la forma de moverse del ser humano del Período lemuriano varía entre dando saltitos, apenas dando pasos, elevándose después al aire, a lo sumo tenemos algo parecido en los antiguos saurios. De aquella forma no se ha conservado nada que el geólogo podría descubrir como restos endurecidos o petrificados, puesto que el cuerpo del ser humano era muy blando y en el mismo aún no se habían formado huesos.

¿Cuál fue entonces el aspecto de la Tierra, después de haberse liberado de la Luna? Antes había estado envuelta por la neblina ígnea, como encontrándose en un calderón hirviente, pero poco a poco se habían retirado los densos vapores de agua. Ahora la Tierra evolucionó de tal forma que sólo tenía una delgada capa endurecida bajo la cual se encontraba ese mar burbujeante de llamas, como el resto de la neblina ígnea de la antigua atmósfera. Paulatinamente aparecían pequeñas isletas, los primeros indicios del reino mineral de ahora.

Mientras que en la Luna aún existía un reino mineral vegetal, se estructuraban entonces, por medio del endurecimiento, de mineralización de dicha masa, los primeros vestigios de las rocas y piedras de ahora. Anteriormente ya se había transformado el reino de los vegetales animales en el reino vegetal de ahora. Y los seres que en la Luna eran animales humanos se habían dividido en dos diferentes masas de seres. Una parte había alcanzado la meta de la evolución, la figura humana, pero también había seres que no habían participado en la evolución; éstos son los animales superiores del presente. Habían quedado retrasados en un nivel anterior, ya causa del no adaptarse a las condiciones de la evolución, quedaron cada vez más retrasados. Todos los animales mamíferos y otros que ahora existen son restos de animales humanos retrasados del período lunar. Esto significa que jamás hay que imaginarse que alguna vez el hombre haya sido semejante animal como los que ahora viven en la Tierra. En aquel período los cuerpos de esos animales no eran capaces de acoger en sí el yo, pues permanecieron retrasados en el estado del alma grupal de la Luna. Los últimos -por decirlo así- que casi podrían haber alcanzado el nivel correspondiente, pero que más tarde resultaron ser demasiado débiles para dar morada a un alma individual, son los simios, la especie de los monos del presente, pero tampoco éstos jamás fueron verdaderamente ascendientes de la humanidad, sino que son seres decaídos.

En el antiguo período lemuriano la Tierra era una masa ígnea en la que casi todo el mineral de ahora estaba disuelto en estado líquido, tal como el hierro en un taller siderúrgico de nuestro tiempo. Ese

estado se transformó con el tiempo en la primera masa mineral aislada. En tal isla mineral se movían a saltitos, o cernidos, los precursores de la humanidad. El Yo espiritual se esforzaba por adueñarse paulatinamente de esos seres humanos. Resulta pues que en cierto modo tenemos que imaginarnos el período ígneo de la Tierra como un tiempo en el que aún existía un último remanente de las fuerzas de la Luna misma, fuerzas que paso a paso desaparecieron; las mismas encontraban su expresión por el dominio de la voluntad humana sobre las sustancias y fuerzas de la Naturaleza. Es que en la Luna el ser humano estaba aún enteramente unido con la Naturaleza; el alma grupal configuraba la existencia humana. Esto cambió durante el período ígneo de la Tierra; pero siguió existiendo un nexo mágico entre la voluntad humana y las fuerzas ígneas. El ser humano, cuando tenía un carácter afable, actuaba de tal manera que el elemento ígneo de la Naturaleza se calmaba, ya raíz de esto se añadía más tierra; pero el hombre apasionado actuaba mágicamente a través de su voluntad, con el efecto de que las masas ígneas se tornaban tempestuosas, enfurecidas y rompían la delgada capa térrea. Esto conducía a que la fuerza indómita, apasionada, que el ser humano había adquirido en la Luna y durante la repetición del período lunar en la Tierra, se manifestase en las nuevamente aparecidas almas humanas individuales. Las pasiones hicieron revolucionar las masas ígneas de modo que gran parte del territorio habitado por los lemurianos quedó destruido. Solamente una pequeña parte de ellos sobrevivió y siguió procreando la humanidad. Las almas humanas de ahora pertenecen a las que se habían alzado de las tempestuosas masas ígneas de la Lemuria. Los hombres que entonces se habían salvado emigraron al territorio que conocemos como la Atlántida y que esencialmente se extendía entre el actual continente europeo y el americano. De la Atlántida hacia los tiempos posteriores la humanidad siguió multiplicándose. Con el correr del tiempo la atmósfera de la Tierra había cambiado a tal punto que todos los restos del humo habían desaparecido, de modo que el aire solamente quedó saturado de una enorme masa de neblina. La saga germánica ha conservado el recuerdo correspondiente en la denominación "Niflheim " o "Nebelheim ", como nombre del territorio constantemente cubierto por tales masas pesadas de neblina. ¿Cuáles han sido las fuerzas que desde fuera obraron hasta en el período lemuriano? Primero, durante el período saturnal, obraron las entidades a las cuales llamamos los Espíritus del Egoísmo, del sentido de autonomía, o independencia. Durante el período solar obraron los Arcángeles, los Espíritus del Fuego; durante el período lunar, las entidades que fueron los Espíritus benignos del período lunar, los Angeles, según la denominación cristiana; la ciencia espiritual los llama también los "Espíritus del Crepúsculo". Al conductor más sublime de ellos le hemos llamado el Espíritu Santo; al regente de los Espíritus del Fuego, el Cristo; y al

regente de Saturno, el Dios Padre. Por consiguiente, el último que ha obrado con sus demás seres ha sido el Espíritu al que el cristianismo llama el Espíritu Santo, esto es, el regente de la evolución lunar, el Espíritu que aún obraba durante la repetición terrestre del período lunar. Fue el mismo Espíritu que entonces edificaba desde afuera y que en cierto modo hacía fluir en el ser humano un rayo de su propia naturaleza. En el principio de la época lemuriana hemos de distinguir entre dos categorías de Espíritus: los Espíritus que preparan la corporeidad inferior, que implantan la conciencia del yo y que construyen las envolturas humanas, por un lado, y aquel Espíritu que entró, él mismo, en estas envolturas en el instante en que el hombre aprendió a respirar físicamente.

Si ahora se tiene presente que todo aquello que en Saturno tenía aún la forma de una masa de fuego, envuelta en una atmósfera más tenue, llegó a ser gaseiforme en el Sol, y envuelto en las referidas masas de neblina ígnea en la Luna, es preciso considerar el proceso evolutivo de la Tierra como una purificación, tal como la evolución de la humanidad misma es una purificación. Lo que ahora se llama aire, sólo paulatinamente

llegó a quedar libre de todo lo que antes contenía como una suerte de humo y vapor. Hay que tener presente que aquello que se ha separado de la atmósfera, son las substancias mediante las cuales se ha plasmado toda corporeidad; y el aire es lo

más puro de lo restante y es a la vez la mejor corporeidad para los Espíritus conductores de la Luna, llamados Angeles en la expresión cristiana, y por ello el hombre sentía en el aire, ya purificado y separado, la corporeidad de los Espíritus conductores de la Tierra, el ahora Espíritu conductor, Jehová.

En el soplar del viento se tenía la sensación de lo que guiaba y dirigía a la Tierra; y así se experimentaba el tránsito al período atlante, cuyo territorio continental forma ahora el fondo del Océano Atlántico. En el soplo del aliento se sentía la corporeidad del Dios.

Paulatinamente desapareció el poder mágico que sobre el mar ígneo, y sobre los sucesos de la Tierra el ser humano había poseído; en su lugar había quedado otra condición en el

comienzo del período atlante, pues el hombre aún poseía entonces cierto poder mágico sobre el crecimiento de las plantas.

Si él alzaba la mano, la que entonces aún tenía una forma muy distinta, sobre una planta, era capaz, por medio de su voluntad, hacerla crecer rápidamente, pues aún poseía una íntima relación con los seres de la Naturaleza. La vida entera del hombre atlante correspondía a su correlación con la Naturaleza.

En aquel tiempo aún no existía lo que ahora se llama el sentido combinatorio, la inteligencia, el pensar lógico. En cambio, el hombre había desarrollado en alto grado otras facultades, por ejemplo, la memoria de cuyo desarrollo fabuloso no podemos tener idea. No sabía calcular, ni siquiera representarse que 2×2 son 4, si bien lo sabía de memoria, pues cada vez recordaba lo anteriormente experimentado. En el período

atlante también se había conservado la facultad de que, si bien ya no se sentía en sí mismo espontáneamente la realidad del Alma del Pueblo, como en la Luna, no obstante se sentía el resultado del actuar de las antiguas Almas de un pueblo o una raza. Tal influencia era tan intensa que hubiera sido totalmente imposible que un hombre que pertenecía a una Alma del Pueblo o de la Raza se ligase con otro, perteneciente a otra

raza. Entre las poblaciones de distintas Almas del Pueblo existía una profunda antipatía. Sólo se amaban los que vivían dentro del obrar de la misma Alma del Pueblo. Se puede decir que la sangre común, la que en el período lunar desde el Alma del Pueblo había fluido en el ser humano, era la causa de la unidad; y se tenía claramente el recuerdo de lo vivido por los antepasados. Por la sangre común el hombre se consideraba como eslabón de la cadena de los antepasados, del mismo modo que ahora se siente la mano como un miembro del organismo. Tal sensación de la unidad estaba en relación con los hechos de la evolución, debido a que durante el tiempo de transición que tuvo lugar por el desprendimiento del Sol y la expulsión de la Luna, se realizó otro importante acontecer. Esto se relaciona con lo que como un proceso de endurecimiento sucedió en la Tierra. Se formó el reino mineral y al mismo tiempo también se desarrolló semejante proceso de endurecimiento en el interior de la naturaleza humana. La masa blanda se transformó paso a paso en una substancia más dura, la que primero se endureció al cartílago, después hasta el hueso, y sólo con la formación de la masa ósea comenzó el movimiento caminante del hombre.

Paralelamente con la estructuración de la masa ósea tuvo lugar otro proceso. Con la posterior evolución del hombre, debido a la expulsión de la masa lunar de la Tierra, dejando atrás solamente lo apto para desarrollarse, se generaron en los seres que habitaban la Tierra dos clases de fuerzas. Al encontrarse afuera el Sol y la Luna, las fuerzas de ambos influían desde afuera sobre la Tierra. De la mezcla de las fuerzas solares y lunares que antes se habían encontrado en la Tierra misma y que ahora irradiaban hacia ella, se generó lo que llamamos el paso a la vida sexual, pues todas las fuerzas que encuentran su expresión en la vida sexual están bajo la influencia de las fuerzas del Sol y de la Luna.

Todas las fuerzas que en los tiempos antiguos en que el Sol, la Luna y la Tierra estaban todavía unidas actuando de tal manera que se lo podría calificar como de índole femenina, todo esto fue fecundado por las fuerzas del Sol mismo, por decirlo así. El Sol se sentía a sí mismo como de carácter masculino, la Luna como de carácter femenino. Pero la Luna se retiró, y las fuerzas de ambos cuerpos se mezclaron. En general podemos calificar como seres de carácter femenino a todos aquellos que se habían generado antes de expulsar la Luna, pues todas las fuerzas fecundantes provienen de afuera, de la fuerza del Sol; sólo en la Tierra que había expulsado la Luna, de modo que el Sol irradiaba sobre un cuerpo totalmente distinto, fue posible que el no diferenciado antiguo elemento femenino se separase en lo masculino y lo femenino, de modo que

con el proceso de endurecimiento y osificación se realizó a la vez el tránsito a la sexualidad. y con ello se dio la posibilidad de desarrollar el yo, de la justa manera.

XII

La evolución terrestre de la humanidad (II)

El suceso que les he descripto como la aparición de los dos sexos se realizó exteriormente en tal forma que debemos imaginarnos que en el referido animal humano de la Luna, como asimismo en sus descendientes de la repetición lunar en la Tierra estaban aún unidos los dos sexos. A partir de entonces efectivamente tuvo lugar una suerte de división del cuerpo humano, y la misma se realizó a través de cierta densificación.

El cuerpo humano del presente con la característica unisexual sólo pudo desarrollarse por la formación de un reino mineral como ahora existe; quiere decir que la Tierra y el cuerpo humano primero tuvieron que solidificarse a la naturaleza mineral del presente: Los cuerpos humanos blandos de la Luna y del principio de la Tierra pertenecían a hombres bisexuales de naturaleza masculino-femenina.

Hemos de recordar el hecho de que en cierto respecto el hombre ha conservado un remanente de la antigua bisexualidad, puesto que en el organismo masculino de nuestro tiempo el cuerpo etéreo es de índole femenina, el de la mujer, masculina. Tales hechos nos permiten observar interesantes aspectos en cuanto a la vida anímica de los sexos. Por ejemplo, la capacidad de la mujer de sacrificarse en la obra caritativa está en relación con el carácter masculino de su cuerpo etéreo, mientras que la ambición del hombre se explica si se tiene en cuenta la naturaleza femenina de su cuerpo etéreo.

Ya he dicho que como resultado de la mezcla de las fuerzas que nos envían el Sol y la Luna se desarrolló lo que representa lo particular del género humano. A este respecto hay que tener presente que en el organismo masculino la influencia más fuerte sobre el cuerpo etéreo le llega de la Luna, y del Sol la influencia más fuerte sobre el cuerpo físico. En la mujer sucede lo inverso: la influencia sobre el cuerpo físico proviene de las fuerzas de la Luna, y la influencia sobre el cuerpo etéreo, del Sol.

El continuo cambio de substancias minerales, como sucede en el cuerpo físico humano de ahora, sólo pudo realizarse después de haber aparecido el mineral. La nutrición anterior había sido muy diferente. Durante el período solar de la Tierra todas las plantas contenían savias lechosas, y la nutrición efectivamente se hacía de tal forma que el ser humano chupaba de las plantas las savias lechosas, tal como ahora el niño de la madre. Las plantas que en el presente todavía contienen semejantes savias son los últimos restos del período en que todas las plantas proporcionaban esas savias. Sólo más tarde llegó el tiempo en que la alimentación adquirió las formas del presente.

Para comprender el significado de la separación de los sexos hay que tener presente que tanto en la Luna como durante la repetición en la Tierra del período lunar todos los seres se parecían unos a otros. Así como una vaca nos presenta el mismo aspecto que todas las demás, inclusive las generaciones posteriores, debido a la influencia del alma grupal, así también los hombres de entonces se parecían absolutamente a sus antepasados; y esta condición se mantenía hasta en el período atlante.

¿A qué se debe el hecho de que en el presente los hombres ya no se asemejan entre sí? Esto tiene su origen en la aparición de los dos sexos. De la bisexualidad del pasado se ha conservado en la naturaleza femenina la tendencia a crear los descendientes de aspecto parecido. En el ser masculino se manifiesta otra influencia, pues en él existe la tendencia a provocar la diversidad, la individualización; y por el hecho de fluir la fuerza masculina en la femenina surgió cada vez más la desemejanza. Resulta pues que por el influjo masculino aparece la posibilidad de desenvolverse la individualidad.

La bisexualidad tenía otra particularidad más. Si se le hubiera preguntado al antiguo hombre lunar acerca de las experiencias de su vida, él las hubiera sentido como iguales a las de sus antepasados remotos; la vida se extendía a través de generaciones. La preparación del hecho de que paso a paso se desarrolló la conciencia de la vida que sólo se extiende desde el nacimiento hasta la muerte, tenía su origen en la individualidad del género humano; y con ello también surgió la posibilidad de un nacimiento y una muerte como ahora existen. Los antiguos seres humanos lunares con sus movimientos cernidos-nadantes, pendían de la atmósfera circundante, hacia la cual ellos extendían sus cordones sanguíneos. Al morir semejante ser, no sucedía un morir del alma; sólo tenía lugar algo así como el extinguirse de un miembro, mientras arriba se mantenía la conciencia, como si, por ejemplo, se secase la mano perteneciente al cuerpo y en su lugar se formase una mano nueva.

Quiere decir que con su conciencia opaca esos hombres sentían la muerte sólo como un paulatino secarse del cuerpo. Los cuerpos se secaban y continuamente brotaban otros nuevos; pero la conciencia se mantenía por medio de la conciencia del alma grupal, de modo que en realidad existía una suerte de inmortalidad.

Después apareció la sangre de ahora, produciéndose la misma en el cuerpo humano mismo; y esto se realizó paralelamente con la aparición de los dos sexos, con lo cual surgió la necesidad de un proceso singular. En la sangre se manifiesta una lucha constante entre la vida y la muerte; y un ser que produce sangre roja tiene en sí mismo el escenario de una constante lucha entre la vida y la muerte, puesto que continuamente va gastándose sangre roja y transformándose en sangre azul, una substancia de la muerte. Con la transformación de la sangre propia en el organismo humano también se produjo el apaciguamiento de la conciencia más allá del nacimiento y la muerte. Sólo

con la conciencia clara del presente el ser humano perdió la antigua inmortalidad ligada a la conciencia opaca, quiere decir que la pérdida de la visión más allá del nacimiento y la muerte se vincula íntimamente con la sexualidad. Otra cosa más se vincula con la misma.

Mientras el ser humano tenía el alma grupal, la existencia terrenal se extendía de generación en generación, sin la interrupción por el nacimiento y la muerte. Al producirse tal interrupción apareció la posibilidad de la reencarnación. Antes

el hijo no era sino la continuación inmediata del padre; el padre, del abuelo; y la continuidad de la conciencia no se cortaba. Pero llegó el tiempo de apagarse la conciencia más allá del nacimiento y la muerte, y sólo con ello se dio la posibilidad

de la vida en el kama loka y el devachan. Tal cambio, tal vida en mundos superiores sólo se ha hecho posible después de la individualización, después del desprendimiento del Sol y de la Luna. Sólo entonces comenzó lo que ahora llamamos encarnación y con ello aquel estado transitorio que en el futuro volverá a no tener lugar.

Según lo que precede hemos llegado a la época en que el antiguo organismo bisexual, el que representa una especie de alma grupal, se divide en lo masculino y lo femenino de tal característica que lo igual, lo parecido se continúa a través de lo femenino, lo distinto por lo masculino. Efectivamente percibimos dentro de nuestra humanidad, en lo femenino el principio que aún conserva los antiguos nexos de raza y pueblo, y en lo masculino aquello que continuamente rompe y quiebra dichos nexos, y que de este modo individualiza a la humanidad. Realmente actúa en el organismo humano lo antiguo femenino como alma grupal, y lo nuevo masculino como elemento individualizante. Llegará el tiempo en que realmente han de cesar todos los vínculos de raza y de pueblo. El hombre se diferenciará cada vez más de otro hombre, y la unidad

ya no existirá por la sangre común, sino por medio de lo que liga alma a alma. He aquí el curso de la evolución de la humanidad.

En las primeras razas atlantes existía aún un fuerte lazo de unidad, de tal modo que las primeras subrazas también se diferenciaban por el color, y este elemento de alma grupal todavía existe en los hombres de distinto color. Estas diferencias desaparecerán cada vez más cuanto más el elemento individual predomine. Llegará el tiempo en que ya no habrá razas de distinto color. La diferencia en cuanto a las razas habrá dejado de existir, en contrario existirán las diferencias individuales más grandes. Cuanto más nos remontemos a los tiempos antiguos, tanto más se nos presenta el dominio del elemento racial. El principio realmente individualizante ciertamente sólo comienza en el posterior período atlante. En los antiguos atlantes los pertenecientes a una raza efectivamente sentían una profunda antipatía contra los de otra raza. La unidad y el amor tenían su origen en la sangre común; y se consideraba como inmoral casarse con una persona de otra tribu.

Si el vidente examinara la relación entre el cuerpo etéreo y el físico del antiguo atlante, descubriría algo singular. En el hombre de

nuestro tiempo la parte de la cabeza del cuerpo etéreo casi concuerda con la cabeza física, pues la sobrepasa muy poco; en cambio, la cabeza etérea del antiguo atlante era mucho más amplia que la física, y principalmente en la frente aparecía mucho más extensa. Al respecto, tenemos que imaginarnos un punto en el cerebro físico, situado entre las cejas, pero aproximadamente un centímetro más abajo, y otro punto que a este último le corresponde, en la cabeza etérea. En el atlante estos dos puntos estaban muy distantes, el uno del otro; y la evolución precisamente se expresaba en que ambos iban aproximándose cada vez más. En la quinta época atlante el punto de la cabeza etérea se introdujo en el cerebro físico, y como resultado del unirse los dos puntos se desarrolló lo que ahora nos es propio: calcular, contar unidades, la facultad de juzgar, y en general la facultad comprensiva e intelectual. Anteriormente los atlantes sólo poseían la muy desarrollada memoria, pero no el intelecto combinatorio. Aquí se nos presenta el punto de partida para el nacimiento de la conciencia del yo. Antes de unirse los dos puntos el atlante no poseía la independencia de su ser; por otra parte era capaz de vivir en contacto mucho más íntimo con la naturaleza. Sus viviendas se componían de lo que la naturaleza le ofrecía. Transformaba las piedras y las combinaba con los árboles en crecimiento.

Transformando lo que la Naturaleza le ofrecía él creaba su morada, de modo que ésta se componía de objetos naturales transformados. El atlante vivía dentro de los nexos estrechos que aún se habían conservado sobre la base del parentesco sanguíneo en tal forma que en la comunidad se ejercía una potente autoridad del más fuerte, el jefe. Todo dependía de la autoridad, la que por cierto se ejercía, además, de otro modo.

Cuando la humanidad entró en el período atlante todavía no hablaba ningún idioma articulado, pues éste sólo se desarrolló en el período atlante. Quiere decir que el jefe no hubiera podido expresar sus órdenes por medio de un lenguaje. Por otra parte aquellos hombres tenían la capacidad de comprender el lenguaje de la Naturaleza. De esto no tiene ni idea el hombre del presente; tendrá que aprenderlo nuevamente. Imagínense, por ejemplo, un manantial que les refleja la propia imagen. En el alma del ocultista esto hace surgir un sentimiento extraño, pues él dice: Mi propia imagen se me presenta por

el reflejo de esta fuente, y esto es la última señal de cómo en el antiguo Saturno todo se había reflejado hacia el espacio circundante. En el ocultista se suscita el recuerdo del antiguo Saturno cuando él percibe en la fuente la imagen reflejada. y en el eco que hace resonar la propia expresión se suscita el recuerdo de cómo en Saturno volvía como eco todo lo que resonaba hacia el espacio cósmico. Otro ejemplo: se percibe una Fata Morgana, un espejismo en el que en cierto modo el aire ha acogido y va devolviendo ciertas imágenes. Esto despierta en el ocultista el recuerdo del período solar, cuando el Sol gaseiforme recogía en sí y transformaba lo que le llegaba del universo, para reflejarlo unido con su propia naturaleza. En el antiguo

planeta Sol se hubiera percibido que en su seno se había preparado todo como Fata Morgana, como una imagen luminosa, dentro de los gases del estado solar. De tal modo, sin ninguna fantasía, se aprende a formarse la imagen del mundo; y esto representa un medio importante para el desarrollo hacia los mundos superiores.

En los tiempos antiguos el hombre comprendía en alto grado la Naturaleza. Es sumamente distinto el que se viva en una atmósfera como la presente, o en la del período atlante, pues en aquel tiempo el aire estaba lleno de densas masas de neblina, el Sol y la Luna circundados de un gigantesco halo de arco iris. Hubo un tiempo en que las masas de neblina estaban tan densas que no se podían ver las estrellas y en que el Sol y la Luna estaban aún oscurecidos; sólo en el curso del tiempo se hicieron visibles para el hombre. En el Génesis se describe magníficamente la aparición del Sol, la Luna y las estrellas en el firmamento. Lo que allí se describe realmente ha tenido lugar, como asimismo mucho más.

El atlante poseía aún la comprensión de la Naturaleza a su derredor. El murmurar del manantial, lo que suena en el viento tempestuoso, sonidos inarticulados para el hombre del presente, los percibía el atlante como lenguaje inteligible. No había mandamientos, pero el espíritu se manifestaba a través de la atmósfera acuosa, hablando al ser humano. La Biblia lo expresa mediante las palabras: "y el Espíritu de Dios se movía sobre

la haz de las aguas." El hombre oía al Espíritu hablando desde los elementos, desde el Sol, la Luna y las estrellas, y dichas palabras de la Biblia expresan claramente lo que sucedía en torno del ser humano.

Llegó el tiempo en que una parte del género humano particularmente progresada y que vivía en una región que ahora también es fondo del mar, cerca de Irlanda de ahora, experimentó el ya mencionado fuerte amoldamiento del cuerpo etéreo y a raíz de ello una más amplia inteligencia. Bajo la conducción de la personalidad más progresada, dicha parte de la población atlante comenzó a migrar hacia el Este, mientras enormes masas de agua paulatinamente inundaban al continente atlante.

La parte más evolucionada de esas poblaciones se trasladó hasta Asia, donde fundó el centro de las culturas que designamos como las culturas post-atlantes; y de este centro irradió toda la cultura ulterior. Esta tuvo su origen en la corriente humana que más tarde avanzó más hacia el Este y que, partiendo del Asia Central fundó en la India la primera cultura post-atlante, la que todavía mostraba importantes reminiscencias de la cultura atlante. El habitante de la antigua India aún no poseía la conciencia como la nuestra, pero se dio la posibilidad para la misma cuando los dos puntos a que nos hemos referido se unieron. Antes de este amoldamiento aún vivía en el atlante la conciencia en imágenes, la que le permitía percibir entidades espirituales. No solamente oía un claro lenguaje en el murmurar del manantial, sino que de éste veía ascender la ondina

que en el agua se incorpora. En las corrientes del aire percibía las sílfides, en el crepitar del fuego, las salamandras. Todo esto lo veía y de ello nacieron los mitos y las sagas que en su forma más pura se conservaron en territorios europeos, en los cuales habían permanecido partes de los atlantes que no migraron hasta la India. Las sagas y los mitos germanos son restos de lo que los antiguos atlantes habían percibido en las masas de neblinas. Los ríos, como el Rin, vivían en la conciencia de los antiguos atlantes como si con aquellos se hubiese unido la sabiduría proveniente de las neblinas del antiguo Nithheim. Esta sabiduría parecía hallarse en los ríos en forma de las Ondinas del Rin, o seres similares.

En la forma descripta vivían en Europa restos de la cultura atlante, mientras que en la India surgía otra, la que todavía mostraba reminiscencias del antiguo mundo de imágenes. Este último mundo había desaparecido, pero el habitante de la India guardaba el anhelo de lo que ese mundo expresa. El atlante había oído el lenguaje de la sabiduría de la Naturaleza, el indio, a su vez, sentía el anhelo de la unidad con la Naturaleza y así se nos presenta el carácter de la antigua cultura india por el hecho de que la misma quiere volver al tiempo en que antes había vivido la humanidad como en su elemento natural.

El antiguo indio era un soñador. Si bien ante él se extendía lo que nosotros llamamos la realidad, no obstante sentía el mundo de los sentidos como maya, como ilusión. Lo que el antiguo atlante aún había percibido como Espíritus moviéndose cernidos, lo buscaba el antiguo indio a través del anhelo del contenido espiritual del mundo, el Brahma. Esta forma de volver a la antigua conciencia onírica del atlante se ha conservado en la enseñanza oriental, en la búsqueda de la antigua conciencia.

Más hacia el Norte existía la primitiva cultura persa de los medos y persas. Mientras que la cultura india hacía abstracción de la realidad, el persa a su vez se hacía consciente de que la debe tomar en cuenta. Por primera vez el ser humano aparece como trabajador, consciente de que debe emplear sus fuerzas espirituales, no solamente para aspirar al conocimiento, sino también para transformar la tierra. Al principio la tenía ante sí como elemento contrario; él debía vencerla y este contraste se expresa en Ormuzd y Ahrimán, la Divinidad del Bien y la del Mal, como asimismo en la lucha entre ambas. Cada vez más el hombre quería hacer fluir el mundo espiritual en el terrenal; pero todavía no era capaz de reconocer el reinar de leyes en el mundo exterior, las leyes de la Naturaleza. La antigua cultura india en verdad poseía el conocimiento de mundos superiores, pero no basado en una ciencia natural, puesto que todo lo terrestre se relacionaba con la maya; el persa, en cambio, sólo llegó a conocer la Naturaleza como lugar de trabajo.

Ahora pasamos a los caldeos, los babilonios y las poblaciones egipcias, es decir a la época en la que el hombre llegó a conocer el reinar de las leyes en la Naturaleza. Alzando la mirada hacia las estrellas, no solamente buscaba dioses tras ellas, sino que examinaba

las leyes de ellas, y esto condujo a la maravillosa ciencia que se nos presenta en los caldeos. El sacerdote egipcio no consideraba lo físico como antagónico, sino que incorporaba a su suelo, su país, la espiritualidad que se le revelaba en la geometría. Se llegó a conocer las leyes que rigen en la Naturaleza exterior. En la sabiduría caldeo-babilonio-egipcia se enlaza íntimamente la astronomía exterior con el conocimiento acerca de los dioses que dan alma a las estrellas. Esta es la tercera etapa de la evolución cultural.

Sólo en la cuarta etapa de la evolución post-atlante el hombre llega al punto de hacer fluir en la cultura lo que en él mismo vive como espiritualidad. Esto se realiza en la época greco-latina, en la que mediante la obra de arte el hombre impregna en la materia su propia espiritualidad, tanto en el arte plástico como en la poesía dramática. En la misma época también se realizan los comienzos de la formación de ciudades, una formación bien distinta de la que existía en el Egipto y en Babilonia, donde los sacerdotes alzaban la vista hacia las estrellas, estudiando sus leyes, mientras en sus obras arquitectónicas creaban el trasunto de lo observado en el firmamento. A raíz de ello sus torres evidencian la evolución en siete escalones, la que el hombre primero había descubierto en los cuerpos celestes, y también sus pirámides muestran condiciones cósmicas.

En el principio de la historia romana, la de los siete reyes de Roma, se expresa maravillosamente el tránsito de la sabiduría sacerdotal a la realidad de la sabiduría humana. ¿Qué son estos siete reyes? Recordemos que la primitiva historia de Roma tiene su origen en Troya, la que aparece como el último resultado de antiguas comunidades de sacerdotes que habían organizado los Estados según las leyes de las estrellas. Con el tránsito a la cuarta época cultural la inteligencia humana se sobrepone a la sabiduría sacerdotal. La imagen de aquélla la representa la astucia de Ulises. Más expresivamente lo hace comprender la imagen que es símbolo del sobreponerse el discernimiento humano a la sabiduría sacerdotal, pues como símbolo de la sabiduría humana siempre ha sido considerado la serpiente. El grupo escultórico de Laocoonte expresa que las serpientes, que representan la inteligencia y la sabiduría del hombre, vencen a la sabiduría sacerdotal de la antigua Troya.

Las autoridades que actúan en el curso de los milenios bosquejaron entonces los sucesos a realizarse, y según ellos debió transcurrir la historia. Los que se encontraron en el sitio del origen de Roma determinaron de antemano la cultura septenaria de Roma, tal como la misma figura en los libros sibilinos.

Reflexionando sobre los mismos se descubrirán en los nombres de los siete reyes reminiscencias de los siete principios del ser humano, hasta tal punto que el quinto rey romano, el etrusco, llega de afuera; él representa aquella parte del principio Manas, del Yo espiritual, que actúa como eslabón entre los tres principios inferiores y los tres superiores. Los siete reyes romanos representan los siete principios de la naturaleza humana. Los vínculos espirituales se expresan en

estos sucesos. El Estado romano republicano no es otra cosa que la sabiduría humana que alterna con la sabiduría sacerdotal; y así la tercera cultura se convirtió en la cuarta. En sus grandes obras de arte, en sus poesías dramáticas y en el derecho el hombre hizo brotar de sí mismo lo que él tenía en el alma. Anteriormente todo el derecho se había recibido de las estrellas. Los romanos llegaron a ser un pueblo del derecho, porque aquí el hombre ha creado según sus propias necesidades el derecho necesario correspondiente, el Jus romano.

Nosotros mismos vivimos en la quinta época. ¿Cómo se expresa en ella el sentido de toda la evolución? Desapareció la antigua autoridad; el hombre se torna cada vez más concentrado en sí mismo, su actuar y trabajar exterior es cada vez más un reflejo de su interioridad. Las comunidades étnicas se deshacen, el hombre se individualiza cada vez más. En esto se basa el germen de la religión que dice: El que no abandone a padre y madre, hermano y hermana, no puede ser mi discípulo.

Esto significa que todo amor basado en el parentesco natural ha de cesar; los vínculos deben de formarse de hombre a hombre, y el alma ha de encontrar al alma.

Es nuestra tarea hacer descender un tanto más al plano físico lo que en la época greco-latina había fluido del alma; y con ello el hombre llega a ser cada vez más una entidad sumergida en la materia.

Mientras que en sus obras de arte el griego creaba un reflejo idealizado de su vida anímica, vertiéndolo en la forma humana, y el romano en sus preceptos jurídicos algo que más bien da expresión a necesidades personales, nuestra época, a su vez, se caracteriza principalmente por las máquinas como expresión materialista de necesidades enteramente personales. La humanidad descendió cada vez más del cielo, y nuestra quinta época ha descendido al más bajo plano y se halla enredada en la materia en el más alto grado. Si el griego aún había elevado al hombre sobre el hombre a través de sus creaciones artísticas -pues Zeus representa al hombre elevado sobre sí mismo-, si en los preceptos jurídicos romanos todavía se encuentra algo del hombre que lo eleva sobre sí mismo, pues el romano aún daba más importancia a su posición como ciudadano romano que a su calidad de hombre personal; en nuestra época, en cambio, se halla el hombre que se sirve del espíritu con el fin de satisfacer sus necesidades materiales.

Pues ¿a qué finalidad sirven las máquinas, los buques de vapor, ferrocarriles y todos los demás inventos complejos? Mientras que el antiguo caldeo satisfacía del modo más simple sus necesidades alimentarias, en nuestro tiempo se emplea para ello una inmensa sabiduría. Sabiduría humana cristalizada se utiliza para saciar el apetito de comer y beber. No hay que ilusionarse: emplear la sabiduría en tal sentido significa descender a un nivel debajo de sí mismo, hasta en la materia.

Todo cuanto en el pasado el hombre había traído de lo espiritual debió descender hasta debajo de su propio ser, a fin de poder ascender nuevamente. Pero en ello consiste la misión de nuestra

época. Mientras que en el hombre antiguo fluía la sangre que le unía con su comunidad étnica, con su tribu, resulta que en nuestro tiempo se ha quebrantado cada vez más el amor que aún fluía en la sangre antigua. En su lugar debe de haber un amor de índole espiritual, y esto nos permitirá volver a ascender a la espiritualidad. El haber descendido de la espiritual se justifica plenamente, pues el hombre debe de experimentar el descenso, para volver a encontrar por su propia fuerza el camino hacia la espiritualidad. Es precisamente la misión de la corriente científico-espiritual enseñar a la humanidad el camino hacia lo alto.

Hemos contemplado el curso evolutivo de la humanidad hasta el tiempo al que nosotros mismos hemos llegado. Ahora nos incumbe mostrar cómo ha de seguir su evolución y cómo el hombre que experimente la iniciación puede, ya en nuestro tiempo, pasar anticipadamente por un determinado nivel evolutivo de la humanidad, a través de su sendero de conocimiento y sabiduría.

XIII

El futuro del ser humano

En esta conferencia nos incumbe hablar sobre algunos aspectos de la futura evolución de la humanidad como asimismo sobre lo que se llamo iniciación, la que capacita al hombre para anticipar escalones de la vida, los cuales la humanidad comúnmente sólo alcanza en tiempos venideros.

Si en primer lugar nos referimos a la primera pregunta, les puede parecer un atrevimiento querer hablar sobre el futuro, o bien una imposibilidad de poder divisar algo sobre el futuro de la humanidad. No obstante, si se reflexiona un poco sobre la cuestión, se podrá decir que la convicción de poder saber algo sobre el porvenir no está del todo infundada. Basta con que esto se compare con lo que el investigador corriente, como por ejemplo, el naturalista, puede saber con respecto al futuro.

Puede decir exactamente que si él, en determinadas condiciones va mezclando oxígeno, hidrógeno y azufre, siempre se forma ácido sulfúrico. Se puede afirmar exactamente lo que sucede si mediante un espejo se captan rayos. Incluso con respecto a hechos de la vida exterior se ofrecen aspectos mucho más amplios, pues se pueden predecir eclipses del Sol y de la Luna hasta para tiempo de duración indefinida.

¿Por qué es posible hacerlo? Se lo puede hacer porque y en cuanto se conocen las leyes de la vida física. Pero el que conoce las leyes espirituales de la vida, también podrá, según ellas, decir lo que ha de acontecer en el porvenir. Mas a este respecto suele surgir una pregunta. Fácilmente se llega a pensar que el saber de antemano lo que ha de suceder contrasta con el ser libre, con el actuar según la voluntad humana. Pero esto también es un sentimiento incorrecto. Si en determinadas condiciones se combinan azufre, hidrógeno y

oxígeno, se forma ácido sulfúrico. Esto lo condiciona la ley del proceso. Sin embargo, depende de mi voluntad si la hago o no. Lo mismo ocurre en el curso de la evolución espiritual del hombre. Lo que ha de suceder, él lo hará por su enteramente libre voluntad, y el hombre será tanto más libre cuanto más evolucionado llegue a ser. No hay que pensar que por el hecho de poder preverlo, ya está determinado lo que él hará en el futuro. Pero la mayoría de los hombres no tiene la justa comprensión para esta cuestión, la que efectivamente pertenece a las más difíciles. Desde tiempos remotos los filósofos se han afanado por contestar la pregunta de la libertad humana y si existe la ley de la predeterminación de los acontecimientos. Casi todo lo escrito en este campo es muy insuficiente, puesto que en general los hombres no saben distinguir entre la previsión y el estar predeterminado, pues con respecto al prever no se trata de algo distinto que del dirigir la mirada hacia puntos espaciales distantes. Si yo miro hacia un punto en el espacio, digamos hacia la próxima esquina, donde un hombre regala a otro una moneda: ¿es que yo he causado esta acción? ¿La he motivado en algún sentido por el hecho de percibirla? De ningún modo, pues solamente veo que el otro lo hace, y esto no ejerce ninguna presión para que él actúe de tal manera. Resulta que con respecto al tiempo, en cierto sentido existen las mismas condiciones, sólo que la gente no es capaz de comprenderlo. Supongamos que uno de ustedes llegue a reencarnarse al cabo de dos mil años y que él entonces haga algo por libre voluntad. Eso será comparable con el ejemplo de la moneda regalada. El vidente ve eventualmente lo que se hará en el futuro, y este acto futuro es tan poco determinado por el momento actual (temporal) como el regalar la moneda por el punto espacial. Se suele decir: cuando se ve que algo sucederá, tal acontecer está predeterminado. Pero en este caso se confunde el provenir con el presente. No se lo podría llamar una previsión de la futuro, si ya estuviera determinado, pues no se percibe algo que ya existe, sino algo que más tarde se producirá. Es preciso captar exactamente el concepto del dirigir la mirada hacia el futuro. Esto es algo que se debe ejercitar y cultivar mediante la meditación paciente; sólo así se encontrará la posibilidad de concebir estos hechos de la justa manera.

Después de estas palabras de introducción pasamos ahora a referirnos a algunos aspectos de la futura evolución de la humanidad. Hemos arribado al punto en donde la humanidad se ha sumergido en lo más hondo de la materia, donde ella emplea sus fuerzas espirituales para la construcción y fabricación de herramientas y máquinas, las que sirven para la vida personal.

Esta evolución se ha producido paralelamente con el proceso de la densificación creciente del organismo humano y de la tierra en general. Hemos visto que lo más denso, el reino mineral, no se ha formado antes de un determinado momento de la evolución. Sólo entonces entró el hombre en su actual evolución terrestre; y paralelamente con tal proceso aparecieron los dos sexos y otros

fenómenos. Antes de haber entrado en esta evolución física con un reino mineral, el organismo humano había sido de naturaleza mucho más sutil, más blanda. Sólo para suscitar la idea respectiva quiero referirme a cómo en aquel tiempo antiguo en el que todavía no existieron los dos sexos, se producía la procreación del género humano. El hombre aún bisexual y de corporalidad más tenue, menos densa, engendraba de sí mismo un nuevo ser. No como en nuestro tiempo, sino en cierto sentido comparable con el modo de cómo en sesiones espiritistas sale del medium el cuerpo etéreo de otro ser. Esto da aproximadamente una idea de la materialización sacada de sí mismo, de la procreación humana en un tiempo antiguo: comparable con el expulsar de seres humanos ya maduros para continuar su propio desarrollo.

Esto nos hace ver cómo con la densificación del organismo humano se vincula en el cosmos el descender del hombre al mundo material; y con esto se vincula también el desarrollo de otra fuerza, la que sin dicho descender no hubiera podido engendrarse, esto es, el egoísmo. El egoísmo tiene un aspecto bueno y otro malo, pues es la base del ser autónomo y de la libertad humana. pero en cuanto a su reverso es la causa del mal.

La evolución del hombre debió pasar por la fuerza del egoísmo para aprender a hacer lo bueno por su libre voluntad.

Por las fuerzas que en el pasado le habían guiado era necesario incitarle siempre de nuevo a realizar lo bueno; pero hacía falta darle la posibilidad de tomar él mismo su camino. Ahora bien, así como él descendió, tiene que ascender nuevamente a la espiritualidad, y tal como el descender está vinculado con el incremento del egoísmo, el ascender depende de que el desinterés, el sentimiento de simpatía mutua entre los hombres se intensifiquen cada vez más. La humanidad se ha desarrollado en el curso de diversas épocas; primero a través de la antigua India, después durante la persa, la egipcio-caldeo-babilónica y la greco-latina, hasta la nuestra, la quinta época, a la que seguirá la sexta. y en la medida que la evolución de la humanidad trabaje en procura de tal fin, se esfuerza al mismo tiempo en superar al principio que había sido el más poderoso en el tiempo en que el cuerpo etéreo encontró su ajuste en el punto del cerebro a que ya me he referido, en el tiempo de la caída en el egoísmo más bajo.

En el curso anterior de la evolución el ser humano también había sido egoísta, pero de otro modo. El egoísmo que se arraiga en el alma tan profundamente como en la época del presente, está en íntima relación con la propagación del pensamiento materialista; y una época espiritual traerá la superación del egoísmo. Por esta razón el cristianismo y todas las concepciones que poseían una vida verdaderamente religiosa se esforzaron conscientemente en quebrar los antiguos lazos sanguíneos, por lo cual el cristianismo ha formulado la expresión: "Quien no abandone al padre, la madre, la mujer, al hijo, hermano, hermana, no puede ser mi discípulo". Esto no alude a otra cosa que al hecho de que en lugar de antiguos lazos sanguíneos tiene que establecerse el lazo entre alma y alma, entre

hombre y hombre. Pero queda por saber: ¿cuáles son los medios y caminos para que la humanidad alcance la espiritualidad (el modo de superar el materialismo) y al mismo tiempo lo que podría llamar la comunidad fraternal, el surgimiento del amor fraternal general? Para alcanzarlo se podría pensar que sólo es preciso destacar suficientemente el amor fraternal para que éste aparezca, o que se deberían fundar asociaciones con la finalidad de fomentar el amor fraternal. El ocultismo jamás sostiene tal opinión. Por el contrario, cuanto más se habla, en la forma de extasiarse, del amor fraternal general y de lo humanitario, tanto más egoístas llegarán a ser los hombres, pues lo mismo que existe la voluptuosidad física, también hay un deleite del alma e incluso es un deleite refinado decir: quiero elevarme moralmente cada vez más. Esto es en el fondo un pensamiento que ciertamente no produce el egoísmo común, pero sí un egoísmo refinado que se origina en semejante deleite.

En el curso de la evolución humana no se generan el amor y la compasión por el hecho de destacarlos; antes bien la humanidad será conducida a la comunidad fraternal por algo distinto, esto es, por el conocimiento espiritual. Para generar la confraternidad no existe otro medio que la difusión en el mundo de los conocimientos ocultos. Por más que se hable del amor y de la confraternidad humana, o que se constituyan miles de

asociaciones, éstas no conducirán al fin deseado, ni por la mejor intención. Lo que importa es hacer lo acertado, saber cómo se constituye la unión fraternal. Únicamente los hombres que vivan en la verdad oculta que rige para todos los hombres, han de unirse en la única verdad. Así como el sol une las plantas que hacia él se inclinan, si bien cada una es una individualidad, así también la verdad tiene que ser una sola, a la que todos los hombres quieren llegar, y así todos han de unirse. Pero es necesario que ellos trabajen enérgicamente para encontrar la verdad, pues sólo así pueden convivir armónicamente.

Se podría objetar que todos aspiran a la verdad, pero que debido a diferentes puntos de vista surgen desavenencias y discrepancias. Sin embargo, esto se basa en un conocimiento de la verdad no suficientemente fundado. No corresponde apoyarse en que en la verdad puede haber distintos puntos de vista; antes bien se debe comprobar por experiencia que la verdad no puede ser sino una sola. Ella no depende de ningún

plebiscito, pues es certera en sí misma. Nadie pondrá a votación, si los tres ángulos de un triángulo suman 180 grados. Si yo lo reconozco, es verdad para mí, no importa si millones de personas lo admiten, o acaso ni uno solo. En cuanto a la verdad no hay democracia, y quienes aún no armonizan, todavía no penetraron lo suficiente en la verdad. A esto se debe toda discrepancia acerca de la verdad. Se puede decir: Ciertamente, pero uno afirma otra cosa que otro con relación a hechos ocultos. Sin embargo, en el verdadero ocultismo no es así. A este respecto pasa lo mismo que en los hechos materialistas, donde también uno afirma algo distinto que otro, pero

una de las dos opiniones resulta ser errónea. Lo mismo ocurre en el verdadero ocultismo, sólo que frecuentemente se suele juzgar sobre hechos ocultos antes de haberlos comprendido.

El objetivo a que aspirará la sexta época consiste en la popularización de la verdad oculta en la mayor amplitud, pues esta es la misión de dicha época. y la asociación que ahora se constituya espiritualmente ha de asumir la tarea de llevar la verdad oculta a la vida misma y de emplearla espontáneamente en la misma, pues esto es precisamente lo que a nuestro tiempo hace falta. Obsérvese con qué intensidad nuestra época está

buscando y que nadie es capaz de encontrar lo adecuado. Existen innumerables cuestiones: la educación, la cuestión feminista, la social, la alimentaria, la medicina. Se trata de arreglarlas; se escriben muchísimos artículos y libros, donde cada uno habla desde su punto de vista, pero nadie quiere estudiar lo central, la verdad oculta. No se trata de saber abstractamente algo sobre verdades de la ciencia espiritual, sino de llevarlas directamente a su aplicación en la vida. Hay que estudiar la cuestión social, lo relativo a la educación y en general toda la vida humana desde el punto de vista de la verdadera sabiduría oculta.

Se podría objetar que para realizarlo hace falta conocer la sabiduría suprema; pero esto se debe al error como si siempre fuese necesario conocer lo que en la vida se emplea, No es necesario, pues el conocimiento de los principios supremos muchas veces se alcanza mucho más tarde que el aplicarlos. Si la humanidad hubiera tenido que esperar con la digestión hasta el haber conocido las leyes que la rigen, la evolución de la humanidad no hubiera sido posible. Así tampoco es preciso conocer todas las leyes espirituales, con el fin de hacer fluir la ciencia espiritual en la vida cotidiana. El método rosicruciano de basarse en lo espiritual parte precisamente del principio: menos abstracción y en su lugar la consideración de los problemas vitales de todos los días. Lo que importa no consiste en que se diga: La ciencia espiritual es ciencia espiritual, sino en que realmente se aplique a la vida como tal. Se entiende que al haber aprendido a hablar el niño aún no conoce todas las reglas gramaticales del idioma. Primero aprende a hablar y después la gramática. Por consiguiente, hay que dar importancia a que primero, mediante las enseñanzas espirituales, el hombre se interese por lo que en la vida le circunda, antes de ocuparse de lo que existe en los mundos supremos; de lo que da conocimiento sobre el plano astral y el plano del devachan. Sólo de tal manera comprendemos lo que existe en torno nuestro y dónde hay que actuar. Se nos presenta la tarea concreta de unir, por medio de la armoniosa sabiduría oculto-espiritual, la humanidad desintegrada, que ha sido arrojada de las antiguas comunidades sanguíneas y tribales.

Con la ulterior evolución desde la quinta a la sexta y después a la séptima época se perderá cada vez más el antiguo vínculo de las comunidades étnicas y sanguíneas. La humanidad va mezclándose a fin de agruparse desde puntos de vista espirituales.

Ha sido una impertinencia hablar en teosofía de razas en tal sentido como si las mismas continuasen subsistiendo para siempre, pues el concepto de raza ya perderá su sentido en el futuro inmediato, si bien con ello me refiero a miles de años. La afirmación insistente de que en el mundo siempre se han desarrollado siete más siete razas, es una extensión especulativa de un concepto que sólo es válido para nuestra época hacia atrás y hacia delante, pero jamás lo ha dicho la clarividencia, el ocultismo. Como todo en el mundo se forma, también se formaron las razas, y como todo vuelve a desaparecer, también volverán a desaparecer las razas; y quienes siempre han hablado de razas, tendrán que acostumbrarse a hacer movibles sus conceptos, pues su actitud sólo se debe a la indiferencia. Cuando sólo un poco se dirige la mirada hacia el porvenir, ya dejan de ser válidos los conceptos del pasado y del presente. Se trata principalmente de que el hombre no considere como sabiduría eterna lo que una vez ha sido su firme convicción. Será necesario acostumbrarse a conceptos movibles, a reconocer que los conceptos se modifican; y esto será un progreso. Los hombres que quieren ser los portadores del futuro tienen que desarrollar la posibilidad de transformar los conceptos rígidos, dogmáticos, en conceptos movibles, porque así como cambian los tiempos también tienen que cambiar nuestros conceptos, si queremos comprender los tiempos.

Las almas viven ahora en un cuerpo humano al que observan claramente por medio de los sentidos. ¿En qué tuvo el mismo su origen? Antiguamente era muy distinto del cuerpo de ahora, e incluso extrañamente difiere en la época en que el alma descendió a la tierra, para incorporarse en el cuerpo físico. ¿Cómo se desarrolló el ser humano para llegar a la figura que tiene ahora? Por el obrar del alma en el cuerpo mismo en el curso de todas sus encarnaciones. Podemos formarnos un concepto de cómo el alma ha influido sobre el cuerpo si nos imaginamos la poca probabilidad que al hombre le ha quedado para influir sobre su cuerpo en la época actual del materialismo, pues es relativamente muy poco lo que el hombre puede hacer para transformar su denso cuerpo físico. Nótese lo pasajero de cómo en el presente podemos influir sobre el cuerpo y la fisonomía cuando, por ejemplo, algo nos causa horror o temor. Las impresiones de angustia, de miedo, nos hacen palidecer.

Lo mismo se producen cambios por el rubor de la vergüenza. Esto es pasajero, pero se nota como ello se produce: algo influye sobre el alma de modo que el efecto se extiende sobre la sangre y así indirectamente sobre el cuerpo físico, sobre la fisonomía.

Pero el efecto puede ser más intenso, pues sabemos que a las personas de una profunda vida espiritual les es posible dar expresión fisonómica exterior a su trabajo espiritual.

Se conoce exteriormente si un hombre ha vivido de un modo meditabundo o sin pensamientos. De tal manera el hombre todavía influye sobre su aspecto exterior, y quien es de sentimientos nobles lo exterioriza en movimientos refinados. Se trata solamente de restos insignificantes de lo que en el curso de milenios la humanidad ha trabajado para su transformación.

Mientras que en el presente sólo podemos hacer aparecer y desaparecer la sangre en nuestro rostro, el hombre de tiempos antiguos estaba enteramente bajo la influencia de un mundo de imágenes como expresión del mundo espiritual; y esto tenía por efecto que en medida mucho más intensa él podía influir sobre la transformación de su organismo. Pero el cuerpo también estaba aún más blando. Hubo un tiempo cuando no solamente se podía extender la mano, y no solamente señalar con el dedo, sino hacer penetrar la voluntad en la mano, y hasta transformar la mano de modo que se podían extender los dedos como prolongaciones. Hubo un tiempo en que los pies aún no tenían forma fija, sino que el hombre, según necesidad, era capaz de extenderlos como prolongación. Esto le hacía posible formar su propio cuerpo según las imágenes que él recibía del mundo circundante. En la época material del presente la transformación se realiza de la manera más lenta, pero volverá a hacerse más veloz; y en el futuro el hombre adquirirá nuevamente mayor influencia sobre su corporalidad física. Al contemplar la iniciación veremos con qué medios él obtendrá tal influencia. Si bien no es posible alcanzarlo en una sola vida, se podrá hacer mucho para la próxima encarnación. Resulta pues que el hombre mismo creará la futura configuración de su cuerpo. Haciéndose el organismo humano cada vez más blando, quiere decir al liberarse el hombre de las partes duras, va preparando su porvenir. Llegará el período en que, como en tiempos pasados, el hombre en cierto modo vivirá elevado sobre sus partes terrestres. A tal estado, comparable con el del sueño de ahora, seguirá otro en que el hombre podrá retirar a voluntad el cuerpo etéreo del cuerpo físico. En cierto modo la parte más densa del organismo humano estará abajo sobre la tierra firme, y el hombre la utilizará desde fuera, como un instrumento. No tendrá el cuerpo como viviendo en él, sino que él estará cernido sobre el mismo; y el cuerpo como tal estará más sutil y menos denso. Ahora pareciera como un pensamiento fantasioso, pero por las leyes espirituales se lo puede saber con certeza, lo mismo que por las leyes de la astronomía se pueden calcular las futuras eclipses del sol y la luna. Ante todo el ser humano influirá sobre la fuerza de procreación. Muchos no pueden imaginarse que jamás pudiese haber otro modo de procreación que en el presente. No obstante cambiará; y lo que ahora existe como procreación relacionado con el instinto correspondiente, pasará en el futuro a otro órgano. La laringe es el órgano que ya en el presente se prepara para ser el futuro órgano de procreación. En nuestro tiempo la laringe sólo es capaz de producir vibraciones del aire, es decir, transmitir al aire lo que es el contenido de una palabra, de tal manera que las oscilaciones corresponden a la palabra. En el porvenir provendrá de la laringe no solamente la palabra con su ritmo, sino que el hombre hará penetrar luz en esta última, y la misma quedará además impregnada de substancia. Así como ahora la palabra sólo se transforma en onda de aire, en el futuro emanará de la laringe el ser interior del hombre, su fiel trasunto, como éste hoy

vive en la palabra. El ser humano provendrá del ser humano, el hombre expresará al hombre. En ello consistirá el nacimiento de un nuevo ser humano: otro ser humano lo expresará.

Semejantes hechos proyectan una bien definida luz sobre fenómenos que existen en torno nuestro y que las ciencias naturales no saben explicar. La transformación del instinto de procreación, la que nuevamente será asexual, asumirá las funciones de la actual procreación. A esto se debe que en el momento de la madurez sexual tiene lugar en el organismo varonil una transformación de la laringe, la voz se torna más grave. Esto nos hace ver que los dos fenómenos guardan relación entre sí. También vemos que el ocultismo siempre dilucida los hechos y fenómenos de la vida, donde la ciencia materialista no es capaz de dar la debida explicación.

De un modo similar a como el órgano de la laringe se transformará, se producirá una transformación del corazón humano, el órgano que está íntimamente relacionado con la circulación sanguínea. La ciencia común cree que el corazón es como una bomba. Pero esto es una idea grotesca y fantasiosa.

El ocultismo jamás ha expresado semejante afirmación fantasiosa como la sostiene el materialismo del presente. Los sentimientos del alma son la fuerza propulsora de la sangre. El alma impulsa la sangre, y el corazón se mueve porque la sangre le da el impulso. Quiere decir que la verdad es exactamente lo contrario de lo que afirma la ciencia materialista. Pero en el presente el hombre todavía no puede dirigir su corazón a voluntad. Cuando él tiene miedo el corazón palpita más fuerte, porque el sentimiento influye sobre la sangre y ésta acelera el movimiento del corazón. Pero más tarde, a un nivel evolutivo más alto, el hombre ejercerá dominio sobre lo que ahora experimenta instintivamente. En el futuro impulsará la sangre a voluntad y moverá el corazón como ahora los músculos de la mano. Para la ciencia actual el corazón, con su estructura singular, es un enigma, una cruz. Posee fibras musculares transversales que por lo demás sólo se encuentran en los músculos de uso a voluntad. Esto es así porque el corazón todavía no ha llegado al fin de su evolución, sino que es un órgano del futuro, destinado a convertirse en músculo a voluntad. Debido a ello posee ya ahora en su construcción la disposición correspondiente .

Todo lo que sucede en el alma del hombre va modificando de la referida manera la configuración de su organismo. Y si nos imaginamos ahora al ser humano que será capaz de crear, por la palabra expresada, un ser semejante a sí mismo; cuyo corazón se habrá transformado en un músculo a voluntad, y que tendrá otros órganos transformados, se nos da una idea del género humano del futuro, en futuras incorporaciones planetarias de nuestra Tierra. En la Tierra de ahora la humanidad alcanzará el nivel evolutivo que es posible alcanzar bajo la influencia del reino mineral. Este reino, a pesar de haberse formado por último, volverá a desaparecer primero en cuanto a su forma actual. El hombre ya no formará entonces su cuerpo de sustancias minerales como ahora; antes bien, el futuro

cuerpo humano por de pronto sólo se incorporará sustancias vegetales. Todo cuanto en el organismo humano actúa según leyes minerales, ha de desaparecer. Les voy a dar un ejemplo aparentemente grotesco: En el presente el hombre escupe la saliva común, la que es un producto mineral, pues el cuerpo físico humano se compone por el actuar conjunto de procesos minerales. Al haber concluido su evolución mineral, ya no escupirá saliva mineral, sino que ésta será entonces de naturaleza vegetal, y -por decirlo así- el hombre escupirá flores.

Ya no habrá glándula que segregue sustancia mineral, sino únicamente vegetal. El reino mineral será superado por el hecho de que el hombre volverá a desarrollarse hacia el estado vegetal. Así la vida del hombre se desarrolla hacia el estado planetario de Júpiter, eliminando todo lo mineral y pasando hacia la creación en lo vegetal. y cuando más tarde pasará a la creación en lo animal -ciertamente serán otros animales que los del presente- cuando su corazón habrá alcanzado la capacidad de crear en el mundo animal, tal como ahora crea en el reino mineral, vendrá el estado planetario de Venus. Y cuando será capaz de crear un ser semejante a sí mismo, al pronunciar su fiel trasunto, se habrá cumplido el sentido de nuestra evolución y con ello la palabra: "Hagamos al hombre...".

Únicamente si el hombre se atiene al punto de vista de que por el actuar del alma se transforma el cuerpo, llegará a transformar realmente al género humano. Sólo por medio de un pensar en el sentido oculto, en el sentido espiritual, tendrá lugar lo que acabo de describir como la transformación del corazón y de la laringe. Lo que la humanidad piensa ahora, será realidad en el futuro. La humanidad de pensamientos materialistas producirá en el futuro seres horribles, mientras que la humanidad de pensamientos espirituales, influye sobre el organismo del futuro de tal modo que como resultado aparecerán cuerpos humanos hermosos.

Aún no se ha cumplido lo que resulta del modo de pensar materialista. En la actualidad tenemos dos corrientes, la materialista muy amplia que abarca toda la Tierra, y la pequeña espiritual delimitada a pocos hombres. Hay que distinguir entre la evolución de las almas y la de razas. Si las razas pasan a tener una forma grotesca, no hay que creer que las almas harán lo mismo. El trabajo de todas las almas de pensamientos

materialistas conducirá a producir razas malas, mientras que el trabajo espiritual conduce a producir una buena raza. Así como la humanidad ha creado la que ha caído a las formas de animales, vegetales y minerales, se separará una parte la que representará la parte mala de la humanidad, y en el cuerpo ya más blando se expresará exteriormente la maldad interior del alma. Así como estados antiguos que descendieron a la especie de los simios, nos parecen ahora grotescos, así también las razas materialistas permanecerán en el punto de la maldad y poblarán la Tierra como razas malas. Dependerá enteramente de la humanidad, si un alma quiere formar parte de la raza mala, o ascender a una raza buena, a través de una cultura espiritual.

Se trata de aspectos que debemos conocer, si queremos vivir hacia el futuro sobre la base del verdadero conocimiento. De otro modo andamos por el mundo como ciegos, pues en la humanidad actúan fuerzas que se deben conocer y tomar en consideración; y quien no quisiera enterarse de las fuerzas que tienden a este o aquel lado, dejará de cumplir con sus deberes para con la humanidad. Buscar el conocimiento por el solo motivo del conocimiento, sería egoísmo. Quien desee conocer para percibir los mundos superiores, es egoísta; en cambio, quien se proponga hacer valer el conocimiento en la realidad práctica de la vida cotidiana, contribuye a la prosecución de la futura evolución de la humanidad. Es de suma importancia que aprendamos cada vez más a llevar a la práctica lo que existe como concepción científico-espiritual.

Vemos pues que el movimiento espiritual tiene un objetivo bien definido, esto es, configurar desde ya la futura humanidad; y este objetivo no se alcanzará de otra manera que por el acogimiento de la sabiduría espiritual oculta. Así piensa quien capta la ciencia espiritual como la misión de la humanidad, la piensa en su relación con la evolución y no la considera como un mero deseo, sino como un deber reconocido como tal. Cuanto más lo reconocemos tanto más nos acercamos a la futura configuración de la humanidad en la sexta época. Como en la antigua Atlántida, en las cercanías de Irlanda del presente, los hombres progresados migraron hacia el Este para fundar las nuevas culturas, así tenemos nosotros la tarea de preparar por nuestro trabajo el gran momento de la sexta época en que la humanidad emprenderá un gran progreso espiritual.

Debemos tratar de volver a dejar atrás el materialismo, y por esta razón asociaciones espirituales deben aspirar a jugar en la humanidad un rol conductor; no por inmodestia y arrogancia, sino como un deber. En este sentido deben agruparse hombres a fin de preparar el porvenir. Pero el unirse no se debe entender como en un determinado lugar, pues todo concepto de sitio pierde entonces su sentido, puesto que ya no se trata de afinidad étnica, sino que se trata de que los hombres se encuentren espiritualmente en toda la Tierra, con el fin de configurar positivamente el porvenir. Por esta razón, hace cuatrocientos años, cuando nuestra época estaba entrando en lo más hondo de la materia, la Fraternidad de los Rosicrucianos fundó aquella ciencia espiritual práctica, la que quiere responder a todas las preguntas de la vida cotidiana.

Así como el conocimiento viejo es de efecto descomponente, como lo muestra la "Crítica del Lenguaje" de Fritz Mauthner, la orientación espiritual a su vez busca el lazo de unión de la sabiduría espiritual. A esto se debe la creación de la nueva enseñanza de iniciación, la que directamente toma en consideración la conducción de la humanidad hacia un nuevo ciclo de los tiempos. Así se vincula el principio de la evolución de la humanidad con el concepto de la iniciación.

La iniciación

En esta última conferencia debemos hablar del principio de la iniciación, o del discipulado esotérico. Más exactamente, queremos hablar de los dos métodos de enseñanza, los que ante todo toman en consideración lo que en este ciclo de conferencias se ha expuesto sobre la evolución de la humanidad, pues hay que tener presente que en cierto sentido la verdad se encuentra por el remontarse a estados anteriores de la humanidad.

Hemos dicho que los hombres de la antigua Atlántida percibían sabiduría en todo el mundo circundante. Cuanto más nos remontemos al pasado remoto, tanto más descubriremos estados de conciencia que permitían a los hombres percibir las fuerzas creadoras que obran en el mundo, las entidades espirituales a nuestro alrededor. Todo lo que nos circunda ha sido creado por dichas entidades creadoras, y el percibirlas significa conocerlas.

Cuando, en el curso de la evolución la humanidad había alcanzado el estado de conciencia del presente, en realidad no antes que durante nuestra quinta época post-atlante, sintió en el alma el anhelo de penetrar nuevamente en los reinos espirituales. Les he dicho que en el antiguo pueblo indio vivía el profundo anhelo de llegar a conocer lo verdaderamente espiritual detrás de todo lo que en el mundo nos circunda, y que en dicho pueblo se formó la convicción: todo lo existente a nuestro alrededor es un ensueño, es ilusión; nuestra única tarea consiste en ascender a la antigua sabiduría, la que en tiempos remotos había creado y obrado.

Los discípulos de los antiguos Rishis se esforzaban en emprender el camino que por medio del yoga les conducía a alzar la mirada hacia los reinos de los que ellos mismos habían descendido. Dejando atrás la maya, la ilusión, aspiraban a elevarse a los reinos espirituales.

Este es uno de los caminos que el hombre puede tomar, pero el camino más reciente para ascender a la sabiduría es el sendero rosicruciano, el que no se orienta hacia el pasado, sino hacia el futuro, hacia los estados que el hombre volverá a vivir.

Por el mismo se enseña a desenvolverse por sí mismo, por medio de determinados métodos, la sabiduría cuyo germen se halla en el hombre. Es el sendero dado por el fundador del movimiento esotérico rosicruciano, cuyo nombre exterior es Christian Rosenkreutz. Este sendero no es ajeno al cristianismo, antes bien es un sendero cristiano adecuado a las condiciones modernas, un sendero entre el cristianismo en sentido propio y el sendero yoga.

Dicho camino en parte ha ya sido preparado mucho tiempo antes del cristianismo, adoptando una forma singular por el actuar del gran iniciado que, como Dionisio el Areopagita, en la Escuela esotérica ateniense de San Pablo, fundó la enseñanza que ha dado origen a toda posterior sabiduría y enseñanza esotéricas.

Estos últimos son los dos caminos de la enseñanza esotérica, especialmente indicados para el Occidente. Todo lo relacionado con nuestra cultura y con la vida que llevamos y que debemos llevar, todo esto se eleva a otro nivel, incluso hacia el principio de la iniciación, a través de la enseñanza cristiana y la rosicruciana. Para el hombre del presente el sendero puramente cristiano resulta ser algo difícil; por esta razón se ha creado el sendero rosicruciano para el hombre de la vida de nuestro tiempo. Quien dentro de la vida moderna desee emprender el camino antiguo, puramente cristiano, debe tener la posibilidad de poder retirarse por un tiempo de la vida exterior, para luego volver a entrar en la misma tanto más intensamente. En cambio, cualquiera puede entrar en el sendero rosicruciano, no importa en qué profesión y en qué esfera de la vida esté situado. Pasamos a caracterizar el sendero puramente cristiano. El mismo se encuentra indicado en el libro cristiano más profundo, en el Evangelio según San Juan, el libro menos comprendido por los representantes de la teología cristiana. También lo caracteriza, según su contenido, el Apocalipsis, o Revelación secreta.

El Evangelio de San Juan es un libro maravilloso; es preciso vivirlo, no solamente leerlo. Es posible vivirlo, si se tiene presente que en el mismo se dan instrucciones para la vida interior, instrucciones que se deben observar de la justa manera. El sendero cristiano exige del discípulo que al Evangelio de San Juan lo considere como un libro de meditación. Una condición fundamental, que hasta cierto grado en la enseñanza rosicruciana no se exige, consiste en que se tenga la fe más estricta en la personalidad de Cristo Jesús. Por lo menos hay que tener en sí la posibilidad de creer que esta suprema individualidad, el conductor de los Espíritus del Fuego durante el período solar, estuvo encarnado físicamente en Jesús de Nazareth; que Jesús no fue tan sólo "el hombre sencillito de Nazareth", no una individualidad comparable con Sócrates, Platón o Pitágoras. Es preciso comprender su categoría fundamentalmente distinta de todos los demás. Si se quiere seguir la enseñanza puramente cristiana, hay que estar convencido de su naturaleza única de Hombre-Dios, pues de otro modo no se tiene el debido sentimiento básico, el que despierta las fuerzas del alma. Por esta razón es necesario creer verdaderamente en lo que expresan las primeras palabras del Evangelio de San Juan: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios" hasta las palabras: "y el Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros." Quiere decir que el mismo Espíritu que había sido el regente de los Espíritus del Fuego y que estuvo vinculado con la transformación de la Tierra, al que también llamamos el Espíritu de la Tierra, realmente vivió entre nosotros en la envoltura física; verdaderamente estuvo encarnado en un cuerpo físico. Esto es lo que se debe reconocer. Si no se lo puede reconocer, es mejor someterse a otro discipulado.

Pero quien bajo esta condición fundamental meditativamente se pone ante el alma las palabras del Evangelio de San Juan hasta donde dice: "lleno de gracia y de verdad ", todos los días en hora de la mañana, durante semanas y meses, pero de tal modo que no solamente las

comprende, sino que vive en ellas, experimentará que las mismas tienen para el alma una fuerza despertadora, pues no son palabras comunes, sino fuerzas despertadoras que provocan otras fuerzas del alma. Pero es preciso que el discípulo tenga la paciencia para vivirlas en el alma meditativamente todos los días. Entonces se despertarán bien determinados sentimientos y con ellos las fuerzas que para el discipulado cristiano son necesarias. El sendero cristiano es más bien de carácter interior, mientras que en la enseñanza rosicruciana se encienden los sentimientos por el contacto con el mundo exterior. El sendero cristiano consiste en un despertar de sentimientos. Por el mismo deben despertarse siete grados de sentimientos. A ello se añaden otros ejercicios que sólo se dan de hombre a hombre de acuerdo con el carácter del individuo. Pero es imprescindible vivir el contenido del décimotercer capítulo del Evangelio de San Juan, tal como ahora lo voy a describir. El maestro dice al discípulo: Tú debes desarrollar en tí bien determinados sentimientos. Imagínate que la planta brota del suelo terrestre. Ella es superior al suelo mineral, pero necesita de él. Ella, lo superior, no podría existir sin lo inferior. Y si la planta pudiera pensar, tendría que decir a la tierra: si bien soy superior a ti, no puedo existir sin ti; y con gratitud debería inclinarse hacia ella. Lo mismo debería hacer el animal frente a la planta, pues sin ella no podría existir; e igualmente el hombre frente al animal. y el hombre, al haber alcanzado un nivel superior, tendrá que decirse: jamás podría encontrarme en este nivel sin que existiera el inferior. Con gratitud debe inclinarse hacia éste, pues el mismo le ha hecho posible su existencia.

Ningún ser en el mundo podría existir sin el ser inferior, al que debería agradecer. Así también el Cristo, como el Ser Supremo, no pudo existir sin los doce, y en el décimotercer capítulo del Evangelio de San Juan se describe grandiosamente el sentimiento del inclinarse con gratitud. El Cristo, el Ser Supremo, lava a los discípulos los pies. Si uno se imagina que en el alma humana se despierta ese sentimiento elemental, si durante semanas y meses el discípulo vive en pensamientos y contemplaciones que le profundizan en el alma ese sentimiento elemental, el sentimiento de la gratitud con que lo superior debe mirar hacia lo inferior que le da la posibilidad de vivir, entonces se despierta en él el primer sentimiento elemental; y lo ha experimentado suficientemente en el instante en que aparecen ciertos síntomas: un síntoma exterior y una visión interior. El síntoma exterior consiste en que el hombre tiene la sensación de sus pies como bañados en agua; por una visión interior él se percibe a sí mismo, como Cristo, lavar los pies de los doce. Esto se alcanza como el primer grado: el lavatorio, el lavado de los pies, pues esto no es solamente un acontecimiento histórico, sino que cualquiera lo puede vivir: el acontecer descrito en el décimotercer capítulo del Evangelio de San Juan. Dicho grado es la expresión exterior sintomática de que en el mundo de sus sentimientos el hombre se ha elevado al grado de poder experimentarlo; y no podrá ascender a tal grado dentro del

mundo de sus sentimientos sin que se produzca también el síntoma a que me refiero.

Se llega a experimentar el segundo grado, la flagelación, si se reflexiona sobre lo siguiente: ¿Cómo lo soportarás cuando desde todos los lados te ataquen los dolores y azotes de la vida?

Debes mantenerse erguido, fortalecerte contra todo el sufrimiento que la vida te depare; deberás soportarlo.

Así se produce el segundo sentimiento elemental que se debe obtener. Al mismo corresponde como sentimiento exterior un picazón y una contracción en todas partes del cuerpo exterior; y la expresión más bien interior consiste en una visión por la cual uno se observa dándose azotes a sí mismo, primero en el ensueño, después en forma visionaria.

El tercer grado consiste en la colocación de la corona de espinas. En esta etapa hay que tener, durante semanas y meses, el sentimiento: ¿Cómo soportarás el hecho de que no solamente debes experimentar los sufrimientos y dolores de la vida, sino que incluso se arroja escarnio y burla contra lo más sagrado, contra tu ser espiritual?

También en esta situación el discípulo no debe quejarse, sino que debe saber que a pesar de todo tiene que estar erguido. Como resultado de ello y por una visión astral interior él se percibirá a sí mismo con la corona de espinas, sintiendo a la vez un dolor exterior en la cabeza, como síntoma de que en su mundo de sentimientos ha alcanzado el punto de poder hacer tales experiencias.

El cuarto grado es la crucifixión. Para alcanzarlo, el discípulo nuevamente tiene que desarrollar un sentimiento bien definido. En nuestro tiempo el hombre identifica su cuerpo con su yo. Quien desee atenerse a las condiciones de la iniciación cristiana deberá acostumbrarse a llevar por el mundo su cuerpo, de la manera como se lleva un objeto exterior, digamos una mesa. Debe sentir su cuerpo como algo ajeno; lo debe llevar pasando por la puerta, como si fuera algo ajeno. Cuando con este sentimiento elemental haya alcanzado el debido grado, experimentará lo que se llama la prueba de la sangre. En determinados puntos de la piel aparecen ciertas rubescencias de tal modo que el discípulo puede hacer aparecer los estigmas de Cristo en las manos, los pies y en el costado derecho del tórax. Cuando por el calor del sentimiento el discípulo es capaz de producir en sí la prueba de la sangre, como síntoma exterior, también se produce lo interior, lo astral de que él se percibe como crucificado.

El quinto grado es la muerte mística. El hombre se eleva cada vez más al sentimiento: Yo formo parte del mundo entero; no soy un ser independiente, como tampoco lo es un dedo de mi mano. Tiene la sensación de encontrarse en el seno del mundo, como perteneciente al mismo. Después tiene la sensación como si todo en torno suyo cayese en obscuridad, como si le envolviese una negra obscuridad, como una cortina que se hiciese más espesa. Durante este tiempo el iniciando llega a conocer toda la pena y todos los dolores, todo lo malo y la desgracia que sufre la creatura. Esto es el descender al infierno que cada uno debe experimentar. A continuación tiene lugar algo como si la cortina se rompiera, y el discípulo tiene entonces la

visión de los mundos espirituales. Esta experiencia se llama la rotura de la cortina.

La sexta etapa es la sepultura y la resurrección. Cuando el discípulo llega a este grado debe estar preparado para decirse: me he acostumbrado a considerar mi cuerpo como algo ajeno, pero ahora siento todo en el mundo como tan perteneciente a mí como mi propio cuerpo, el que por cierto ha sido tomado de aquellas substancias. Cada flor, cada piedra me son tan cercas como mi cuerpo. Esto significa que el hombre está sepultado en el planeta Tierra. Este grado se halla necesariamente vinculado con una nueva vida, con el sentirse unido con lo más profundo del alma del planeta, con el alma de Cristo que dice: los que comen el pan conmigo, ponen sus pies sobre mí.

No es posible describir el séptimo escalón, la Ascensión. Hay que poseer una alma que para pensar ya no depende del cerebro como instrumento. Para poder sentir lo que el discípulo experimenta como lo que se llama la Ascensión, hay que tener una alma capaz de vivir este sentimiento.

El carácter de la iniciación cristiana se nos presenta como el transitar por estados de humilde consagración. Quien pasa por la misma tan seriamente, experimenta en los mundos espirituales su resurrección. No todos la pueden realizar en nuestro tiempo. Por esta razón es necesario que haya otro método que conduzca a los mundos superiores. Este otro método es el rosicruciano.

También de éste quisiera nombrar siete grados que darán un cuadro de lo que en tal discipulado existe. En parte ha sido descrito en el libro "¿Cómo se alcanza el conocimiento de los mundos superiores?"; otros pormenores únicamente se pueden dar de hombre a hombre dentro de la enseñanza misma; de todos modos es preciso formarse un concepto de lo que dicho discipulado da al hombre.

También tiene siete grados, pero no uno tras otro, pues depende de la individualidad del discípulo. El maestro indica lo que para el discípulo le parece apropiado; muchos otros detalles se abstraen de la descripción exterior.

Los siete grados son los que siguen:

1. El estudio.
2. El conocimiento imaginativo.
3. El conocimiento inspirado, o leer la escritura oculta.
4. La preparación de la piedra filosofal.
5. La correspondencia entre el macrocosmos y el microcosmos.
6. Penetrar en la comprensión del macrocosmos.
7. La bienaventuranza.

El estudio en el sentido rosicruciano consiste en el poder contemplar un contenido de pensamientos que no se toma de la realidad física, sino de los mundos superiores, quiere decir, consiste en lo que se llama vivir en el pensamiento puro. Esto lo niegan incluso la mayoría de los filósofos del presente; ellos afirman que en todo pensar tiene

que haber un cierto resto de concepción sensible. Pero esto no es cierto, pues en realidad nadie puede ver, por ejemplo, un círculo. Es preciso que el círculo se perciba en espíritu; en el pizarrón se ve solamente una acumulación de partículas de tiza. El verdadero círculo sólo existirá si se hace abstracción de toda clase de ejemplos tomados de la realidad exterior. Quiere decir que en las matemáticas el pensar es de índole suprasensible. Pero también en los demás hechos del mundo hay que aprender a pensar en forma suprasensible; y los iniciados siempre tuvieron semejante manera de pensar sobre la naturaleza del ser humano. La teosofía rosicruciana es un conocimiento suprasensible, y el estudio de la misma, como lo hacemos en estas conferencias, es la primera etapa de la enseñanza rosicruciana misma. Hablo sobre la teosofía rosicruciana, no por motivos exteriores, sino porque lo descrito representa el primer escalón de la iniciación rosicruciana. Los hombres ciertamente suelen pensar que es innecesario hablar sobre los principios de la naturaleza humana, o sobre la evolución de la humanidad y las distintas evoluciones planetarias; prefieren desarrollar sentimientos agradables, en vez de estudiar seriamente. Pero por más que se llegue a cultivar en el alma sentimientos bellos, no es posible elevarse por ellos solamente a los mundos superiores. La teosofía rosicruciana no se propone suscitar sentimientos, antes bien tiende a dejar hablar los sentimientos mismos por la fuerza de los grandiosos hechos de los mundos espirituales. El adepto al movimiento rosacruz lo sentiría como una especie de impudicia lanzarse sobre los hombres mediante sentimientos. Los conduce a conocer el devenir de la humanidad, con la suposición de que esto mismo hace surgir los sentimientos. Les enseña la evolución de los planetas en el universo; y si el alma llega a conocer estos hechos, ha de conmoverse en sus sentimientos. No son más que palabras cuando se exige dirigirse directamente a los sentimientos; es simplemente por comodidad. La teosofía rosicruciana deja hablar los hechos, y si los pensamientos respectivos fluyen en el sentimiento y lo conmueven, esto es prueba del camino acertado. Sólo lo que el hombre siente por su propio ser, es capaz de darle felicidad. El adepto rosicruciano deja hablar los hechos del cosmos, porque esto es el modo más impersonal de enseñar. Pero también es indiferente quién está hablando, pues no se intenta conmover por una personalidad, sino por lo que ella comunica como hechos del devenir del mundo. Por esta razón se excluye en la enseñanza rosicruciana toda veneración directa del maestro, pues él no la exige y no la necesita; él quiere hablar al discípulo sobre lo que existe sin él.

Quien después desee elevarse a los mundos superiores deberá acostumbrarse a aquel pensar que hace nacer un pensamiento de otro, un pensar como ha sido desarrollado en mis libros "La Filosofía de la Libertad" y "Verdad y Ciencia". Los mismos no son libros escritos de tal manera que se podría tomar un pensamiento y ponerlo en otro lugar; antes bien fueron escritos de un modo similar a como se genera un organismo: así también nace un pensamiento de otro.

Son libros que no tienen nada que ver con quien los ha escrito, pues él se abandonó a lo que los pensamientos mismos llegaron a formar y cómo ellos se estructuraron por sí mismos.

Resulta pues que el estudio, para aquel que en cierto modo lo desee realizar en lo elemental, consiste en el tomar conocimiento de los hechos fundamentales de la ciencia espiritual, mientras que para ascender algo más es necesario penetrar en lo profundo de un mundo de pensamientos donde por sí mismo un pensamiento se desarrolla de otro.

El segundo grado es el conocimiento imaginativo, el conocimiento que se añade a lo que se le da al hombre por el pensar durante el estudio. Con ello se da la base que servirá para seguir el desarrollo por medio del propio conocimiento imaginativo. Teniendo presente lo aludido en las últimas conferencias, por ejemplo, podrán sentir en el eco reminiscencias de sucesos corrientes durante el período saturnal. Existe una posibilidad de considerar todo lo que nos circunda como fisonomía de espiritualidad inmanente. Los hombres andan sobre la Tierra, considerándola como un conglomerado de rocas y piedras; pero el hombre tiene que aprender a entender que todo en torno suyo es la verdadera expresión del Espíritu de la Tierra.

Al igual que el cuerpo humano tiene alma, el planeta Tierra es la expresión exterior de un Espíritu que vive en el mismo. Únicamente si el hombre considera que la Tierra es como un ser humano de cuerpo y alma, se formará el concepto de lo expresado por Goethe con las palabras: "Todo lo temporal sólo es símbolo." ("Fausto", II).

Cuando en el rostro humano vemos caer las lágrimas, no vamos a examinar, mediante las leyes de la física, con qué velocidad la lágrima cae, sino tomarla como expresión de la tristeza interior del alma, lo mismo que el aire risueño es expresión del alma alegre. El discípulo tiene que elevarse a un estado anímico por el cual, en cada flor de la pradera o del campo él ve la expresión de un ser viviente, la expresión del Espíritu de la Tierra. Ciertas flores le parecerán cual perlado de lágrimas, otras le serán expresión alegre del Espíritu de la Tierra. Cada piedra, cada planta, cada flor y todo lo demás será para él la expresión exterior del Espíritu mismo de la Tierra, de su fisonomía. y todo lo temporal le será símbolo de lo eterno que en él se expresa.

Esto ha sido el sentir del discípulo del Grial y del adepto rosicruciano. A él se le decía: Mira el cáliz de la flor al que cae el rayo del sol, el que llama las puras fuerzas productivas que dormitan en la planta. Debido a ello al rayo del sol lo llaman la "sacra lanza de amor". Mira al ser humano que es superior a la planta; él tiene en sí mismo los mismos órganos, pero en él está penetrado de placer impúdico y de apetencia lo que

la planta tiene en sí de un modo absolutamente puro y casto.

El futuro de la evolución humana consiste en que por otro órgano, el que será su órgano productivo transformado, el hombre, de un modo casto y puro, expresará hacia el mundo su fiel trasunto. El órgano productivo del hombre será casto y puro, sin pasión y sin apetencia, tal como el cáliz de la flor se dirige con castidad hacia la sacra lanza

de amor. El hombre se dirigirá hacia el rayo espiritual de la sabiduría, y éste le fecundará para poder producir un ser a semejanza de sí mismo. Este órgano será la laringe. Al discípulo del Grial se le señalaba: la planta de grado evolutivo inferior posee el cáliz casto, mientras que el hombre lo ha perdido; se ha desarrollado hacia abajo a la apetencia impúdica. Por el rayo de sol espiritualizado ha de generarlo nuevamente. Con castidad ha de desarrollar lo que va creando al Santo Grial del futuro.

De esta manera el discípulo alza la vista hacia el gran ideal. Lo que toda la humanidad alcanza a través de la lenta evolución, lo experimenta el iniciado anticipadamente. El nos muestra la imagen de la evolución de la humanidad y tales imágenes son de efecto muy distinto de los conceptos abstractos producidos por la época materialista del presente. Si nos representamos la evolución mediante imágenes tan grandiosas como lo es el Grial, el efecto será otro que aquel que ejerce el conocimiento común el que no es capaz de ejercer un efecto profundo sobre nuestro organismo. El conocimiento imaginativo influye hacia abajo sobre el cuerpo etéreo y de éste sobre la sangre que es el mediador que va transformando al organismo. El hombre será cada vez más capaz de transformar el organismo por medio del cuerpo etéreo. Todo conocimiento imaginativo que parte de la verdad influye a la vez en el sentido de fomentar la salud, sana la sangre en su circulación. El conocimiento imaginativo es el mejor educador, siempre que el hombre sea suficientemente fuerte y abnegado como para posibilitar tal influencia.

El tercer grado consiste en leer la escritura oculta, esto es, no solamente ver las distintas imágenes, sino dejar que el carácter de dichas imágenes cause efecto sobre sí mismo. Esto se transforma en lo que se llama la escritura oculta. Por medio de la imaginación se comienza a ordenar en determinadas figuras y configuraciones de colores, las líneas de fuerza que atraviesan el mundo creativamente. Asimismo se aprende a sentir la íntima relación que se expresa en dichas figuras, y esto se manifiesta como el sonido espiritual, la armonía de las esferas, puesto que esas figuras son construidas según las verdaderas condiciones del mundo. Nuestra escritura común es el último resto decadente de la antigua escritura oculta, y ha sido tomada de ella.

Al cuarto grado, la "preparación de la piedra filosofal" llega el hombre por medio de ejercicios del proceso respiratorio.

Cuando el hombre respira como el proceso de la naturaleza se lo ha impuesto, necesita la planta para poder respirar. Si no existiera la planta no podría vivir, pues la planta le da el oxígeno y asimila el carbono que el hombre mismo espira. La planta forma su propio organismo por medio del carbono y devuelve el oxígeno, de modo que para el hombre el mundo vegetal renueva constantemente el oxígeno. La humanidad no podría existir por sí sola. Si se sacara el mundo vegetal, la humanidad se extinguiría dentro de breve tiempo. Vemos pues el ciclo: el hombre aspira el oxígeno que la planta despidе.

Espiramos el carbono al que la planta acoge para formar mediante el mismo su propia corporeidad. Por lo tanto la planta me pertenece; ella es el instrumento que me hace seguir viviendo. El hecho de que la planta forma su cuerpo mediante el carbono lo evidencia el carbón de piedra que no es otra cosa que un cadáver de plantas. Mediante un proceso respiratorio bien determinado el discipulado rosicruciano enseña al hombre a desenvolver el órgano que en el propio organismo puede causar la transformación del carbono en oxígeno. Lo que en nuestro tiempo la planta hace afuera, se realizará en el futuro mediante un órgano que el hombre ya ahora desarrolla en sí a través del discipulado. Esto es algo que se prepara lentamente. Por medio del proceso respiratorio regulado el hombre llevará en sí mismo el instrumento para la elaboración del oxígeno: se habrá transformado en un ser unido con el mundo vegetal, mientras que ahora es de carácter mineral. Retendrá entonces en sí mismo el carbono, mediante el cual formará su propio cuerpo. Debido a ello su cuerpo será en el futuro más bien semejante a la planta, y él podrá entonces ir al encuentro con la sacra lanza de amor. Toda la humanidad tendrá en sí una conciencia como ahora la adquiere el iniciado al elevarse a los mundos superiores. Esto se llama la transformación de la substancia humana en la substancia cuya base es el carbono mismo. En ello consiste la alquimia que conduce a que el hombre formará su propio cuerpo de un modo parecido a como ahora lo hace la planta. Esto se llama la formación de la "piedra filosofal", cuyo símbolo exterior es el carbón. Pero éste sólo será la "piedra filosofal" cuando por medio de su proceso respiratorio regulado el hombre mismo la podrá producir. La enseñanza correspondiente sólo se puede dar de hombre a hombre, pues está cubierta por un profundo misterio; y al discípulo sólo se le podrá comunicar este misterio cuando él esté enteramente purificado. Si en el presente se enunciara dicho misterio supremo públicamente, los hombres en su egoísmo lo utilizarían para satisfacer sus deseos más bajos.

El quinto grado es la correspondencia entre el macrocosmos y el microcosmos. Si estudiamos el devenir de la humanidad nos daremos cuenta de que lo que ahora está en el organismo humano ha sido generado paso a paso desde afuera. Así por ejemplo, en el Sol antiguo las glándulas crecían afuera, tal como ahora los hongos. Todo lo que ahora existe bajo la epidermis humana, estaba otrora afuera, de modo que el cuerpo humano es una agrupación de lo que estaba extendido afuera.

Cada parte de nuestro cuerpo físico, el etéreo y el astral existía afuera en algún lugar del mundo. Así tenemos el macrocosmos en el microcosmos. Es que nuestra alma misma se encontraba afuera en la divinidad. Todo lo que está en nosotros corresponde a algo que está afuera, y tenemos que llegar a conocer correctamente tales correspondencias.

El punto de nuestra frente más arriba de la raíz de la nariz es la expresión de que algo determinado que en el pasado estaba afuera, se ha transmitido a lo interior del organismo humano. Si uno

contempla y se sumerge meditativamente en este órgano, esto será algo mucho más significativo que un mero cavilar en la naturaleza de dicho punto, pues por tal meditación se llega a conocer la parte correspondiente del mundo

exterior. Lo mismo se podrá conocer de esta manera la laringe y las fuerzas que la generaron. Se aprende a conocer el macrocosmos mediante la meditación sobre el propio cuerpo.

No se trata de un mero reflexionar exterior. No hay que decir: adentro está el Dios, lo voy a buscar. Sólo se encontraría al pequeño dios engrandecido por uno mismo. Quien sólo hable de tal reflexionar, jamás llegará al verdadero conocimiento. Llegar a este último por el sendero de la teosofía rosicruciana es menos cómodo y requiere un trabajo concreto. El mundo está lleno de majestuosidad y grandiosidad. Es preciso profundizar su conocimiento, conocer al Dios por sus distintos aspectos, para poder conocerlo en sí mismo, y sólo así se aprende a conocer al Dios en su totalidad. El mundo es como un gran libro; en las Creaciones tenemos las letras correspondientes las que tenemos que leer del principio al fin. Así aprendemos a leer del principio al fin el libro Macrocosmos

como asimismo el libro Microcosmos. Esto será entonces no meramente un entender, antes bien, encuentra su expresión en sentimientos; será un fusionar del hombre con todo el mundo; y el hombre mismo verá entonces en todas las cosas la expresión del Espíritu Divino de la Tierra. Al haber alcanzado este grado, el hombre actúa espontáneamente según la voluntad de todo el cosmos, y esto es la bienaventuranza.

Si somos capaces de pensar de este modo, estamos en el sendero rosicruciano. La enseñanza cristiana se apoya más en el sentimiento que se desarrolla en el interior humano, mientras que el discipulado rosicruciano hace obrar sobre nosotros lo que como la Divinidad de la Tierra se halla extendido en la realidad física y lo hace manifestarse en el sentimiento. Son dos caminos transitables para cada uno. El que piensa como se piensa en el presente, puede emprender el sendero rosicruciano,

por más que sea un hombre científico, e incluso la ciencia moderna resulta ser un medio auxiliar, si el devenir de los mundos se estudia no solamente por las letras, sino que también se averigua lo escondido detrás de las mismas, lo mismo que en un libro no solamente se mira las letras, sino que se descubre el sentido. Hay que buscar el espíritu detrás de la ciencia; ésta será entonces nada más que la letra para el espíritu.

Todo lo expuesto no hay que tomarlo como concepto general de la enseñanza rosicruciana, sino meramente como alusiones para dar una idea de lo que en ella se puede encontrar. Es un sendero para el hombre del presente, ya éste le hace apto para actuar con perspectiva hacia el futuro. He descrito nada más que las etapas elementales a fin de caracterizar el camino.

Así se nos da un concepto de cómo el método rosicruciano nos capacita para penetrar en los secretos superiores.

La ciencia espiritual es una necesidad para el ulterior progreso de la humanidad. Lo que se debe hacer para la transformación de la humanidad, lo deben realizar los hombres mismos. Quien en su encarnación del presente acoge la verdad, será capaz de formarse en encarnaciones posteriores la configuración exterior para las verdades más profundas.

Podemos decir que lo expuesto en este ciclo de conferencias va formando un todo, como un instrumento creativo para la cultura del porvenir. Su contenido se enseña ahora porque el hombre del futuro necesita estas enseñanzas y porque las mismas se deben dar a conocer dentro del curso de la evolución de la humanidad. Cada hombre que no esté dispuesto a acoger esta verdad del futuro, vive a costa de los demás, mientras que quien la acoge vive para los demás, no importa que primero le haya incitado un anhelo egoísta de conocer los mundos superiores. Si el camino es el acertado, extinguirá por sí mismo el anhelo y será el mejor creador del desprendimiento y la abnegación.

La humanidad necesita ahora el desarrollo oculto, por lo tanto es preciso inculcárselo. Únicamente la aspiración a la verdad, de objeto a objeto, conducirá a la verdadera fraternidad; en ello consiste el mejor encantamiento para llegar a la unidad y para tener el medio que conduce a la meta final de la humanidad, o sea, la unidad. La alcanzaremos si en nosotros preparamos los medios respectivos, si nos esforzamos de la manera más noble y más bella, en crear estos medios, pues lo que importa es la consagración de la humanidad por este camino.

Según lo expuesto la ciencia espiritual se nos presenta no solamente como un gran ideal, sino como una fuerza que nos penetra y de la cual emana el conocimiento. Cada vez más la ciencia espiritual se convertirá en algo de interés popular, pues penetrará en todos los aspectos religiosos y prácticos de la vida, al igual que la gran ley de la existencia rige en todos los seres; en fin, es un factor de la evolución de la humanidad.

En este sentido se ha expuesto en estas conferencias la teosofía rosicruciana; Si ha sido comprendida, no solamente en la abstracción, sino en tal forma que por medio de los sentimientos ha conducido a conocimientos, podrá influir directamente en la vida. Si estos conocimientos fluyen en todos nuestros miembros, desde la cabeza hacia el corazón, y del corazón a la mano, en todo nuestro actuar y crear, habremos captado el fundamento de la ciencia espiritual; habremos captado la gran tarea cultural que está en nuestras manos, y de los conocimientos surgirán entonces también los sentimientos, los que la comodidad quisiera desarrollar directamente.

La teosofía de los rosicrucianos no quiere abandonarse meramente a sentimientos, antes bien quiere extender ante ustedes los hechos del espíritu. Cada uno tiene que colaborar, dejarse impulsar por los hechos recibidos en lo relatado, y por los mismos despertar en sí sentimientos y sensibilidad. En tal sentido la teosofía rosicruciana ha

de convertirse en un fuerte impulso para el mundo de los sentimientos, pero al mismo tiempo ha de conducirnos directamente a los hechos de las percepciones suprasensibles, un impulso que primero hace aparecer en profundos pensamientos los referidos hechos suprasensibles, para después conducir al discípulo hacia los mundos superiores. He aquí el sentido de estas conferencias.

Digitalizado por Biblioteca Upasika
www.upasika.tk